

UNIVERSIDAD

MENSUAL

DE CULTURA

POPULAR

SEPTIEMBRE DE 1936

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

SUMARIO

XXVI Aniversario de la Universidad Nacional,
ABOG. SALVADOR AZUELA.

Algunas Consideraciones Generales Sobre la Pro-
ducción Agrícola e Industrial de México,
ING. VALENTIN GAMA.

Salvador Díaz Mirón,
GABRIEL MENDEZ PLANCARTE.

Dictadura y Democracia,
MAX ADLER.

Prólogo a la Ética, del Prof. J. Romano Muñoz,
ABOG. EDUARDO GARCÍA MAYNEZ.

La Técnica de los Actos en el Segundo Período
del Proceso,
ABOG. JAVIER PIÑA Y PALACIOS.

Mensaje,
CARLOS BARRERA.

Diálogo con Juan Marinello,
RAFAEL HELIODORO VALLE.

Retablo del Altar Mayor en el Templo de Santo
Domingo, de la Ciudad de Puebla,
ENRIQUE A. CERVANTES.

Trayectoria de la Universidad,
SALVADOR TOSCANO.

El Trabajo y la Mujer Campesina,
DR. A. SPRENGEL.

La Nueva Constitución Soviética o los Modernos
Derechos del Hombre,
JOSEPH BARTHELEMY.

Erasmo de Rotterdam,
AZORIN.

Aguafuerte y Dibujos,
JULIO RUELAS.

Esculturas,
CARLOS BRACHO.

Arte Popular en Vidrio,
HERMANOS AVALOS.

EL GRANO EN LA ESPIGA.

SEPTIEMBRE

NUMERO 8

TOMO II

OFICINAS - UNIVERSIDAD NACIONAL - JUSTO SIERRA 16. MEXICO, D. F.

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO

AGRADECEMOS INFINITO

a los amigos nuestros que cooperan con su valiosa ayuda al sostenimiento de la

Revista UNIVERSIDAD

Podemos asegurarles que el importe de los anuncios que publicamos NO ES UN GASTO, SINO UNA INVERSION, pues los

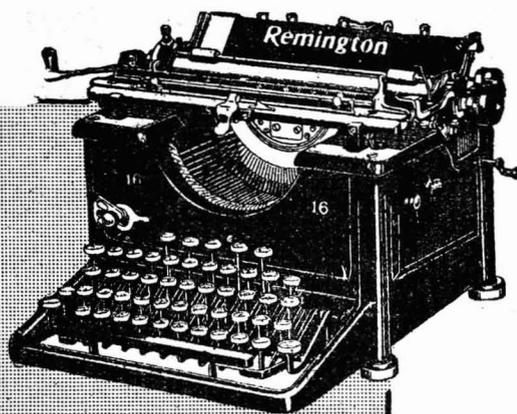
20,000 EJEMPLARES

que alcanza actualmente nuestra circulación, SE DISTRIBUYEN ESCRUPULOSAMENTE entre personas preparadas culturalmente, y por tanto, consumidoras de los artículos que anunciamos



La seriedad de nuestra Revista es una garantía de la calidad de sus lectores

ABSOLUTA GARANTIA Y UN SERVICIO PERMANENTE



LOS productos Remington Rand, que siempre han sido sinónimo de alta calidad, tienen el prestigio que se deriva de fabricantes mundialmente conocidos y apreciados que, en más de medio siglo de constante labor, han proporcionado a sus consumidores una firme y absoluta garantía, sobre bases de un completo y permanente servicio.

OCASIONALMENTE aparecen en el mercado artículos que momentáneamente alcanzan cierto renombre, pero que, no pudiendo ofrecer ese servicio continuado, que es una de las características de la garantía Remington Rand, son fácilmente substituídos y olvidados.

DURANTE más de treinta y cinco años, la Remington ha brindado a la República Mexicana un servicio completo y eficiente, por lo que puede asegurarse que la enorme aceptación que han tenido sus productos, independientemente de su calidad y prestigio propios, han sido consecuencia directa del servicio continuado impartido a todas las instituciones particulares y oficiales.

REMINGTON RAND *Internacional S.a.*

AV. MADERO 55.

MEXICO, D.F.

AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL A SOSTENER LA BENEFICENCIA PUBLICA



ALV
FRUNDA
MAY

TODO ARTICULO RELACIONADO CON LA
PROFESION DENTAL, LE SURTE A PRE-
CIOS SUMAMENTE FAVORABLES EL DE-
POSITO DENTAL, DE CONFIANZA

LINDEMANN Y CIA.

ISABEL, LA CATOLICA NUM. 1.

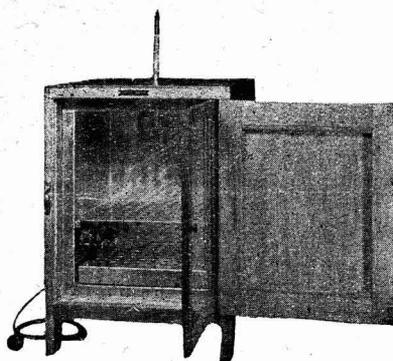
Eric. 2-89-45 y 3-03-36.

Mex. F-21-78

ALFONSO MARHX

AV. INDEPENDENCIA

NUMERO 4



TELEFONO ERIC. 2-47-98

MEXICO, D. F.

APARATOS PARA LABORATORIOS DE QUIMICA

REACTIVOS QUIMICAMENTE PUROS:

Unico depósito para la República Mexicana, de los Colorantes para Bacteriología, original del Dr. G. GRUEBLER. Fabricados por el Dr. K. Hollborn, Soehne, Leipzig.

ANTIGENOS:

Kahn. — Meinicke. — Müeller.— Wassermann.—Microscopios y Accesorios "C. Reichert".—Viena, Austria. BALANZAS Analíticas e Hidrostáticas "SARTORIUS", Goettingen.

THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK

Oficina Central 55 Wall Street New York

Fundado en 1812

Sucursal en México

SUCURSAL EN MEXICO

Capital: \$3.000,000.00 Moneda Nacional

Esquina Uruguay e Isabel la Católica

Visite usted nuestro Departamento de Cajas de Seguridad

Sus Niños

serán

Grandes Hombres

si se educan con

Buenos Maestros

ESCUELA CENTRAL DE MEXICO

"LA ESCUELA DE LOS BUENOS MAESTROS"

Educación Completa Externado-Internado

Sadi Carnot Núm. 13. México, D. F.

Tels.: Eric. 6-23-66. Mex. 1-07-01

LIBROS SELECTOS MEXICANOS

ELEMENTOS DE GEOLOGIA, por el Ingeniero Leopoldo Salazar Salinas.	\$ 2.00
LAS CIENCIAS NATURALES Y EL CONCEPTO DEL MUNDO, por Bruno Kisch.	1.00
ANTOLOGIA DE POETAS Y PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS, Selección de F. Monterde.	1.75
SOCIOLOGIA GENETICA Y SISTEMATICA, por don Antonio Caso.	2.75
ANTOLOGIA DE LA PROSA EN MEXICO, por Julio Jiménez Rueda.	1.60
BIOLOGIA. Libro de texto en Preparatoria, por I. Ochoterena.	1.50
HISTORIA DE LA CIVILIZACION ROMANA, por P. Arguelles.	2.50
MANUAL DEL DERECHO OBRERO, por Jesús J. Castorena. Rústica.	1.25
ITALIA (album de viaje), por Manuel Flores. Rústica.	1.00
GEOGRAFIA FISICA, por Pedro Sánchez. Rústica.	1.00
ROMPIENDO CADENAS, por Vicente Sáenz. Rústica.	1.50
NOCIONES DE MALARIOLOGIA, por el Doctor Galo Soberón y Parra.	4.00
LA CIENCIA COMO DRAMA, por Agustín Aragón Leeiva.	1.80
LA SOCIALIZACION DEL DERECHO, por el Licenciado Teófilo Olea y Leiva.	1.80
DICCIONARIO BIOGRAFICO REVOLUCIONARIO (1910-1935), por F. Naranjo.	5.00
BIOGRAFIA DEL HISTORIADOR OROZCO Y BERRA, por Jesús S. Soto.	1.00
LOS PRECURSORES, por Mariano Azuela.	2.00
PEDRO MORENO EL INSURGENTE, por Mariano Azuela.	2.50
CUENTOS MEXICANOS, por Francisco Monterde.	1.50
MEXICO-PREGON, por Miguel N. Lira.	1.00
METAFISICA, por José Vasconcelos.	4.00
ESTETICA, por José Vasconcelos.	10.00
ETICA, por José Vasconcelos.	7.00
LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS MEJICANAS.	1.50
¿NECESITAMOS INMIGRACION?, por Jorge Ferretis.	0.50
BIOGRAFIA DEL INDIIO BENITO JUAREZ, por Héctor Pérez Martínez.	2.50

EL LIBRO QUE USTED QUIERA LO TENEMOS

Giro por el valor del pedido, más \$0.30 por cada libro para CERTIFICADO.

INSTITUTO MEXICANO DE DIFUSION DEL LIBRO

Av. Madero N° 29.

Despacho, 29.

MEXICO, D. F.

XXVI ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

(DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL 22 DE SEPTIEMBRE)

Por el Abog.

“**E**SPARCIDA por todo el mundo hay una congregación de hombres dispuestos a aceptar lo nuevo, si es bueno; sin abandonar lo viejo aquilatado. No están unidos por lemas ni por signos. Su comunidad es la del espíritu”.

Quiero, señor representante del C. Presidente de la República, señor Rector, profesores y estudiantes universitarios, quiero que los conceptos anteriores de Hui-zinga, el profundo pensador contemporáneo, sirvan de epígrafe a estas palabras en el vigésimo sexto aniversario de la fundación de la Universidad Nacional de México. Lo bueno nuevo y lo viejo

S A L V A D O R A Z U E L A

Jefe del Departamento de Acción Social
de la Universidad Nacional de México

aquilatado: he aquí, cabalmente expresado, el espíritu de la obra universitaria.

La influencia que determina el nacimiento de una institución marca, por manera definitiva, el desenvolvimiento de su vida. Y sobre la existencia de nuestra Universidad Nacional flota el ascendiente de una sombra paternal e ilustre: la de don Justo Sierra. Rindamos homenaje al maestro, porque él significa la amalgama armoniosa de lo viejo aquilatado y lo bueno nuevo.

Tal es la tradición que reconoce y acepta como suya la Universidad. Debemos, sin embargo, volver nuestro recuerdo a la Real y Pontificia Universidad de México. Su dirección ideológica no fue la que preside los destinos actuales de nuestra casa; pero, con los trabajos dispersos

de las escuelas de enseñanza preparatoria y profesional del siglo XIX, preparó la tarea de coordinación y síntesis que hizo de la Universidad un todo estructurado y orgánico, gracias a la intuición clarividente de don Justo Sierra. A nuestros antepasados hemos hoy de rendirles pleitesía.

Al celebrar este aniversario, recordemos de qué suerte la Universidad surgió signada para un destino polémico y combatiente. Para quien busque el sentido oculto de los acontecimientos con rango histórico, no constituye un hecho intrascendente que la Universidad se haya fundado contemporáneamente a la Revolución de mil novecientos diez. Apartar ese hecho de la vida universitaria, sería privarnos de la posibilidad de una interpretación auténtica de su trayectoria.

Llega la Universidad, levantándose sobre el litoral de un mundo nuevo, a una hora fundamental en la lucha por la liberación de los hombres. Toda una escala de valores se está derrumbando. Esta quiebra, operada en los órdenes más diversos de la vida, significa la rectificación de la conducta organizada sobre la exaltación de las aptitudes económicas adquisitivas, orientada en torno de la primacía de los valores materiales. El mundo moderno tiende, desde los más opuestos ángulos, a organizar la convivencia social apoyándola en la capacidad de servir de cada una de las personas.

Al reconocer la Universidad estas direcciones normativas de nuestro tiempo, no se ha separado de los claros, luminosos lineamientos que le trazara su fundador. Sostuvo don Justo Sierra el propósito de la libertad de pensamiento, como base inmovible de la actividad de la institución y la Universidad continúa manteniendo este propósito; pero, al propio tiempo, entendemos la libertad como un impulso actuante, con una dirección responsable y concreta. No una libertad abstracta, simple afirmación de

derechos o facultades, sino una libertad cuyo volumen adquiere plenitud a través de obligaciones y deberes vitales. No una libertad retórica, sino una libertad encaminada hacia la dedicación de todas las vocaciones para el servicio eficaz de una humanidad mejor. Un concepto de tal manera amplio, que así nuestra posición ante la vida adquiere una precisa dimensión revolucionaria. Porque la adopción de una sola fórmula o de una doctrina exclusiva, implicaría la intención categórica de oponerse a la renovación del mundo. No es por eso la libertad que preconizamos de tono formal e individualista, declamatorio y pedantesco, nuestra libertad se resuelve en un anhelo de expansión del espíritu creador; es aquella libertad a que se refería un gran francés, la que cantó Beethoven en el himno a la alegría de la Novena.

La Universidad afirma que tiene una función social responsable, pero ello no implica, señor representante del C. Presidente de la República, que haya quebrantado su libertad. Yo os ruego que transmitáis al Jefe del Ejecu-

tivo Federal, la voluntad de vivir de este instituto; que le llevéis la impresión de la fuerza joven, inquieta y beligerante que aquí se congrega. Yo os requiero para que le digáis que la llama de la juventud de México se mantiene aquí siempre viva. Porque la juventud es inconformidad e inquietud de reforma y anhelo perenne de superación, que no se satisface nunca con un esquema o con una postura doctrinal, porque a todos los esquemas los declara de significación contingente, dispuesta a desbordarlos con su propia, enérgica vitalidad.

Hoy la Universidad proclama, como uno de sus más altos deberes, contribuir a que se defina la personalidad, el estilo del pueblo de México. Y como punto de partida desea para el país, más que un grupo selecto de intelectuales, ciertamente indispensable para la República, una selección moral. Más que una aristocracia intelectualista, cerrada e irresponsable, "una aristocracia de la conducta", como dijera Eugenio D'Ors. Una aristo-

cracia, la única legítima, fundada en la abnegación, el sacrificio y la virtud. Aquí honramos a los grandes inconformes, a los rebeldes. Aquí las vidas limpias encuentran su consagración en la simpatía de los jóvenes. En la esencia misma de nuestra Universidad alienta lo mejor de don Justo Sierra, espíritu siempre mozo, ondulante inteligencia que nunca llegó a anquilosarse, por el don de la espiritualidad y de la gracia, que es el secreto de la juventud.

Rememoremos hoy, universitarios, a todos los que han participado en la tarea de la Universidad. Defensores de la autonomía y la libertad, catedráticos, investigadores, estudiantes, luchadores oscuros y anónimos, los más heroicos, que mi palabra pobre os diga su homenaje.

Procuremos también asomarnos al destino trágico de México, destino que nos dice que debemos mantener en alto, siempre encendida, la llama de la inconformidad, constante el anhelo de superación. No existe símbolo más hermoso del destino humano, dice Keysserling, que aquella maravillosa rapsodia de la Odisea en que Ulises, ya a punto de quedarse al lado de Penélope hasta el fin de sus días, se ve obligado a abandonar la tierra nativa, con los remos al hombro, para aplacar el ánimo irritado de Neptuno. ¡Que siempre vibre en la Universidad la inquietud creadora del espíritu que triunfa sobre el destino adverso!

Volvamos a nuestra tradición en lo que ella tiene de afirmativo. Y reclamemos hoy, sin jactancia ni alarde, un puesto en el ejército en marcha de los trabajadores. Sobre los hombres ágiles de nuestra Universidad gravita un pasado que hemos querido encarnar en la figura gloriosa de D. Justo Sierra, pasado que no impide que nos detengamos a escuchar, rompiendo el silencio de tragedia contenida de las campiñas de México, el rumor melodioso de "las abejas que labran la cera virgen de los nuevos panales".

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA PRODUCCION AGRICOLA E INDUSTRIAL DE MEXICO

Del estudio "Consideraciones Sobre la Producción Agrícola e Industrial de México", escrito por el sabio maestro VALENTIN GAMA, publicamos en estas páginas el capítulo final que es un resumen de aquél, y que da un aspecto general y amplio del interesante problema que sirve de base a su autor para el propio estudio.

Por el Ing.

VALENTIN GAMA

DECIAMOS, al ocuparnos de la población económicamente activa, que el examen de nuestras estadísticas industriales y agrícola, nos había llevado a pensar que para resolver el problema de mejorar la condición de nuestro proletariado, o sea el de incorporarlo a la civilización poniendo a su alcance los bienes materiales y espirituales de que disfrutaban otras clases, no bastaba una reforma en la distribución de la propiedad, que era necesario llevar una porción considerable de los trabajadores del campo a las fábricas; en otros términos, que era necesario industrializarlos. Trataremos de exponer cómo hemos llegado a esa conclusión.

Desde luego nos llama la atención que los países donde el trabajador manual, tanto el agrícola como el industrial, goza de más comodidades, de más bienestar, donde, en suma, ha alcanzado más alto nivel de vida, son aquellos donde la industria está más desarrollada, donde es menor la relación del número de campesinos al de obreros.

Por otra parte, es necesario para que mejore la condición del trabajador del campo, que trabaje más y mejor, que cultive más tierras de las que ahora cultiva y las cultive mejor. Ahora bien, supongamos que se aumentara el rendimiento del trabajador y el de la tierra hasta ser comparable al de otros países: una de las consecuencias inmediatas de esto sería que produciríamos varias veces lo que ahora se produce, y entonces surgiría el problema de encontrar mercado para el resto, ¿lo encontraríamos? Lo que ha pasado y pasa en otros países, en Estados Unidos, por ejemplo, nos inclina a pensar que no.

La falta de mercado para los productos agrícolas ha sido una de las causas determinantes de la crisis que afecta a los Estados Unidos, hace algunos años. Debido a eso los agricultores y negociantes en productos agrícolas, resolvieron más de una vez destruir cantidades considerables de artículos de esa clase, quemándolos o echándolos al mar. La prensa de información ha hablado de eso más de

una vez; en el número del 5 de mayo de 1935, de "Excelsior", se lee que en 1934 se habían destruido un millón de furgones de carros de trigo, 50 millones de libras de carne, otras tantas de arroz, 516 millones de libras de azúcar y 267,000 furgones de café.

Que la superproducción agrícola es cosa que ha preocupado al gobierno, a los hombres de negocios, a los agricultores y economistas americanos, lo demuestran algunas de las medidas que se han propuesto y las que se han llevado a la práctica para combatir la crisis. Entre las primeras figuraba la siguiente: abandonar 16 millones de hectáreas de tierras cultivables de buena clase o 40 de las más pobres. No parece que se haya llegado a ese extremo, pero que se consideraba indispensable restringir la producción, lo prueba el contrato que a mediados de 1934 celebró el gobierno americano con los agricultores y ganaderos, por el cual los primeros se comprometían a limitar en un 20% la superficie de cultivo, y los últimos en un 25% la cría de ganado porcino.

Todo esto nos inclina a pensar que es muy poco probable que encontrásemos mercado para una producción varias veces mayor que la actual, y que no nos queda otro camino que industrializarnos.

Meditando sobre eso nos vino la idea de que lo que se hace en Rusia, de algunos años acá, obedece a que los que manejan allá la cosa pública han comprendido que no hay otro camino que el indicado para mejorar la condición del pueblo; que no era bastante dar las tierras a los campesinos, poner a trabajar a los obreros en las fábricas existentes y distribuir lo producido y por su naturaleza misma destinado al uso y al consumo, de tal suerte que todos los que estuviesen en condición de trabajar y trabajasen—en cualquiera clase de trabajos, como agricultores o como obreros, como soldados, como empleados públicos, como técnicos, como maestros de escuela, etc.—, pudiesen disfrutar ellos y sus familiares de las mismas comodida-

des; era absolutamente indispensable industrializar al país.

Es difícil saber, a ciencia cierta, lo que pasa en Rusia, en particular formarse idea de cómo se vive, de las comodidades que disfrutan, sobre las privaciones que sufren la mayoría de sus habitantes y acaso todavía es más difícil saber lo que la mayoría piensa de la situación, cuál es el estado de alma en que viven los que desempeñan diferentes funciones. Los informes de personas de muy diferente estado y condición y de modo de pensar y sentir muy diferente, de periodistas, de políticos de profesión, de líderes de agrupaciones obreras, de escritores, etc., que han ido allá animados, sin duda, de propósitos muy diferentes, difieren radicalmente unos de otros. (1)

Pasamos por alto sobre lo que se dice de la dureza rayana en crueldad con que se procede con los enemigos del régimen soviético, y sólo nos ocuparemos de lo que se dice sobre la situación económica.

No sólo los adversarios del comunismo hablan del hambre que hubo en 1933; el número de víctimas se dice que ascendió a varios millones. (2) Una escritora americana que vivió en Rusia, donde publicaba un semanario y que si no se declara abiertamente comunista, no se muestra tampoco francamente adversa a ese sistema, pues que dice en una obra suya que el mundo va camino al comunismo, que comunismo y libertad son sinónimos, habla de la estricta censura declarada por el Soviet con motivo del hambre de 1933, y opina que las amplias miras del comunismo justifican esas medidas. Debo advertir que, de lo que dicen otras publicaciones que han llegado a mis manos, se colige que el hambre de 1933 no fue general en toda la U. R. S. S., que se sintió únicamente en la Ucrania, de donde, por orden del gobierno, se sacaron prematuramente grandes cantidades de productos agrícolas.

Otros escritores, adeptos al comunismo, afirman que lo que se dice sobre las privaciones a que está sujeto el pueblo ruso no son más que difamaciones, calumnias, y propaganda maliciosa de los enemigos del régimen que se ha implantado allá. El Lic. V. M. Villaseñor, en un artículo publicado en "El Universal", cita los informes de corresponsales de periódicos que no son considerados como adeptos al comunismo y las opiniones de escritores que él considera de criterio burgués, sobre lo que pasaba en Rusia en 1933. He aquí un resumen de lo que se lee en dicho artículo.

(1) Eso no debe extrañarnos, hemos visto que personas que han ido a Tabasco han dicho cosas muy diferentes sobre lo que allí pasaba.

(2) "El Universal" del 4 de enero de 1936.

Un corresponsal del "New York Times" en Berlín, dice que un profesor de la Universidad de Texas que recorrió la Ucrania, aseguraba que no encontró población cubierta de cuerpos de gentes hambrientas ni oyó hablar de eso en ninguna parte; que otro corresponsal del mismo periódico que había pasado varios días en Kiew, cuando se aseguraba que la gente moría allí de hambre, y que no vió en la ciudad ni en los alrededores nada de eso, que había alimentos en abundancia en los mercados y los campesinos se mostraban contentos. Por otra parte, un profesor de la Universidad de Yale, escribía en 1934, que las versiones de la prensa hostil al Soviet sobre la crisis agraria, se apoyaban únicamente en el hecho de que el gobierno no había publicado estadísticas de las cosechas, pero que, como resultado de la campaña emprendida por el gobierno, se había obtenido la mayor cosecha de productos alimenticios que se registra en la historia de Rusia.

Ante esas diferencias entre los informes sobre lo que pasa en Rusia, quienes ven las cosas con serenidad, sin prejuicios y no creen que en asuntos tan complicados como los sociales sea posible prever con seguridad las consecuencias de ciertos movimientos de las colectividades, basándose en principios generales, en las leyes que se supone rigen las sociedades y los individuos, tienen que sentirse un tanto desconcertados y poco inclinados a emitir juicios definitivos. No nos extrañaría que revoluciones como la rusa y dadas las condiciones internas y externas que prevalecían en Rusia cuando aquella estalló, hubiesen causado privaciones, dolores no sólo a las clases sociales a las que se privó de los privilegios y ventajas de las que disfrutaban bajo el régimen abolido, sino a la gran masa del pueblo y que las siguen causando.

Pero sea de eso lo que fuere hay algo que parece incontrovertible y acerca de lo cual los informes de origen muy diferente son concordantes, y es lo siguiente: la dictadura rusa está haciendo grandes esfuerzos por industrializar a la U. R. S. S. Rusia se ha arrojado franca y resueltamente en brazos del maquinismo; es el "gran Estado maquinista", dice un culto industrial mexicano, don Jesús Rivera Quijano.

"Será eso—dice el aludido industrial—un maquinismo rudo y cruel, manejado por el Estado, pero el hecho es que se ha proyectado y emprendido la construcción de grandes instalaciones industriales, en las que se han invertido sumas enormes". Para dar idea del impulso que el gobierno ruso está dando a la industria y del nivel a que se propone elevarla, citaremos algunos de los contratos que ha celebrado con empresas norteamericanas: para la construcción de una planta eléctrica en Ucrania, con un costo de 100 millones de dó-

lares; para planear una fábrica de tractores, que producirá 40,000 al año; para diseñar fundiciones de acero con un costo de más de 1,000 millones; para la instalación de nuevas minas de carbón, reconstrucción de las viejas, e instalación de tipos modernos.

Y que el gobierno ruso persevera en su propósito, lo muestra el hecho de que en el último presupuesto del gobierno figura una partida de \$6,500,000,000 para maquinaria, factorías y construcciones. (1) Vamos a referirnos por último, a una medida que hace poco tiempo tomó la U. R. S. S., y que no dejó de causar alarma en el mundo: el dumping. No estamos seguros de que el objeto, o por lo menos uno de los objetos que se perseguía al malbaratar una cantidad considerable de productos agrícolas, que no es remoto que hiciera falta para la satisfacción de necesidades más o menos apremiantes, fuese arbitrarse recursos para realizar el propósito de maquinizar el país; pero sea de eso lo que fuere, nosotros vemos en ese hecho un argumento en favor de nuestra tesis de que si se lograra que nuestra población agrícola activa trabajase más y mejor, no sería remoto que no encontrásemos mercado para lo producido, lo que, a su vez, traería consigo esto otro: para elevar el nivel de vida de la parte más numerosa de nuestro proletariado y para que una fracción considerable de la población rural activa deje el campo para dedicarse a la industria, es necesario hacer lo que Rusia trata de hacer a toda costa: maquinizarse; porque no puede esperarse que se consiguiera ese propósito fomentando la pequeña industria; el campo de ésta es muy limitado, cada día más, y empleando una frase muy expresiva del celebrado escritor español Larra, puede decirse que los oficios, con contadas excepciones, han llegado a ser modos de vivir que no dan de vivir.

No creemos que ese empeño indiscutible del gobierno soviético de industrializar la U. R. S. S., sea incompatible con el hecho de que el pueblo ruso no esté en un lecho de rosas, que está sujeto a privaciones, que no sólo no vive como el proletariado de los grandes países industriales que continúan bajo el régimen individualista, sino que no vive mejor que antes de la revolución. No debe sorprender que pase a los pueblos, a las naciones, lo que acontece en particular a los individuos; no habrá quienes no hayan tenido ocasión de conocer a personas que de la pobreza se han elevado a ser comerciantes, hombres de negocios o industriales acomodados y aun acaudalados, y que no lo deben a contingencias imprevisibles, a sucesos fortuitos favorables, a lo que en el lenguaje corriente se

llama la buena suerte o la fortuna, sino a su perseverancia en el trabajo, a su inteligencia y al ahorro, a que no gastaban, no digamos en superfluidades ni en comodidades que se proporcionan gentes que viven modestamente, todo lo que ganaban en los comienzos de sus empresas, sino a que satisfechas sus más urgentes necesidades invertían el resto de sus ganancias en ensanchar sus negocios. Y hay que ver que ahorro significa privaciones. No nos extrañaría que algo semejante pase en Rusia; que se esté imponiendo a la generación actual sacrificios o por lo menos privaciones con la esperanza de que si ella no logra disfrutar los resultados de los mismos, sí los disfrutarán las venideras. Acaso los dictadores de Rusia no buscan precisamente el aplauso y la gratitud de sus contemporáneos, sino los de la posteridad.

* * *

Sobre cuál sea el camino para realizar la industrialización y elevar el nivel de producción, presumo que es un punto sobre el cual la opinión está muy dividida, aun entre los que convienen en que eso es necesario para elevar el nivel de vida de todo el proletariado. No faltará quienes opinen que las dos cosas sólo pueden realizarse bajo un régimen socialista; que bajo el régimen individualista se conseguirá sólo lo primero, mas no lo segundo. Otros al contrario, de acuerdo con algunos sociólogos, G. le Bon entre ellos, dirán que es imposible que las dos cosas se consigan implantando el socialismo, porque todos los sistemas socialistas chocan con obstáculos nacidos de la estructura psicológica del hombre y de las necesidades económicas modernas.

Aun entre los que no son partidarios de las fórmulas demasiado rígidas, o mejor dicho, absolutistas, porque creen que dada la complicación de los fenómenos sociales se corre el peligro de errar cuando se trata de encerrar en fórmulas muy sencillas las uniformidades que se han observado en la marcha de esos fenómenos, habrá quienes sostengan, basándose precisamente en el principio conforme al cual el valor de las instituciones y de las leyes es relativo al tiempo y al lugar, que aun no ha llegado para nosotros el momento de implantar un régimen socialista, porque el capitalismo aun no ha realizado aquí las maravillas, que según dice Marx en el Manifiesto Comunista, había realizado la burguesía bajo ese régimen y que ya no realizaba por lo cual tenía que morir—Marx se refería a los países ya muy industrializados—; que por esa razón lo mejor es industrializarse bajo un régimen capitalista y que una vez que bajo ese régimen se haya elevado el nivel de la producción habrá lugar a pensar en el socialismo. Seguramente hay muchos entre los que así opinan que crean que en los

(1) Tomamos esa noticia del número del 25 de enero de 1936, del periódico americano "The News Week".

países ya industrializados como los E.E. UU. por ejemplo, que producen mucho al grado de que se han visto obligados a veces a destruir parte de lo producido por no encontrar mercado para ello, el problema de elevar el nivel de vida del trabajador manual sí se resolvería con un sistema de distribución en el que le tocara una porción de la riqueza producida por su trabajo mucho mayor de la que ahora le toca.

Por último, no faltan quienes convengan en que por el camino indicado se llegaría al fin que se persigue, pero que sería mejor establecer desde luego un régimen socialista, hacer lo que ha hecho Rusia: socializar los medios de producción y la tierra aún cuando no nos ajustemos al pie de la letra a los diferentes sistemas que allá se han puesto en práctica para distribuir lo producido.

No nos proponemos tratar aquí este punto, nos limitaremos únicamente a decir, refiriéndonos a la primera de las opiniones exclusivistas, que los hechos no la confirman. Que es innegable que la condición del proletariado en las naciones muy industrializadas es mejor que la del nuestro, y que así lo piensa buena parte de nuestros trabajadores, entre los que probablemente figuran muchos de los mejores, de los más enérgicos y activos, y penetrados de la ambición que mueve a un trabajo intenso, lo muestra la gran emigración de los mismos a los Estados Unidos cuando éstos no habían cerrado aún las puertas a la emigración extranjera. Es cosa sobre la que debemos pensar: la emigración de los proletarios de un país en el que se hacen ensayos, o mejor diremos escarceos socialistas, al país capitalista por excelencia.

El punto sobre el cual sí queremos llamar la atención, es el siguiente: no vamos en camino de industrializarnos aquí en México. Es cosa que a nadie pasa inadvertido que el ahorro de los mexicanos se está amortizando. No se emplean las ganancias que se obtienen en el comercio, en las minas, en negocios con la administración pública, ni las económicas de los empleados públicos y particulares, no digamos ya en instalaciones industriales, en factorías, en una palabra, en el fomento de nuestra raquítica industria, pero ni siquiera rudimentariamente. Los nuevos ricos sólo por excepción invierten sus fortunas, no siempre bien habidas, en la industria y en la agricultura. Con frecuencia se ha hablado de que hay en los Bancos sumas considerables inmovilizadas porque nadie piensa en establecer nuevas industrias o en desarrollar las existentes; y a eso hay que agregar que muchas personas no depositan sus ahorros en los Bancos por temor de algún cambio en el sistema monetario que los perjudique. Nunca nos hemos distinguido los mexicanos por nuestra iniciativa para emprender negocios industriales; las indus-

trias no nos han atraído, y hoy menos que nunca. Hay un hecho que pone de relieve la amortización de las economías de los mexicanos y ante el cual nos vemos tentados a decir que la riqueza que no se consume ni se derrocha en superfluidades o en una vida fastuosa o dispada, se está enterrando: ese hecho es el crecimiento de la ciudad de México y de algunas otras. La productibilidad de las fincas urbanas casi nunca ha guardado relación con su precio, sobre todo la de las residencias suntuosas; no obstante eso, la compra y construcción de casas es la inversión preferida, casi la única que atrae al ahorro; y es que se la considera no sólo como la más cómoda, sino también como la que ofrece menos peligros.

Y hay que agregar que no sólo se gasta en construcciones nuevas, sino que se derriban muchas de las viejas que ya no son del gusto de las gentes, para construir en su lugar otras a la moda.

A nuestro modo de ver, la causa de todas esas cosas que nos parecen lamentables es que se ha dejado en paz a la riqueza inactiva, a la que se gasta estérilmente o se derrocha de tal modo que nada bueno trae ni a sus propios dueños, y en cambio se hostiliza a la riqueza activa, a la que se emplea en producir. Por otra parte, la tendencia a invertir en fincas urbanas, determinada por la hostilidad a la riqueza activa, ha favorecido a los propietarios de terrenos suburbanos, dándoles oportunidad para fraccionarlos y obtener ganancias no debidas al trabajo y al esfuerzo propio. Y esto no puede menos de extrañar cuando se consideran las cargas que se han impuesto a otras clases, a otros propietarios que hacen de su propiedad un uso que aporta algún beneficio a la sociedad.

Otra cosa que nos parece desconcertante, y ante la cual no podemos dejar de pensar en los esfuerzos de Stalin y los suyos para industrializar a Rusia, es ese programa de embellecimiento de la Ciudad de México; no comprendemos eso de que un país pobre en el que urge acelerar el ritmo del desenvolvimiento industrial, sin el cual no podría llevarse a cabo uno de los puntos del programa del gobierno a que se da más importancia, se gaste parte del producto de los impuestos que gravitan sobre el pueblo y parte de las economías y reservas de los propietarios de fincas urbanas, en embellecer la ciudad. Nos hace pensar eso en aquellos mundanos que preocupados en ostentar el porte de los ricos, no siéndolo, se privan de cosas que piden la higiene y la salud del cuerpo, y a los que se designa con un término un tanto despectivo.

Creemos, en conclusión, que cualquiera que sea el sistema de organización social que se implante para mejorar de manera apreciable la condición de la gran masa de nuestro proletariado, es indispensable trabajar con energía, con inteligencia y

con los implementos de trabajo que la ciencia y la industria han puesto al alcance del hombre. Nos haría un inapreciable servicio quien lograra infundir a los mexicanos de todas las clases y condiciones lo que el eminente político y orador español, Cánovas del Castillo, deseaba, a su vez, hace muchos años, infundir a sus conciudadanos: el propósito firme, decidido, de trabajar, ahorrar y economizar. Ahorrar y economizar, añadiríamos nosotros; no para consumir después estérilmente la riqueza adquirida, lo ahorrado, sino para adquirir los implementos de trabajo para maquinizarnos, a fin de obtener el mayor fruto posible del trabajo.

Ahorrar y trabajar; es de la economía, del ahorro y del trabajo intenso e inteligente aplicado a los útiles e instrumentos de producción, que por esos medios se adquieran, de lo que debemos esperar la elevación de nivel de vida de todas las clases, del proletariado en particular; mientras eso no se haga, poco hay que esperar de las leyes, de la implantación de los sistemas sociales ideados por los teorizantes, de algunas de las medidas que se han tomado y de otras que se han propuesto, y aun corremos el riesgo de que no sólo no conduzcan a nada bueno sino que resulten contraproducentes. Citaremos una de las que estén en ese caso: el impulso que se ha dado y sigue dándose a la enseñanza técnica, en la que vemos un ejemplo de que se espera de las escuelas más de lo que pueden dar. Tal parece que se cree que nos faltan técnicos, y no hay tal cosa; lo que nos hace falta son establecimientos industriales en qué ocupar a muchos de los que ya tenemos; mientras la industria no se desarrolle, las novísimas escuelas técnicas, las de reciente creación, y aun algunas de las viejas escuelas profesionales seguirán siendo almacines de burócratas; agravarán los males que origina esa tendencia de nuestra clase media a vivir de empleos públicos, y darán ocasión a que jóvenes que podrían ser buenos obreros se conviertan en parásitos burgueses. Y a lo dicho hay que agregar que las nuevas escuelas tienen el incentivo de las carreras cortas: se espera obtener en ellas en poco tiempo un título que no abrirá a los que lo posean, las factorías, las fábricas, pero sí las oficinas públicas.

Pero dejamos este punto del que en otras ocasiones nos hemos ocupado para fijarnos en otro sobre el que creemos oportuno llamar la atención en los tiempos que corren. Oímos decir a cada paso a los socialistas—tanto a los teorizantes como a los de acción—que el socialismo es la socialización de los medios de producción. Ahora bien, lo que todos los sistemas socialistas persiguen, lo mismo los calificados de utópicos que de científicos, es una distribución de la riqueza producida, diferente de la actual, en la que toque a los traba-

adores, en particular al trabajador manual, una parte de esa riqueza mejor de la que ahora le toca.

Un escritor reputado y muy leído, Bertrand Russel, dice refiriéndose a los males que en opinión de los socialistas afligen a las naciones capitalistas, lo siguiente: “Los socialistas ven el remedio en que el Estado sea el propietario de la tierra y el capital, combinado con un sistema de distribución más justo. No se puede negar que nuestro sistema de distribución presente es indefendible desde todos los puntos de vista, incluso el de la justicia”. En nuestro concepto, no se da una idea precisa y cabal de las cosas diciendo que el socialismo persigue un sistema de distribución más justo; en nuestro concepto lo que todos los sistemas socialistas persiguen es como atrás decíamos, que se distribuya lo producido por los trabajadores de todas las clases, de tal suerte que todos puedan disfrutar de las mismas comodidades; o de otro modo: poner a todos los trabajadores en condiciones de que puedan disfrutar los bienes materiales y espirituales que hoy sólo están al alcance de ciertas clases, en la medida—se entiende—que lo permitan las condiciones, las facultades fisiológicas y psicológicas de cada uno. En nuestra opinión, esto es lo que hay en el fondo de la teoría de la plusvalía marxista; según esa teoría, el obrero produce mucho más de lo que recibe por su trabajo, y el exceso del valor de lo producido sobre lo recibido por aquél, lo disfruta el capitalista. Y así opina un escritor de renombre, Walther Rathenau: según él, todo el edificio doctrinal del socialismo ortodoxo descansa sobre la teoría de la plusvalía; hay que ver en ella uno de los medios que se ha tratado de aplicar para que acaben para el obrero la vida sin alegrías, el trabajo agobiador, la brutalidad de los de arriba, su lujo provocador; esperan los socialistas, dice el escritor aludido, que esos males acabarán cuando se distribuya con justicia la plusvalía entre todos los ciudadanos, que con eso en pocos años desaparecerá toda miseria y todos llevarán una vida acomodada.

Un argumento decisivo en pro de lo expuesto es el siguiente: la socialización de la tierra y de los medios de producción se realizó hace muchos años en el Perú, en el Imperio Inca, pero seguramente que los socialistas marxistas no aceptarían la fórmula que para la repartición de lo producido regía en aquel país, sujeto a un gobierno teológico y aristocrático en el que los nobles y los sacerdotes disfrutaban de bienes que no se concedían al trabajador manual.

Que para realizar el fin último del socialismo sea necesario socializar los elementos de producción, es cosa sobre la cual están de acuerdo todos los partidarios del socialismo marxistas, pero no pasa lo mismo sobre este otro que es fundamental:

la fórmula de distribución que debe adoptarse. Pero dentro del objeto del presente estudio no cabe ocuparse de esta cuestión. (1)

Los puntos sobre los cuales vamos a insistir, son los siguientes:

a) Llamaremos primero la atención sobre que eso de entregar las fábricas a los obreros—cosa de la que tanto se habla—no está de acuerdo con los principios fundamentales del socialismo científico, o sea el de Marx. Lo que se produce en una fábrica no es obra únicamente de los obreros de la misma, sino también de los que fabricaron los instrumentos empleados, de los que trabajaron en la instalación de los mismos, de los que construyeron los edificios, etc., y no hay razón para que el trabajo de todos esos obreros lo aprovechen únicamente los trabajadores de la fábrica; debe aprovechar a la colectividad.

b) Dijimos alguna vez que en un país pobre bajo un régimen socialista todos vivirían como pobres. Que no sería posible que un país donde se produzca lo que en México se produce, el nivel medio de vida de los trabajadores de todas las clases sea comparable al de algunos trabajadores de las grandes industrias, lo demuestran los valores de nuestra producción industrial y agrícola. De

(1) Según CH. Gide, las fórmulas de repartición que se han propuesto se reducen a las siguientes: Partes iguales a todos. A cada uno según sus necesidades. A cada uno según sus implementos. A cada uno según su trabajo. V. Pareto califica a las tres últimas de subjetivas y son para él vagas, nebulosas, poco inteligibles. Sin duda que esas fórmulas no conducen a reglas precisas para repartición. La razón de eso es que no se pueden establecer relaciones bien determinadas entre cosas mensurables, como son los productos del trabajo, con otras que, por su naturaleza misma, no lo son, como las necesidades, los méritos y el trabajo. Sin embargo, los partidarios de la última fórmula de distribución—que si mal no recordamos es la que Marx acepta—, proponen que se mida el trabajo por el número de horas.

los datos consignados en los cuadros relativos, resulta que el valor total aprovechable de toda nuestra producción es bastante menor de \$1,680,000,000—hay que tener en cuenta en efecto que esta suma se formó con los valores en bruto de la producción minera y petrolera, pues no se tiene el valor neto de esa producción; ahora bien, como la población activa es de 5.250,000, sin contar los empleados en transportes, resulta que el valor medio de lo aprovechable por trabajador es de 320 pesos. Esto nos dice que bajo un régimen de distribución uniforme de lo producido—que es la característica del socialismo—la única clase social que mejoraría de condición sería la muy numerosa de los campesinos, y acaso la de algunos trabajadores de pequeñas industrias. En cambio bajaría el nivel de vida de las clases siguientes: rentistas, burócratas, empresarios de grandes industrias, trabajadores en las grandes industrias extractivas y transformadoras. Y no consideramos a los empleados y trabajadores de toda clase en transportes, porque muchos de ellos, los que trabajan en algunas empresas ferrocarrileras y de tranvías, constituyen una clase de trabajadores tan favorecida como buena parte de los burócratas. Hemos insistido sobre esto porque tal parece que se cree que bajo un régimen socialista todos podríamos vivir, si no como ricos, por lo menos como burgueses de la clase media.

Y, no nos cansaremos de repetirlo, son condiciones necesarias para mejorar, el trabajo y el ahorro, y ahorro significa privaciones, sacrificio, renunciación a bienes presentes con la esperanza de que si no los mismos que se imponen privaciones disfruten de mayor bienestar en el porvenir, sí lo disfrutarán los que vengan tras ellos.

SALVADOR DIAZ MIRON

(1 8 5 3 - 1 9 2 8)

Publicamos, a título de anticipación, el capítulo "Salvador Díaz Mirón", del libro "Horacio en México" que, como contribución al segundo milenario del poeta latino, ha escrito el señor GABRIEL MENDEZ PLANCARTE. Este libro y el del señor Octaviano Valdés "Horacio Moderno", ya se encuentran en prensa en esta Editorial.

Por

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE

“ARTISTA del Renacimiento”: tempestuoso en la vida, paciente y exquisito en el arte. Breve y fúlgida como un diamante, su obra.

Injusto consigo, repudia sus poemas anteriores—que ya le habían valido renombre continen-

tal—y reconoce por hijo único a “Lascas”, uno de los libros más perfectos y homogéneos que han brotado de pluma mexicana. ¿Perfecto? Si obra de mortal merece tal adjetivo, merécelo sin duda la de Díaz Mirón. ¡Lástima que el poeta

oro arrastre a veces fangos; lástima que el poeta haya sido tan superior al hombre!

"Personalidad *sui generis*—bien dijo González Peña—no ya en la lírica de México, sino en la del mundo de habla castellana". (1)

No temo decir que Díaz Mirón es, por lo que toca al estilo, el más horaciano de nuestros poetas. Horaciano por temperamento, no por imitación. Ninguno, como él, sintió la quemadura del anhelo imposible: perfección. Ninguno luchó tanto por alcanzarla. Ninguno tan frecuentemente logró aprisionarla entre sus brazos hercúleos.

No es de los torrenciales, aunque tiene ímpetu y hervor de torrente. Es de los "alquimistas", que practican el lema de Gracián: "Más obran quintas esencias que fárragos". A él, como a Horacio, podemos decirle: "La concisión, secreto de tu numen". (2)

Limpiamente horacianas las características que en él señalan sus críticos: "difícil concisión", "brillantez", "rebuscamiento de la expresión justa". (3) Y aun los defectos que se le imputan—"falta de jugosidad... y de ternura", "poesía inhumana y amanerada"—son puntualmente los mismos que—erróneamente—se le han achacado al Venusino.

"Estímase que Díaz Mirón—escribe otro ilustre crítico—había perdido en espontaneidad, en emoción comunicativa y directa, lo que, por artes de sabiduría, ganó en prodigiosa riqueza y rítmica". (4) Otro tanto, ni más ni menos, se ha dicho de Horacio, con la misma aparente justificación. ¡Como si el artista hubiera en ellos matado al poeta! ¡Como si la túnica albeante ahogara el latido del rojo corazón! ¡Como si el "bronce perenne" olvidara el beso de la llama engendradora!

Cierto: ni Horacio ni Díaz Mirón son poetas gemebundos y palabreros. Del mexicano ha escrito Blanco-Fombona estas palabras que lo mismo pueden aplicarse al latino: "Aunque no carece de ternura, carece de sentimentalismo, sobre todo del malo... Qué pocas veces se le humedecen los ojos. Sin embargo, fijaos bien y veréis que a veces una perla se irisa en sus pestañas. Y qué patéticas son las lágrimas del hombre fuerte". Como Horacio, Díaz Mirón nos dice su dolor "en estrofas perfectas, casi impasibles; en

estrofas engañosas de serenidad, como los volcanes, que portan la muerte y el fuego en las entrañas". (5) Nada de lamentos mujeriles, ni de gritos histéricos, ni de suspirillos delicuescentes. Pudor viril: sello de suprema distinción.

Muchos—por no decir todos—son los poemas de Díaz Mirón cuyo estilo claramente evoca el recuerdo de Horacio.

La muerte del "hombre de virtud"—del horaciano "varón justo y tenaz"—inspírale este magnífico "*Requiescat in pace*":

¡Ante el despojo inerte
del hombre de virtud, yo no maldigo,
sino aplaudo la muerte!
¡Celébrala conmigo
quien a sensible corazón dé abrigo!
¡Sí, en esta cruel guerra
el justo anhelará de polo a polo
dormir bajo la tierra,
ya que sobre ella sólo
reina la fuerza y predomina el dolo!
¿Cuándo habrá mar en calma
para el esquife en que, mirando al cielo,
boga y suspira el alma?
La fe se encoge, ¡oh, duelo!
como ave a punto de emprender el vuelo.

La prestigiosa orilla
esplende allá como fulgor que brota;
mas la frágil barquilla
que la tormenta azota,
no llegará sino desierta y rota.

No vertáis, ¡oh perversos!,
de irrisorio dolor estéril jugo.
¿No ayer fuisteis adversos
al vivo como os plugo?
¿Plañe acaso a la víctima el verdugo?

No para tal asiento
compre el cincel fastuosa cantería,
todo remordimiento.
¡Esa corona fría
no fuera gloria, no, sino ironía!

¿A qué serán honores
las que en ónice y mármol sobre huesas
fija el arte labores?

¿A qué vanas pavesas
en triste soledad ricas empresas?

¡Oh tímido y profundo
espíritu, que siempre huíste el ruido
y la pompa del mundo!
Logres lo que has querido:
no eterna fama, sino eterno olvido.

¡A tí fuera desdoro
lo que es presea en nuestros circos fieros:
lo que obtienen del coro,
triunfantes y altaneros,
los más audaces y los más arteros!

"Piedad" fue tu divisa,
"Amor sin esperanza" fue tu emblema;
pasaste cual la brisa
que sobre el mar que trema

(1) C. González Peña: "Hist. Literat. Méx." Méx., 1928: p. 413.

(2) M y P.: "Epístola a Horacio", en "Hor. en España", I. p. LIII.

(3) F. de Onís: "Antol. Poes. Esp. e Hisp.-Amer.", Madrid, 1934: p. 55.

(4) C. González Peña: Op. cit., p. 415.

(5) R. Blanco-Fombona: Prólogo a los "Mejores Poemas" de Díaz Mirón, Editorial América, Madrid, s. a.: p. 20.

viene a la costa cuando el sol más quema.

¡Sabio quien busque y halle
a la sombra del árbol, paz cumplida
en apartado valle,
cabe limpia y dormida
corriente, imagen de su nueva vida!

No cultivéis, ¡oh buenos!,
más tierra que la tierra. ¡El barro humano
vale a vosotros menos
que el que nutre al gusano
y da una planta a quien le arroja un grano!" (6)

Más horaciano aún—por su estilo, por su tema
y hasta por su título—es aquel poema, uno de los
máximos "capolavori" de Díaz Mirón, en que la
noble figura del "sabio" esculpida por Horacio y
por Fray Luis y que ya vimos asomar en la penúl-
tima estrofa de "Requiescat in pace", reaparece en
toda su vital plenitud. He aquí el "Beatus ille"
díazmironiano:

"¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a tí brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

De la cándida oveja
que a sombra trisca en hondonada bruna,
o la cabra bermeja
que asoma en alta duna
su hocico rojo de carmín de tuna,—
ubre sana y henchida
regala el apetito, aquí no escaso,
con leche que, bebida,
vale a dormir al raso
y deja untado y azuloso el vaso.

¡Mesa digna de un justo,
¡oh Gay!, la tuya, que de carne y vino
te guarda exento el gusto,
y no a perder el tino
es ocasión, ni a víctimas destino!

Egloga virgiliana
abre y radica en tu heredad el seno,
y de tu boca mana
en trasunto sereno
y con almíbar oloroso a heno.

Antigua prez no humilla
claro vestigio a torpe muchedumbre;
él en tu ingenio brilla,
como postrera lumbre
de occiduo sol, en levantada cumbre.

¡Plácidos los que olean
mi frente, que a baldón opone orgullo,
hábitos que menean
las frondas, con murmullo
grato al reposo, cual materno arrullo!

¡Mas no Favonio engríe
el délfico laurel. Zozobras calma,
y susurrando ríe
de la ceñida palma,
con un desprecio que perfuma el alma!

(6) Este poema, "Requiescat in pace", no se encuentra en "Lascas" (Xalapa, 1901), ni en la mencionada antología de Blanco-Fombona. Lo tomo de la pequeña selección que forma parte del "Parnaso de México", publicado en México por el editor Porrúa.

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a tí brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

A la culta o salvaje
corriente del vivir marcas y ahondas
recto y seguro encaje,
que por arenas blondas
al mar la lleva en sosegadas ondas.

Sobre anónima huesa
árbol piadoso y tétrico derrumba
"guirnalda que le pesa",
pompa que treme y zumba
y caricia y plañido es a la tumba.

La madre tierra es leve
al cadáver que allí se desmorona,
que sólo a un sauce debe
—en los palmos que abona—
copioso llanto y liberal corona".

Estamos en presencia de una obra maestra de
la poesía española, que es, al propio tiempo, uno
de los más preclaros especímenes del horacianismo
mexicano. No imitación: "re-creación" del "Beatus
ille" es el poema del veracruzano genial.

El viejo molde de "La Flor de Gnido" (7),
que parecía ya agotado y enjuto, revive aquí hen-
chido de joven savia, más viril y armonioso que
nunca. La pentacorde "lira" que pulsaron Fray
Luis de León y San Juan de la Cruz, torna a can-
tar—bajo la mano sabia y enérgica de Díaz Mirón
—nuevas y no percederas armonías.

No pequeña audacia la del poeta de "Lascas":
atreverse a tratar el tema del "Beatus ille" después
del inmortal cantor de "La Vida Retirada", y pro-
vocar—por el empleo de la misma forma estrófica—
la temible comparación. Paralelo aplastante
para cualquier otro que no fuera él, Díaz Mirón
resístelo no sólo digna sino victoriosamente.

Porque, si he de expresar íntegramente mi sen-
tir, no debo callar que, con todo el respeto debido
a la sombra amada y venerada de Fray Luis, juz-
go superior—si no como poesía, sí como auténtico
estilo horaciano—el "Beatus ille" del artífice de
"Lascas".

A no pocos—bien lo sé—escandalizará este mi
juicio; pero... "¿nunca se ha de decir lo que se
siente?"... (8)

Concisión bruñida y espléndida, rapidez y brío,
primor de adjetivación,—inconfundibles dotes ho-
racianas—brillan también en muchos otros de los
poemas de Díaz Mirón. Citaré sólo algunos frag-
mentos, escogidos casi al azar:

(7) "Primera joya horaciana de la poesía moderna"
llama Menéndez y Pelayo ("Hor. en Esp.", II, p. 13) a
esa oda—"la Flor de Gnido"—en que Garci-Lasso intro-
dujo a nuestra lengua, tomándola de poetas italianos, esa
bellísima combinación llamada "lira".

(8) D. Francisco de Quevedo: "Obras completas", ed.
Astrana Marín, Aguilar. Madrid, 1932. "Obras en ver-
so": p. 135.

... "A través de este vórtice que crisper,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa,
o águila seducida por un astro".
... "¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrumen!
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume".
... "¡Alumbrar es arder! ¡Estro encendido
será el fuego voraz que me consume!
La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma".

("A Gloria").

... "Y hórrida amago suena...
¡Así la racha en el desierto zumba,
cuando en crecientes vórtices de arena
corre a ceñir al árabe la tumba!"
... "Sobre la impura huella
del fraude, la verdad austera y sola
brilla, como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola".

("Excelsior").

... "En la espuma del mar sacro al Jonio,
deidad menos bella
sacudió, remedando una estrella,
el suelto y profuso
y dorado borlón, cuando impuso
con el iris al nácar su huella".

("Pepilla").

... "Siempre que prócer o tumulto amaga
resiento injuria en escozor de llaga:
¡tórnome paladín, y alzo en palestra
lírico gusto, como armada diestra,
rútilo grito, como fiera daga!"

("El Ingenioso Hidalgo").

Integros deberían aquí transcribirse aquellos poemas "Redemptio", "El Predestinado", "A una araucaria", "El Fantasma", "Boedromion", en que Díaz Mirón, con incomparable maestría, cincela marmóreos tercetos, ya sea entrelazándolos según el esquema italiano de nuestros clásicos o bien creando un molde nuevo, no menos arduo y severo que el antiguo: el terceto monorrímo, que puede gloriarse de tener como precursor nada menos que al trepidante "Dies Irae" de la liturgia medioeval y católica.

Gocemos siquiera un fragmento del poema "A una araucaria", en que surge, con poderoso relieve, otra característica horaciana de Díaz Mirón que ya se habrá advertido en las citas anteriores: su ímpetu innovador en el léxico—fuertemente impregnado de latinismo—y en la sintaxis, que tiende siempre al hipérbaton, a la elipsis, a la omisión de artículos y a cuanto aumenta energía y concisión:

"¡Bien hayas, himno verde, que sublimas
en estrelladas y soberbias rimas
triumfante numen, y a cantar animas!

En la punta prolífica y derecha
de tu plumada y elegante flecha,
mirlo garrulador plañe una endecha.

... Corvas uñas, que amagan como en rabos
de incógnitos a mí reptiles bravos,
echas por hojas en alternos cabos.

Y si la llama del rencor me ciñe
corazón y laúd, la nota riñe
y el verso es garra que la sangre tiñe.

... ¡En tí mi nombre que grabé, se mezca!
¡Tal vez lo guardarás de que perezca!
¡Sólo así podrá ser que dure y crezca!"

Y cerremos el estudio de este aspecto de la música diazmironiana con aquella pequeña obra maestra que es su trágico apóstrofe "Al Iztaccihuatl":

"Tu enorme ventisquero forma o trasunta
blanca mujer tendida como difunta,
y muestra en vivas manchas crudo arbol;
y el cadáver ficticio me desconcierta,
porque se me figura la patria muerta
que con pintas de sangre se pudre al sol.
¡Oh signos de los tiempos graves y espurios!
¡Oh enorme catafalco lleno de augurios
que presagian castigos e imponen fe!
Tu mole no descubre más que estas marcas:
escombros o cenizas y rubras charcas,
y vecino, un coloso que avanza el pie!" (9)

Estrofas "impasibles", pero amargas y clarividentes como aquellas en que el Vate latino, ante las discordias fratricidas que desgarraban a la República, presentía—sobre las cenizas de Rómulo—el verberante galope de los corceles bárbaros... (10).

Muy horacianos por su estilo, por la "imaginación helénica" y por no pocos detalles, son otros dos poemas de Díaz Mirón, que—si no me engaño—bien pueden competir en taumaturgia potencia evocadora con los mejores "Poemas Antiguos" de Leconte de Lisle.

El primero, "Boedromion", es, en buena parte, magnífica amplificación del horaciano "Dulce et decorum est pro patria mori". (Oda II, Lib. III):

"¿Gemis? ¿No hallaron entre rojas piras
y a través de las bárbaras saetas
claros laureles vuestras justas iras?

(9) Tampoco este poema "Al Iztaccihuatl" aparece en las antologías que conozco de Díaz Mirón, ni se encuentra en "Lascas". Publicóse, a raíz de la muerte del poeta, en alguna revista.

(10) Horacio: Epodo XVI, vv. 11-14:
"¡Barbarus, heu! cineres insistet victor, et urbem
Eques sonante verberabit ungula;
Quaeque carent ventis et solibus ossa Quirini
(Nefas videre) dissipabit insolens".

Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de lirás
hechas a celebrar triunfos de atletas.

La griega sangre que purpura el suelo
por la lucha convulso y escarbado
es propicia a la patria y grata al cielo.

¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolido!

Para el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale a la puerta y se encarama al techo.

Y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hinche y erige su botón de rosa.

¡Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril, es gran mancilla!

¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se queda atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;

El que sensual o tímido prefiera
al riesgo heroico, el bienestar seguro,
viva de oprobio y de vergüenza muera!

No os lamentéis. ¡La combatida nave
"echa al airado mar todo un tesoro"
para salvarse en la tormenta grave!

Corred al templo en jubiloso coro
y dejad sobre el dórico arquitrabe
en honra al dios las égidas de oro!"

Y el segundo, "*La Conmemoración*", que lleva
el subtítulo de "Espectros Épicas", es un bajorre-
lieve triunfal, digno de ser cincelado por Fidias y
admirado por Pericles:

"¿Adónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guereros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de égidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El Sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que a indistinto
dios vestido de púrpura guarece;

y el húmedo cristal, a trechos pinto
de reflejos de múrice, parece
en sangre persa aún tinto".

"Peán" victorioso de Salamina—que "Sófocles,
apenas efebo, blanco y desnudo como Apolo, danzó
y cantó en la playa frente al trofeo de la victo-
ria" (11) y que corearon con altos clamores, bajo
el azul empurpurado del cielo, sobre el azul empur-
purado del mar, "las galeras heroicas de Themís-
tocles"!

Más que por reminiscencias concretas, es horaciano
Díaz Mirón por la profundísima afinidad
de su estilo con el del Vate de Tíbur. Aquéllas, sin
embargo, tampoco faltan del todo.

Así, claramente recuerda a Horacio. (Oda "A
Grosfo", XVI del Libro II), cuando nos pinta a
la torturada "*Claudia*", que

"huye del trato y se resiste al brillo;
y busca en el encierro una quimera:
la paz del corazón puro y sencillo.
¡Como si por milagro consiguiera,
al golpe de la puerta en el pestillo,
burlar sus cuitas y dejarlas fuera!"

y más evidentemente aún, en aquel otro pasaje:

"En pequeño batel hiende la rada,
... y en el peligro y sin temerlo flota;
y de todo su afán no arroja nada
en su curso y su grito de gaviota".

... ¡Admirable amazona la doncella!
Pide un corcel, y en el sillón se planta,
nervioso y ágil, cimbradora y bella;
y parte con un nudo en la garganta;
y compele y fustiga y atropella...
¡y a su cruel torcedor no se adelanta!"

¿Quién no reconoce aquí el pasaje ya citado de
la Oda "A Grosfo" y el "Post equitem sedet atra
Cura" de la Oda I del Libro III? Pero también
aquí—como decíamos del "Beatus ille"—la imagen
horaciana no está pálidamente imitada, sino "re-
creada" con vigor y frescura de cosa viva y perso-
nal. Compárese ésta de Díaz Mirón con la remi-
niscencia que del mismo pasaje vimos antes en
Pesado; y, a pesar de ser Don José Joaquín uno
de nuestros mayores intérpretes de Horacio, se
advertirá inmediatamente la distancia y la inmensa
superioridad del poeta de "*Lascas*".

Indicaré, finalmente, aunque sea de paso, otras
características genuinamente horacianas de Díaz
Mirón: la prodigiosa potencia de vaciar, "en ver-
sos que perduren" y sin mengua del arte, su indig-

(11) Jesús Urueta: "Conferencias y discursos litera-
rios", Cultura. México, 1919: "Ensayo sobre la Tragedia
Atica": p. 42.

nación y hasta sus coléricos insultos; y el poder—no menos maravilloso—de renovar o ennoblecer con sus giros cuanto dice, logrando así recurrir a comparaciones para cualquier otro inaccesibles por “humildes” o prosaicas.

De lo primero, bastará citar como ejemplo decisivo los diazmironianos Épodos VI y X y los horacianos “Excelsior”, “Oda mínima”, “El Ingenioso Hidalgo” y tantos otros en que flamea—no siempre con justicia, siempre con arte supremo—la furia del veracruzano a quien ya oímos decir de sí mismo:

“...Y si la llama del rencor me ciñe
corazón y laúd, la nota riñe
y el verso es garra que la sangre tiñe”.

Lo segundo, o sea el mágico poder transfigurador de las más humildes realidades, es quien permite a Díaz Mirón comparar la angustia de “Claudia” con

“...el espasmo súbito que al vuelo
de la colgante y columpiada sogá
muerde y crispa las carnes del chicuelo;”

ponderar la “gordura” de la leche campesina y la escasez de carne y vino, con las expresiones horacianas que vimos en el “Beatus ille”; y engarzar, en la fastuosa descripción de un crepúsculo, el símil que admiramos en esta estrofa:

“Un adiós, hecho turba de colores,
como el de triste madre suelto en flores

a muerto chiquitín,
radia en el dombo que prepara luto
y luminaria, por el Sol hirsuto
que cayó en el confín”.

(“Opalo”).

Mexicano auténtico, no es Díaz Mirón de los descastados que reniegan de España. Cuando en 1910—Centenario de nuestra Independencia—, canta “Al buen Cura” iniciador de la epopeya, exhorta y amonesta a sus conciudadanos:

“!Ah!, pero no en irreflexiva furia
reverdezcais antigua y seca injuria
en contra del hermano,
que de virtud rebosa;
no intentéis percutir como a tirano
al espíritu hispano,
que siempre será cosa
firme y enhiesta, principal y hermosa”.

Herederó de ese espíritu, el poeta de “Lascas” consagra su decoro—bien lo dijo Fernández Granados—“a la helénica musa”; (12) aquel Díaz Mirón “demasiado rebelde para echar sobre sus hombros librea alguna, por dorada que sea”, (13) ciñe su leonina cabeza melénuda con mirtos y laureles del jardín de Horacio.

(12) E. Fernández Granados: “Mirtos”. México, Porrúa, 1915: p. 171. Soneto “A Díaz Mirón”:
“Poeta: bien realzas tu decoro,
a la helénica musa consagrado...”

(13) R. Blanco-Fombona: Prólogo citado, p. 17.

DICTADURA Y DEMOCRACIA

Por

M A X A D L E R

ESTA vez no se trata de determinar las relaciones entre la dictadura y la democracia. Podemos abandonar los casos de terrorismo. Creemos haber aclarado que no existe ninguna contradicción entre la dictadura y la democracia, tal y como generalmente se la conoce, es decir, como democracia política. La comprobación que se puede obtener actualmente en cualquier parte del movimiento obrero socialista, en el sentido de que trata de asimilar

UNIVERSIDAD publica este capítulo del libro del profesor MAX ADLER: “Democracia Política y Democracia Social”, que cobra viva actualidad en nuestros días. La versión castellana de la obra de Adler, precedida de un estudio, se debe al Lic. Manuel González Ramírez, colaborador de esta Revista, y está siendo editada por importante editorial sudamericana.

las teorías de la dictadura y utilizarlas en la práctica, revela, ante todo, la existencia de debilidades interiores en ese movimiento obrero.

La social-democracia de nuestros días ha tenido necesidad de entender claramente que la dictadura del proletariado no es de ninguna manera contraria a la democracia comprendida en el sentido de democracia política, sino que, por el contrario, es una consecuencia de la democracia basada sobre el poder del proletariado.

Ya en el *Manifiesto Comunista*, la dictadura del proletariado es la idea primordial que deriva la extensión y significado de la lucha proletaria. Y aunque no se hace uso de la palabra "dictadura", la naturaleza y esencia de ésta están descritas claramente en este párrafo:

"El proletariado usará de su supremacía política para arrancar, poco a poco, a la burguesía, todos sus capitales, para centralizar en las manos del Estado, es decir, del proletariado constituido en clase dirigente, los instrumentos de producción, y para aumentar más rápidamente la masa disponible de las fuerzas productoras".

En Marx y Engels, como lo ha expresado el primero, en su obra *El Dieciocho Brumario*, y como lo ha repetido después, en distintas ocasiones, la conquista política por el proletariado tiene por fin el destruir el aparato de Estado de clase. Luego esta conquista de los obreros no se limitará a un acto simple de tomar para sí las riendas del Estado, sino más bien abolir el Estado y hacer desaparecer los antagonismos económicos de clases, por todos los medios posibles. Pero esto no será obra de un día, sino de una etapa muy larga. Lo cual quiere decir que la victoria del proletariado no transformará bruscamente en sociedad socialista a la sociedad capitalista. La sociedad de clases y el Estado continuarán existiendo por algún tiempo, solamente que la clase dominante no será la misma: no será la clase burguesa con las capas sociales que de ella dependan, sino el proletariado y sus aliados. Entonces, y por un tiempo más o menos largo, el proletariado deberá ejercer un poder enérgico, tanto para demoler las instituciones de la sociedad de clases, como para combatir y destruir la oposición y las influencias hostiles de las capas sociales desplazadas. Este poder del proletariado sobre el Estado y contra la sociedad de clases, es la dictadura del proletariado. Así lo explicó Marx cuando escribió: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista habrá un período revolucionario de transición. A este período corresponderá una evolución política durante la cual el Estado no podrá ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado".

La elección de los métodos de que esa dictadura se servirá para alcanzar sus objetivos, dependerá únicamente de su eficacia: es decir, de la naturaleza, extensión y gravedad de la resistencia que tenga que vencer. Mas si ese régimen resuelve privar de sus derechos políticos a sus adversarios, tales como el derecho de voto, el de libertad de prensa, y el de reunión y de asociación, será necesario que tenga presentes dos puntos muy importantes: en primer lugar, que la dictadura del proletariado ejercida en un período revolucionario no es un estado permanente, sino transitorio hacia un régimen

estable; en segundo lugar, que la dictadura se ejercerá sobre la base de la democracia, aunque ésta sea de la naturaleza de la democracia actual, es decir, de la democracia política. Ahora ya se comprenderá por qué cuando hemos distinguido las dos acepciones de la palabra "democracia" no hemos hablado de democracia social y de democracia burguesa, sino de democracia social y de democracia política o formal. Y es que se olvida frecuentemente que la democracia proletaria es sólo una democracia política, por lo cual todavía no es una democracia social, aun cuando esté preparando las bases de ésta. Por esta última finalidad la dictadura proletaria se distingue de la democracia burguesa. Pero las dos tienen de común el dominio de la mayoría, es decir, son una democracia política.

Marx y Engels jamás concibieron la dictadura del proletariado de manera distinta a la acción de la inmensa mayoría del pueblo. Según esos autores, la sociedad capitalista iba a evolucionar en una dirección tal que el proletariado y las clases sociales que le son afines—obreros agrícolas, pequeños campesinos, trabajadores intelectuales y gran parte de la pequeña burguesía—iban a constituir en el momento de la revolución la mayoría del pueblo. A este respecto se puede leer en el *Manifiesto Comunista*:

"Hasta nuestros días, todos los movimientos sociales han sido realizados por minorías en provecho de las minorías. El movimiento proletario será la acción espontánea de la mayoría en provecho de la inmensa mayoría".

Por otro lado, explicando el movimiento proletario por el antecedente histórico de la Comuna, Marx y Engels insistieron en que aquél debía apoyarse sobre el sufragio universal. Se comprende así cómo Marx ha podido escribir en el *Manifiesto Comunista* que: "el primer paso de la revolución obrera al constituir al proletariado en clase dominante, será el conquistar el régimen democrático". Como se nota inmediatamente al leer esa idea de su contexto, no significa de ninguna que el proletariado deberá contentarse con conquistar la igualdad de derechos en el Estado, sino más bien que subordinará el Estado a la mayoría del pueblo. La palabra "democracia" tiene ahí su significado original, aquel que hemos señalado antes, es decir, el dominio del *demos*, de la masa popular, sobre los ex-privilegiados; del gran número, sobre la minoría. Al mismo tiempo se puede explicar sin contradicciones la frase discutida de Engels por la que afirmó que democracia es la forma en la cual la dictadura del proletariado podrá ser realizada. No se trata entonces de soñar con la igualdad formal de los derechos para todos, sino más bien de

la supremacía del mayor número dentro del Estado.

Podrá creerse que la concepción acerca de las relaciones entre la dictadura y la democracia tiene una contradicción interna, porque la democracia política está basada sobre el principio de la igualdad de los derechos y que la dictadura se contrapone a ese principio. Sin embargo, no existe tal contradicción, sino por el contrario, se comprueba la naturaleza incongruente de la democracia política. Porque el punto esencial sobre el cual ya hemos insistido y que ojalá pueda comprenderse bien, es que la democracia política es precisamente el instrumento político que permite oprimir "democráticamente" a la minoría. En una organización constituida por el sufragio universal, la mayoría, poco importa que sea reaccionaria o revolucionaria, puede restringir la igualdad de derechos a una parte de la colectividad o modificar las bases de la Constitución. Así, por ejemplo, un parlamento constituido por el sufragio universal de hombres y mujeres, podrá acordar la abolición del sufragio femenino o restablecer la monarquía en lugar de la República. La opinión común y general, según la cual la democracia en su forma parlamentaria constituida por el sufragio universal, deberá, necesariamente, realizar la libertad, ha sido calificada justamente por Otto Bauer como "ilusión de pequeños burgueses", agregando, con toda razón:

"El orden político que hace emanar del sufragio universal el gobierno y el parlamento, no impide que ese mismo sufragio pueda librar al gobierno y al parlamento del dominio de una clase y hacer de ellos los instrumentos por medio de los cuales la tal clase domine a las demás. La democracia parlamentaria del sufragio universal no suprime la dominación de clase: por el contrario, la confirma y consagra en perjuicio del pueblo. (1)

Si se quieren estimar aquellas decisiones como "antidemocráticas", sólo podrá hacerse porque la naturaleza de los acuerdos está en contradicción con la idea de perfecta igualdad de los derechos de todos. Pero precisamente porque el acto mismo de decidir está basado sobre esa igualdad, la decisión o acuerdo es indiscutiblemente democrático. A la democracia no se le determina lo que tiene que acordar; lo más que se pueda lograr, mediante ordenamientos precisos, es hacer más difíciles ciertas discusiones, por ejemplo, prescribir que algunos acuerdos no puedan ser tomados sino por unanimidad o por mayoría determinada. Si se toma una resolución dentro de esos requisitos y de ella resulta la limitación de la igualdad de derechos a una minoría, entonces y sólo entonces, se destruirá a la democracia; y lo

que es peor, se la destruirá por la vía democrática. Por otro lado, la restricción de la igualdad de derechos aplicada a una minoría, no constituye ningún atentado al principio de la democracia, desde el momento en que se toma llenando las formas democráticas. Todas estas contradicciones contra las cuales chocamos aquí y que parecen impedir el que consideremos a esos actos como democráticos, provienen del hecho, olvidado siempre, de que hablamos de la democracia política, aunque en nuestro espíritu pensemos involuntariamente en la idea de la democracia social.

Quizá se objete que aquel razonamiento presupone que la dictadura del proletariado será establecida por la vía parlamentaria que, aunque cierto y posible, es poco probable. A lo cual respondemos que bien considerada la incertidumbre sobre el establecimiento extra-parlamentario de la dictadura del proletariado, es decir, de la conquista revolucionaria del poder político por los obreros, no cambiaría en nada la naturaleza de las relaciones entre la dictadura y la democracia política. Porque, ¿qué significaría esa conquista? Simplemente que las clases dominantes no dispondrían ya de la fuerza económica ni de la fuerza política necesarias para mantener su poder, en tanto que en el seno del parlamento la distribución de las curules no correspondiera a esa realidad. Ahora bien, si se realizara fuera del parlamento, no significaría sino que se podría lograr de la misma manera por la vía parlamentaria si es que la situación del parlamento correspondía exactamente a la situación real de las fuerzas en juego; equivaldría, si se nos permite usar una célebre frase, a "continuar el parlamentarismo por otros medios".

De lo que precede se puede concluir que aun por el triunfo del proletariado, no cambiará nada el carácter del Estado como organización del poder de una clase. El mismo Estado proletario, será un Estado de clase; no será todavía la sociedad sin clases de la cual hemos hablado antes. La única diferencia estriba en que la clase del poder será la proletaria que hasta entonces habrá estado dominada por la burguesía. He aquí por qué aun en el Estado proletario la democracia real es imposible y sólo la dictadura puede existir. Y no es sino en la medida en que esta dictadura pueda hacer desaparecer los antagonismos de clases de la antigua sociedad e instaure y desarrolle en su lugar los elementos de la nueva sociedad solidaria, que la democracia política del Estado proletario se transformará en democracia social de la colectividad socialista. En esta colectividad no habrá lugar para la dictadura política, y en ella no "habrá clases, ni antagonismo de cla-

(1) "La Revolución Austriaca".

ses, y las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas". (2)

De este modo se descubre lo bien fundado de la concepción marxista sobre el Estado, según la cual éste constituye el sistema social basado sobre los antagonismos de clases, por lo que un Estado, aunque sea el proletario, no podrá ser otra cosa que la organización del poder de una clase. La democracia no puede cambiar este hecho, pues mientras ella no se transforme hacia la solidaridad social, seguirá siendo una democracia política. Es por esto que Engels, en su célebre crítica al Programa de Gotha ha insistido en este respecto (que es indispensable retenerlo en la memoria) que el carácter de poder, asumido por el Estado, no puede ser destruido por ningún progreso puramente democrático. De este modo afirmó lo siguiente:

"El Estado no ha sido sino un fenómeno transitorio, un medio de violencia de que se ha servido en la lucha y en la revolución para debilitar a sus adversarios la clase dominante; por eso, sería insensato hablar de un Estado popular libre:

(2) Marx. "Miseria de la Filosofía".

en tanto el proletariado siga utilizando al Estado no será en interés de la libertad, sino para tener en jaque a sus enemigos; cuando surja la libertad, el Estado como tal, dejará de existir. Por eso proponemos cambiar la palabra de "Estado" por la de "Sociedad". Es decir, que Engels al examinar la naturaleza y posibilidad de una democracia real, hace la misma distinción entre la sociedad solidaria y la no solidaria, sobre la cual hemos basado nuestra definición de la democracia. Examinada desde este aspecto la pretendida contradicción entre la dictadura y la democracia, se descubre la verdadera realidad: un error perjudicial que produce un debilitamiento, todavía más perjudicial, de la conciencia de clase y de la combatividad del proletariado. Tal error debe desaparecer y en su lugar surgir la sana concepción de la vieja doctrina marxista, que sostiene que el único camino que puede conducir a la realización de la democracia verdadera es, como ya lo había enseñado Engels: "la concepción del socialismo científico, según la cual la acción política del proletariado y su dictadura no son sino una transición hacia la abolición de clases y, por consiguiente, del Estado".

PROLOGO A LA ETICA DEL PROF. J. ROMANO MUNOZ

Por el Abog. EDUARDO GARCIA MAYNEZ

CLARIDAD, profundidad, congruencia: he aquí los méritos que, en mi concepto, debe reunir un escrito filosófico. Aisladas, esas virtudes no bastan. Una obra claramente redactada, si carece de profundidad, carecerá también de importancia, como aportación al acervo literario de la filosofía.

Se afirma que hay verdades muy oscuras. No es exacto. Oscura puede ser la expresión; la verdad es diáfana siempre. Unir la hondura del pensamiento a la claridad del estilo es por esto un desiderátum del filósofo que escribe o que habla.

Pero a la pulcritud exterior de la forma, debe corresponder la interna congruencia de las ideas. Si la imprecisión es grave defecto, los pecados contra la lógica son imperdonables, ya que aniquilan el valor de cualquier ensayo filosófico.

El libro de don José Romano Muñoz reúne los tres méritos de que hablamos: a pesar de su

brevedad, es un estudio profundo, congruente y claro. Exponer con claridad mayor, o en menos páginas, temas tan arduos como los que aborda el distinguido catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria, sería imposible. Romano Muñoz resulta, a veces, un poco lacónico, pero nunca es obscuro, superficial o incongruente.

Las citadas virtudes hacen de su obra un trabajo de gran valor didáctico. El libro, útil para todo el mundo, servirá particularmente a los jóvenes estudiosos. Como profesor de Ética en la Escuela Preparatoria, he oído a los alumnos deplorar la carencia de una obra de texto completa, accesible y breve.

Es cierto que hay muchos y excelentes tratados de autores extranjeros; pero las traducciones son escasas y, por regla general, defectuosas. En México han sido publicados varios estudios sobre la

materia; sólo que, cuando no son escritos monográficos o simples exposiciones de carácter histórico, representan puntos de vista y posturas ideológicas definitivamente superados.

A las apuntadas virtudes, une el libro de Romano Muñoz el mérito de la novedad. Su obra constituye la primera exposición completa y sistemática de la ética material de los valores. Los admirables trabajos de Max Scheler y Nicolai Hartmann, únicamente son conocidos por los lectores españoles e iberoamericanos en forma indirecta y fragmentaria, gracias a las referencias y resúmenes contenidos en las publicaciones de Gurvitch, Ortega y Gasset, García Morente, Recaséns Siches, Augusto Messer, etc.... Los dos grandes monumentos de la ética actual: "El Formulismo en la Ética y la Ética Material Valorativa", de Scheler, y la "Ética", de Hartmann, son libros no traducidos todavía al castellano.

El profesor Romano Muñoz no pretende ser original. Su propósito, bellamente logrado, por cierto, ha sido el de ofrecer una exposición sistemática del estado actual de las investigaciones acerca del valor. Gracias a este libro, podrán los lectores mexicanos conocer los últimos resultados obtenidos en el terreno de la ética por los más ilustres filósofos contemporáneos.

* * *

El pensamiento moral de la humanidad ha revestido, hasta el presente, tres grandes formas de manifestación: el empirismo, la ética formal y la ética material valorativa.

La distinción entre filosofía empírica y filosofía pura, débese a Manuel Kant. La preocupación más honda del autor de la *Fundamentación Metafísica de las Costumbres*, consistió en crear una filosofía absolutamente pura, un sistema libre de elementos tomados de la experiencia. El célebre pensador admitía la clásica división de los conocimientos en tres grandes disciplinas: la física, la ética y la lógica. Y afirmaba que "todo conocimiento racional, o es *material* y considera algún objeto, o es *formal* y se ocupa tan sólo de la forma del entendimiento y de la razón misma, y de las reglas universales del pensar en general, sin distinción de objetos. La filosofía formal se llama *lógica*; la filosofía material, empero, que tiene referencia a determinados objetos y a las leyes a que éstos están sometidos, se divide a su vez en dos. Porque las leyes son, o leyes de la naturaleza, o leyes de la libertad. La ciencia de las primeras llámase *física*; la de las segundas *ética*; aquélla también suele llamarse teoría de la naturaleza, y ésta, teoría de las costumbres".

"La Lógica no puede tener una parte empírica, es decir, una parte en que las leyes universales y necesarias del pensar descansan en fundamentos que hayan sido derivados de la experiencia; pues, de lo contrario, no sería lógica, es decir, una cánon para el entendimiento o para la razón, que vale para todo pensar y que debe ser demostrado. En cambio, tanto la filosofía natural, como la filosofía moral, pueden tener cada una su parte empírica, porque aquélla debe determinar las leyes de la naturaleza como un objeto de la experiencia, y ésta, las de la voluntad del hombre, en cuanto el hombre es afectado por la naturaleza; las primeras consideradas como leyes por las cuales todo sucede, y las segundas, como leyes según las cuales todo debe suceder, aunque, sin embargo, se examinen las condiciones por las que muchas veces ello no sucede".

"Puede llamarse empírica toda filosofía que arraiga en fundamentos de la experiencia; pero la que presenta sus teorías derivándolas exclusivamente de principios *a priori*, se llama filosofía pura. Esta última, cuando es meramente formal, se denomina *lógica*; pero si se limita a determinados objetos del entendimiento, se llama entonces *metafísica*.

"De esta manera se origina la idea de una doble metafísica, una *metafísica de la naturaleza* y una *metafísica de las costumbres*. La física, pues, tendrá su parte empírica; pero también su parte racional; la ética, igualmente, aun cuando aquí la parte empírica podría llamarse especialmente *antropología práctica*, y la parte racional, propiamente *moral*". (*Metafísica de las Costumbres*. Ed. Calpe, págs. 11 y 12).

La cita anterior permite fijar con toda claridad la distinción entre empirismo moral y ética formalista. Aquél se funda exclusivamente en los datos de la experiencia sensible y posee, por tanto, un carácter mudable y contingente; ésta pretende basarse en principios *a priori* de la razón, valederos para toda experiencia, y de índole meramente formal.

La última de las tres grandes formas de manifestación del pensamiento ético es la teoría de los valores. Dicha teoría entra en la liza de las contiendas filosóficas, oponiéndose al rigorismo kantiano, del mismo modo que la ética de Kant había combatido al empirismo. La ética valorativa no se funda en la experiencia sensible, sino en la intuición de determinadas esencias, a las que denomina valores.

Los partidarios de esa doctrina enseñan que el problema del deber, colocado por el filósofo de Königsberg en el centro de las especulaciones morales, es sólo uno de los grandes problemas de la ética. La pregunta acerca del deber—dice Hart-

mann—plantea únicamente la primera parte de la cuestión. La otra es menos actual, salta menos a la vista, pero es más universal y no menos importante. El problema del deber, en efecto, sólo puede ser resuelto en función de la filosofía de los valores. Sólo puedo saber qué constituye mi deber, si sé qué es valioso y qué carece de valor. *En el presente libro se explica cómo todo deber ser hállase referido en última instancia a un valor determinado, que el sujeto ha de realizar.*

Ante el problema del deber, se encuentra el hombre obligado a tomar una actitud. No se trata de una cuestión meramente teórica, sino de una exigencia ineludible. Pero al lado de esta primera exigencia, existe otra ante el individuo: la de tomar parte en la hermosa plenitud de la vida y abrir amorosamente los sentidos ante todo lo que tiene significación. La ética tradicional no tomó esto en cuenta. La moral imperativista incurre en la misma falta, y colócase también al margen de la plenitud y riqueza de la realidad. *La ética de deberes, enseña Hartman, es deslumbramiento y ofuscación, deplorable ceguera para lo valioso.* No es extraño que el pesimismo le pise los talones, pues resulta muy difícil soportar la vida en un mundo desvalorizado, en el que lo bueno y lo santo han sido degradados a la categoría de una mera fórmula.

La idea del deber, por sí sola, no alcanza a fijar plenamente el sentido de las acciones humanas.

Todo deber ser supone la existencia de un valor, y postula la obligación de realizarlo. La ética de bienes hacia depender también el problema del deber de la existencia de ciertos valores. La moral eudemonista, por ejemplo, reconoce expresamente la existencia de un supremo valor o bien supremo, a saber, la ventura o felicidad, y afirma que todos nuestros actos deben orientarse hacia el logro de la dicha.

Entre el empirismo moral, que admite la existencia de determinados valores (ética de bienes), y la moderna ética valorativa, entendida a la manera de Scheler o Hartmann, hay empero una gran diferencia. La ética de bienes se concreta a afirmar la existencia de ciertos valores, pero no estudia detenidamente la esencia de los mismos, ni ofrece una teoría acerca de las relaciones existentes entre el deber ser y lo valioso. Por otra parte, la moral empírica suele llegar a conclusiones relativistas, pues aun cuando en muchos casos afirma la existencia de valores absolutos (bien supremo), reduce éstos casi siempre a una serie de datos derivados de la experiencia, y cae, inevitablemente, dentro del subjetivismo y el relativismo. O expresado en otro giro: el empirismo ético carece de una teoría clara y acabada sobre la objetividad de los valores y el carácter *a priori* de los mismos, relativamente a la experiencia sensible.

LA TECNICA DE LOS ACTOS EN EL SEGUNDO PERIODO DEL PROCESO

(Del Libro en Prensa: "Derecho Procesal Penal")

Por el Lic.

JAVIER PINA Y PALACIOS

CINCO son los elementos que influyen en la transformación de la acción penal, y cuya transformación conduce precisamente a explicarnos la técnica de los actos preparatorias a juicio, que tienen lugar durante este período.

Los elementos que influyen en la transformación de la acción penal son:

I. La extinción de los elementos instructorios, los que provocan el nacimiento de

II. El auto que declara agotada la instrucción, y éste al verificarse, provoca a su vez,

III. El derecho de las partes a opinar sobre la calidad, valor y efecto de los elementos instructorios y si les son suficientes o no. La extinción de ese derecho por el ejercicio o la renuncia, a su vez provoca:

IV. La declaración de haberse extinguido, que no es otra cosa el auto que declara cerrada la ins-

trucción y la verificación de ese auto, a su vez provoca

V. La transformación de la acción penal de persecutoria en acusatoria.

Influencia de la transformación de la acción penal en la técnica de los actos del período

La actividad de las partes hacia la resolución del problema planteado por el ejercicio de la acción penal con respecto al Ministerio Público, es de notoria influencia en la técnica de actos del período, y si esa actividad que se traduce por la ejecución de determinados actos, éstos no transforman la acción, aquélla se extingue, así como también la acción de defensa la que está condicionada a la transformación de la acción del Ministerio Público. De aquí que esa actividad tienda a cristalizarse o cristalizar en actos el resultado del examen de los verificados en la instrucción; pero para que pueda verificarse la cristalización, para que pueda traducirse en actos, es necesario que sufra la acción penal una transformación, ya no se trata de perseguir la comprobación de los elementos que han de fijar la existencia del delito la de la responsabilidad y la de la participación del Agente pasivo y sujeto activo de él, porque los medios para conseguirlo se han agotado, sino que se trata de utilizar los elementos reunidos para que ellos continúen dando vida a la acción, y la vida de la acción se traducirá en los actos que constituirán el período preparatorio a juicio, o sea aquel en el que se fija el debate.

De lo anterior podemos concluir:

I. Subordinación de la existencia del período, o sea la reunión de los actos constitutivos del período a la transformación de la acción penal.

II. Cambio de situación de las partes ante los actos instructorios que se han consumido, ya porque no haya más elementos de instrucción o porque los reunidos sean suficientes y hayan llenado su objeto.

III. Coexistencia de los actos con la transformación de la acción penal.

Situación de las partes ante los actos que mutuamente ejecutan

Si por la técnica de los actos su existencia está subordinada a la transformación de la acción penal, la situación de las partes dependerá de dicha transformación.

En cuanto al Ministerio Público, al verificarse la transformación, ésta provoca el nacimiento del acto, y éste al nacer, provoca a su vez, el acto de la contraparte, de donde resulta que la situación de la contraparte está subordinada a la ejecución

o verificación del acto que ejecute el Ministerio Público. En consecuencia, la actuación del derecho del procesado queda subordinada a la actuación de la acción penal, ya que no puede continuar la acción de defensa si no se verifica la transformación del ejercicio de la acción penal.

Significados.—Conclusión.—Términos.—Poner fin a una situación.—Concluir es llegar a determinado resultado. Llegar a determinada conclusión es el acto mediante el cual se pone término a una cuestión, proponiendo la resolución de la misma o su solución.

Definición de conclusiones desde el punto de vista Jurídico.—Acto mediante el cual las partes analizan los elementos instructorios y sirviéndose de ellos, fijan sus respectivas situaciones con relación al debate que va a plantearse.

Origen de las conclusiones.—El origen de las conclusiones está en la acción penal, o mejor dicho, en los actos que modifican el curso de la acción penal o que lo suspenden, de tal manera que puede concluirse que el origen de las conclusiones está en los actos instructorios, condicionados al ejercicio de la acción penal.

Para determinar si en efecto el origen de las conclusiones está en esos actos, habrá que examinar los tres casos que se presentan, o sean los de conclusiones acusatorias, los de conclusiones no acusatorias y los de las conclusiones de la defensa.

Objeto de las conclusiones.—Las conclusiones tienen por objeto que las partes puedan expresar, en forma concreta, el resultado del análisis que han hecho de los actos instructorios, determinando cuál va a ser la posición que van a adoptar en el debate.

Clasificación de las conclusiones.—Las conclusiones pueden clasificarse, atendiendo ya sea a los intereses que representa el que ejecuta la acción o en atención a los efectos que produce el ejercicio de la acción penal con relación a la situación del debate. Colocándolos en el primer punto de vista pueden clasificarse las conclusiones como conclusiones del Ministerio Público y conclusiones de la defensa, y colocándonos desde el segundo punto de vista, pueden clasificarse en conclusiones acusatorias y conclusiones no acusatorias.

Condiciones para la vida del acto de las partes

Para que pueda existir el acto que ejecutan las partes en este período, son necesarias determinadas condiciones, las que, desde luego, pueden clasificarse en dos grupos:

a) Condiciones de fondo, y b) condiciones de forma.

Condiciones de fondo.—Estas pueden reducirse a las siguientes:

I. Que haya un titular de la acción que ejecute el acto.

II. Que se ejecute dicho acto por el titular de la acción por sí o por delegaciones.

III. Preexistencia de hechos instructorios.

IV. Esos hechos instructorios permitan el conocimiento de los actos que fijaron el delito, que lo delimitaron y los relativos a la responsabilidad y participación de los agentes activo y pasivo de él.

Condiciones de forma.—Estas condiciones pueden estudiarse, o mejor dicho, deben estudiarse desde dos puntos de vista: desde el punto de vista jurídico y desde el punto de vista legal.

Condiciones de forma desde el punto de vista jurídico.—Debe entenderse por condiciones desde el punto de vista jurídico, aquellas que se refieren a la existencia del acto, o sea las relativas desde el punto de vista de la existencia del acto en la expresión del resultado de los actos instructorios, mejor dicho, del resultado del análisis de los actos instructorios y en las conclusiones o resultados a que dicho análisis condujo. Luego para que el acto exista es necesario que se exprese por el titular de la acción cuál fue el resultado del análisis, y en vista de ese resultado, qué conclusiones se obtuvieron o a qué resultados se llegó, luego la forma no es sino la expresión del análisis y si no se expresa por la parte, no puede tener verificativo el acto.

Desde el punto de vista de la forma de la expresión de ese resultado, aquélla puede ser o escrita o verbal. Para que produzca los efectos consiguientes, que son fijar las bases para el debate, deberá dicha expresión manifestarse ante el Juez que sentencie, ya que si no se efectúa ante aquél, no puede dicho Juez decir el derecho ni podrá tampoco tener conocimiento, elemento indispensable para que pueda decir el derecho, de los puntos de vista de los titulares de las acciones penal y de defensa, sobre la controversia, y así como ellos son los interesados en que se resuelva dicha controversia, si no la fijan, por no haberla expresado o determinado ante el que deba decidirla, éste no podrá hacerlo, no podrá decidir ninguna cuestión, luego la expresión como requisito de forma es indispensable para la vida del acto.

Condiciones de forma desde el punto de vista legal.—*Influencia de la forma en la validez de las conclusiones.*—Para decidir el punto habrá que analizar el acto del Ministerio Público, primero, y el acto de la defensa, después.

Respecto al acto del Ministerio Público, como ya se dijo, no puede existir sin la expresión del titular de la acción por la que fije sus posiciones

para el debate, decidiendo si lo suscita o no lo suscita. De aquí que para fijarlo sea necesario el examen de los hechos y del derecho, de tal manera y en consecuencia, desde el punto de vista jurídico, como ya se dijo, es forzoso fijar la cuestión de derecho; pero desde el punto de vista legal, que es del que nos ocupamos, será necesario, para fijar dicha conclusión, hacer no sólo el análisis o fijación del punto de derecho, sino también verificar el examen de los hechos, haciendo saber al Juez que sentencia en qué consiste dicho examen, y es por esto que la ley impone la obligación a la parte de llenar estos dos requisitos: I, examen de los hechos, y II, proposición concreta sobre las cuestiones de derecho que surjan de esos hechos.

El imperativo legal como condición de la existencia de los actos.—De acuerdo con la ley son dos los requisitos para la existencia del acto del Ministerio Público: expresión de los hechos, análisis de esos hechos, y proposición sobre las cuestiones de derecho que surjan de la expresión del hecho y del análisis del mismo. Ahora bien, se nos plantea esta pregunta: ¿Desde un punto de vista jurídico, el acto puede subsistir cuando falte alguno de los requisitos a que se refiere la ley? Si el objeto del acto es la fijación del punto controvertido, o mejor dicho, el punto de vista de la parte y la fijación de la controversia, es indudable que bastará el requisito relativo a la proposición sobre la cuestión de derecho que surjan de los hechos, ya que la expresión de los hechos y el análisis de los mismos, en cuanto al primero, constan en el mismo proceso desde el auto de radicación al auto en que se declaró cerrada la instrucción, y en cuanto al análisis bastará que se haga y que dé como resultado la proposición concreta sobre la cuestión de derecho sin necesidad de que se exprese. En consecuencia, desde el punto de vista jurídico bastará, como ya se dijo, la fijación de la cuestión del derecho. En cuanto al acto de la defensa, dada la naturaleza y amplitud de la acción que ejercita, la forma, ya sea verbal o escrita, no puede influir en la existencia del acto, pero el hecho de que no influya en la existencia del acto, no quiere decir que el acto no deba existir, de tal manera que, forzosamente, debe expresarse el punto de derecho desde el de vista de situación del procesado. Es por eso que lo exprese o no lo exprese el procesado, debe constar su posición ante el acto ejecutado por el Ministerio Público y tenerse siempre por fijada dicha posición, ya sea que se ejecute la expresión de la parte o que no tenga verificativo, y de ahí que la ley exija, cuando la defensa no formula conclusiones, que se tengan por formuladas las de inculpabilidad, pues de otro modo no sería posible fijar el debate con sólo el punto de vista de una de las partes, y en el caso lo sería sólo el del Ministerio Público.

M

E

N

*Junto al altar de la epopeya vengo
como canción de mi provincia lueña,
grávida de leyenda y abolengo;*

*próvida cuando vibre y cuando sueñe,
arrolladora como los aludes
nadie sus nobles ímpetus domeñe.*

*Quiero ser portavoz de juventudes,
al estímulo pronto y alabanza,
pero vivir también sus inquietudes.*

*Que a torcer el destino nunca alcanza
quien cierra el corazón y el pensamiento
al amor, al dolor y a la esperanza.*

*Para sentir el pulso del momento
busco formas clarísimas en donde
toda magia del Arte tuvo asiento,*

*y así a la audacia que su ritmo esconde
desde la integridad de lo pasado
un eco de los Clásicos responde.*

*Vengo a cantar al fuerte por osado
y enaltecer lo débil por sencillo:
al par prócer esfuerzo que ignorado*

*sacrificio, pues cobran igual brillo
el tosco jarro de Guadalupe
y el sarape vistoso del Saltillo.*

*Mas no como regato cuya clara
linfa tenues imágenes dibuja,
sino bronco raudal que despeñara*

*en una imprecación cada burbuja,
y al horadar su cauce entre los montes
ensaya rumbos prístinos, y empuja
la perspectiva de los horizontes.*

* * *

*¡Salve, Patria, botín de aventureros!
Tú fuiste en las estrofas de Velarde
nostalgia de alcanfor entre aguaceros;*

*remanso de provincia, mientras arde
la custodia de amor en la penumbra
que idealiza el lucero de la tarde.*

*En tu bazar del Volador deslumbra
la chispa de la hoz y del martillo,
y el metal de los cálices se herrumbra;*

*pero bailas al son de tu organillo,
endulzas con cajeta de Celaya
y aromas como pulpa de membrillo.*

*No profieren tus labios un malhaya:
apenas ironizan un malora
que pone colorines en tu saya;*

*y todavía al despuntar la aurora,
en un repiqueteo de alborozo,
a la misa te vas madrugadora*

*con las crenchas salidas del embozo,
y como tentación en la cintura
cruzadas las dos puntas del rebozo.*

*Patria nuestra, supiste la amargura
de lágrimas y sangre en los combates
y tu aborigen padecer perdura.*

*Mas ¡qué tanto! si el ansia con que lates
se confunde en la feria que pregona
ruido de cañas y de cacahuates;*

*y tu marimba callejera entona
aquella lancinante melodía
cuando en la desnudez de la casona
te trajeron al hijo en agonía.*

C

A

R

L

O

S

S A J E

* * *

*¡Salve, Patria! Tus tierras están mustias
porque fueron solar de encomenderos;
présagas de pesares y de angustias*

*no llenarán, fecundas, tus graneros
en tanto al horizonte del camino
permanezcan los lindes agoreros*

*que señalan idéntico destino
para la mano que trilló en la era
sin disfrutar la harina del molino;*

*para el labriego que la sementera
cruzó todos los días de sus años
sin ilusión, pues cada primavera*

*floreecía tan sólo desengaños;
para el pastor que padeció hambres largas,
¡y con él engordaban los rebaños!*

*para el gañán que soportó las cargas
de piloncillo, mientras escondía
los impulsos de cóleras amargas.*

*Para aquellos que aguardan todavía
el instante de las resurrecciones,
calcínados al sol del mediodía,*

*transidos por ventiscas y turbiones,
envueltos en las sombras del olvido
y con las sombras en sus corazones.*

*Madre nuestra, con ellos no lo has sido:
ignorán de la curva de tu brazo
como solemne vastedad de nido.*

*A cada botín nuevo, nuevo plazo;
y así nunca tuvieron cosa suya,
¡ni siquiera el terrón de tu regazo
cuando su estéril batallar concluya!*

*¡Salve, Patria! Las altas chimeneas
de tus fábricas siguen esparciendo
convertidas en humo las ideas.*

*El culto de la fuerza y el estruendo
substituye al abúlico que antes
lentamente nos iba consumiendo.*

*El dulce discurrir de los instantes
reviste proporción de plus valía
en lonjas de logreros judaizantes.*

*A la hora de la periferia
se ahorca en los alambres de su antena
el bardo azul de la melancolía;*

*y el canto que entonaba la sirena
tras las naves homéridas, ahora
en una esquina de arrabal resuena.*

*Patria, la tempestad devastadora
al llegar hasta el nimbo de tu frente
el oro de los lauros descolora;*

*pero no has de morir, hacia el naciente
un galope de nubes precipita
el temblor matinal que se presiente.*

*¡Qué mucho si la vega está marchita,
esquilmadas las trojes y desiertos
los solares! Nos queda la infinita*

*serenidad de tantos ojos muertos—
dormidos al rencor y a la venganza,
a los signos fatídicos despiertos:*

*clavados en la frágil lontananza
del Ideal, abiertos—¡siempre abiertos
al Amor, al Dolor y a la Esperanza!*

m a y o
1 9 3 5

DIALOGO CON JUAN MARINELLO

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Cada realidad política, gobernante, determina un modo de docencia y de cultura.

La Revolución Cubana sigue su trayectoria, a pesar de las circunstancias que tratan de romper esa línea precisa, y ella está expresándose por todos los que trabajan con los materiales de la mente y de la acción.

José Martí ya es par de Bolívar, atendiéndose no al escenario en que cada uno se movió, sino a los valores genuinos que supieron expresar. Martí sigue hablando, creciendo su estatura, adquiriendo validez definitiva su palabra. Es que lo martiano ha sabido hacer que los problemas de Hispanoamérica se entrelacen.

Nuestra América debía preocuparse más por las angustias de Puerto Rico, que en estos momentos no son más que el índice de otras angustias de esta época, que cesarán hasta que la estructura social y económica se modifique, hasta que el imperialismo no siga su obra de lenta penetración, a base del sufrimiento de aquellos pueblos que son sus semicolonias o sus feudos, manejando a titeres sin cabeza, que son los más efectivos servidores del Imperio.

Reúno en haz las mejores afirmaciones que Juan Marinello —pensador joven de América, paladín de ilustre entendimiento y de insobornable probidad—, ha hecho durante la conversación que hemos tenido en ésta que es su segunda visita a México y en la que ha podido verificar las cálidas simpatías que aquí tiene y la estimación perfecta que en varios sectores ha sabido captarse por su hombría señera y por su palabra que tiene ya un timbre específico, una resonancia entrañable.

Comprometido en noble pelea que procura la autonomía de la Universidad de La Habana, me habla, en primer término de lo que es la realidad del problema universitario en Cuba.

—La Universidad cubana ha corrido los mismos rumbos que la política nacional. Es bien sabido que, a partir de la caída de Machado, se produjo en Cuba un intenso movimiento revolucionario, profundo pero difuso y sin vías precisas. En todos los centros de enseñanza se advirtió una ebullición generosa, aunque muchas veces desorientada. Por lo pronto se plantearon problemas de que antes no se tenían noticias y se acudió a experimentaciones cuya importancia no cabe discutir. Cuando en marzo del 35 se cortó violentamente aquel proceso revolucionario, se levantó en todo el país una intensísima protesta expresada por una huelga general. La participación del estudiantado, y de casi todo el profesorado secundario, en el movimiento, fue grande. Al aplastarse la huelga con la violencia y crueldad que son conocidas, no olvidó el Gobierno castigar la hermosa rebeldía: la Universidad, los Institutos, las Escuelas Normales, las Técnicas Industriales y las de Comercio fueron inmediatamente clausuradas. Así continúan, y si se tiene en cuenta que en Cuba desde 1930, al arrear la pugna contra Machado se cerró la Universidad, puede decirse que hace cinco años que la docencia cubana está profundamente perturbada.

—Pero el estudiantado ¿cuenta con los profesores?

—Con buen número de ellos, sobre todo en la docencia secundaria.

—¿Tantos profesores como en el primer movimiento?

—No tantos como en la primera vez. En la Universidad buen número de ellos ha transigido con la reacción imperante, y no pocos hicieron causa común con Luis Y. Barrena, el grotesco comisio-

nado gubernativo universitario. Un grupo muy esforzado y de la mejor calidad científica se ha mantenido junto al alumnado en el ansia de una Universidad mejor. Me refiero a los hermanos Bisbé, a Elías Entralgo, a Roberto Agramonte, a Reynaldo Márquez, a Luis Baralt y algunos más.

—De modo que ¿el actual movimiento universitario tiende a devolver a la Universidad su personalidad?

—Innegablemente. En el año y medio de la última clausura, los muchachos dirigentes del estudiantado han hecho una labor mucho más inteligente, serena, afinada, que en épocas anteriores. De todo podrá acusárseles, menos de intransigentes y extremistas. Sólo piden la devolución del Hospital Universitario, indispensable para la práctica de la Escuela de Medicina y que está actualmente en poder del Ejército; la libertad de los estudiantes presos y la autonomía universitaria.

—Este último punto, parece en realidad el primero. ¿Es una demanda perfectamente ajustada?

—Quien la autonomía universitaria los profesores y los alumnos inconformes con que una politiquería corrompida y reaccionaria afecte y deforme, como ahora, lo docente. Yo sé que este problema de la autonomía de la docencia es una de las cosas que la juventud debe traer a cuidadosa revisión. En el Congreso Latinoamericano de Estudiantes, de Guadalajara, al que acabo de ser especialmente invitado y al que concurrí con positivo interés, se planteó la cuestión de la autonomía universitaria. Yo expresé allí, en una de mis intervenciones, cómo, si es cosa innegable que cada realidad política, gobernante, determina un modo de docencia y de cultura, debíamos preguntarnos en cada caso, si la corriente que viene del poder importa o no que sea orientadora y definidora de esa cultura y de esa docencia. En cada oportunidad ha de ser la solución consonante con los intereses revolucionarios. En un país como México, impulsado hoy por una sana política progresista, el interés reaccionario puede encontrar un magnífico pretexto al pedir una libertad de enseñanza que en la práctica significará el triunfo de criterios retrasados. En cambio, en Cuba saben los estudiantes que no puede lograrse una mejor organización docente y una mejor orientación pedagógica si la Universidad sigue sometida a la reacción imperante.

—Pero la libertad de cátedra, si es acatada, no puede favorecer los intereses retardatarios. Ahora bien. ¿Hay una ley reorganizadora de la enseñanza en Cuba?

—A mi salida de La Habana la estaban discutiendo en el Congreso. Se tenían algunas esperanzas en esa ley, no como desideratum, sino como posibilidad de que se manifesten saludables tendencias. El hecho de haberse aprobado una ley de amnistía que mantiene en prisión a un buen número de estudiantes, significó naturalmente una quiebra en las esperanzas que se habían puesto en la ley docente. Cuando así, con este criterio estrecho, injusto, impolítico, se resolvía la situación de los estudiantes encarcelados, ¿podían esperarse mejores criterios en la solución de la cuestión docente?

Marinello no puede dejar de referirse a los estudiantes de mayor significación, que han intervenido en el arduo problema universitario de su país, y a pregunta que le hago sobre quiénes son los sobresalientes, me dice:

—En el Comité Estudiantil Universitario están representadas todas las tendencias políticas de Cuba: comunistas, abecedarios, auténticos, de la joven Cuba, etc., etc. Como es natural, en esta labor diligente se han destacado algunas figuras de recias calidades: Carlos Rafael Rodríguez—caso magnífico de joven intelectual revolucionario;—Ladislado González Carvajal, tipo de dirigente intachable; Lozano Pino, de inteligencia, actividad y entusiasmo ejemplares.

—¿Rodríguez es el escritor a quien acabas de referirte en la conferencia sobre la poesía negra?

—El mismo. Es una cabeza muy cultivada y muy fina, rara madurez para sus pocos años. Hábrás visto su ensayo sobre la Revolución Española en el último número de la revista "Mediodía".

—Admirable revista.

—Es de acción política, pero no de militancia inmediata. Si así lo fuera, no podría ver la luz en Cuba. En ella se debaten, a la luz del marxismo, problemas cubanos y universales y se recoge lo mejor del arte revolucionario de Cuba.

Marinello me enseña el último número. En el comité editor él va a la cabeza, y figuran Nicolás Guillén, Carlos Montenegro, Aurora Villar Buceta, Carlos Rafael Rodríguez, Angel I. Augier, Edith García Buchaca, Jorge Rigol y José Antonio Portuondo. Claro que los nombres de Montenegro y de Guillén nos son muy familiares.

—De Montenegro—le digo—ya conocía mucho a través de "Social" y de "Carteles".

—Es un hombre de gran potencia creadora—advierte Marinello—hasta aquí era muy estimado como cuentista. Ya lo será como novelista, tan pronto se edite "Hombres sin Mujer", que, en mi opinión,

es uno de los libros más intensos y fuertes que han dado nuestras tierras. En él recoge su amarga experiencia de nueve años de encierro en las horribles cárceles cubanas...

—¿Nueve años? ¿Cómo fue eso posible?

—Nueve años justos.

—¿Algún caso ligado a la política?

—No; un desdichado lance personal. Un caso que, al llevarlo al presidio, decidió que luciéramos un gran valor artístico a la altura de los más firmes de América.

—¿Y Guillén?

—Cada día más dueño de sí mismo, más seguro en su lírica.

—Me parece que es no sólo el gran poeta cubano de hoy, sino uno de los de América. Está muy bien todo lo que nos has dicho en tu conferencia sobre la poesía negra. No pude escucharte cuando en el Anfiteatro Bolívar hiciste la exposición del caso cubano.

—Quise sólo en esa conferencia mostrar con claridad a la gente joven de México las raíces económicas que han producido la realidad actual de Cuba. Precisé el modo específico de absorción económica y los efectos particulares que produce en la Isla. Después de una situación de los momentos históricos más interesantes de esa absorción, vine al actual, a señalar cómo en los momentos en que se habla de Buen Vecino y de New Deal, no se muda lo esencial de la triste sujeción. Señalé cómo ahora se prescinde hasta de los intermediarios tradicionales y la Embajada se entiende directamente con el militar, es decir, con el ejecutor material de su designio.

—¿Y la elección de Miguel Mariano Gómez ha significado un alivio para Cuba?

—Alguna ilusión levantó su llegada al poder. Muy pronto se desvaneció. La razón es clara, clarísima. Gómez es un hombre en el aire, sin fuerza ni apoyo popular. Los sectores revolucionarios no pueden verlo como hombre suyo, porque aparte de ser un político, sin inquietudes populares, de entraña conservadora y aristocratizante, fue el hombre que llegó a la presidencia apoyado por la fuerza y en instantes en que se impedía que los grupos nuevos, revolucionarios, expresaran su voluntad electoral. Ni los viejos políticos, compañeros de su padre, únicos que podían serle fieles, están con él. Sabedores de que la fuerza real reside en los cuarteles, están con los cuarteles...

—Todo esto quiere decir que la anulación de la Enmienda Platt nada ha significado.

—La abrogación de ella es interesante como síntoma. Ante el innegable despertar de la conciencia antimperialista cubana, importa a los gobernantes yanquis suprimir signos demasiado denunciadores. Aparte de que una orientación genérica de su política los fuerza a estas medidas. Pero en esencia—como la relación económica con Cuba sigue la misma, como las fuentes de riqueza—con todo lo que esto significa de poderío económico—sigue en manos norteamericanas, la situación lamentable de las masas laboriosas de Cuba, no ha cambiado.

—Y a pesar de tan adversas circunstancias ¿marcha la Revolución Cubana?

—Marcha, seguramente, aun en medio de esos enormes obstáculos. Duras experiencias están haciendo su efecto. Se está entendiendo, por los sectores realmente revolucionarios, la necesidad de una liberación de la fuerza imperialista realizada por medios hábiles y efectivos, y aunque hay que andar todavía algún camino, puede decirse que se va a la unificación de las diversas fuerzas revolucionarias.

—Lo que puede también afirmarse es que el ánimo revolucionario de Cuba tiene ya su expresión cabal en las letras y que se está impulsando a través del poema, de la novela, del cuento. ¿No es así?

—Innegablemente.

—¿Y se podría señalar como un antecedente significativo el poema "La Zafra", de Agustín Acosta? Tiene ese matiz, aunque creo que Acosta no lo escribió dentro de un ambiente revolucionario.

A nuevas observaciones, Marinello responde así:

—"La Zafra" tuvo el mérito de significar un grito lírico en contra de la absorción imperialista producida en Cuba a través de la industria azucarera; pero es un poema que se resiente de la posición del autor y del tiempo en que se produjo. En mi conferencia sobre la poesía actual de Cuba, que dije en la Universidad Obrera, expresé que Agustín Acosta es, como hombre y como poeta, una personalidad profundamente representativa de su tiempo de tránsito, y que su vida y su poesía aparecen pendiendo de dos momentos cubanos a los que es al mismo tiempo vecino y extranjero; el final de la etapa manbista y el comienzo del período antimperialista. Y como tiene talento lírico, su voz quedará, pero como una contraseña de inactualidad, como un voto en contra del mañana. Dice el ansia guajira, pero con una voz que viene del 95, sin entender el sentido de la nueva liberación. Las actuales generaciones no pueden interesarse en su obra lírica ni su voz puede decirles nada.

Luego Marinello traza una síntesis de la situación lírica cubana que viene de Acosta a nuestros días:

—Después de Acosta se ha producido, por fortuna, una literatura mucho más raigalmente revolucionaria, una literatura que entiende que el problema de Cuba, con todas sus características, es parte del problema del mundo y que sin la remoción radical de la organización económica no se resolverá. En esa literatura hay que reconocer la primacía en el tiempo y en el mérito a Regino Pedroso. Después de él han realizado obra importante Manuel Navarro Luna, poeta de muy larga onda; María y Aurora Billar Buceta, ya en el combate político; Luis Felipe Rodríguez, bien conocido por sus cuentos del cañaveral.

—De este último acabo de recibir "Don Quijote de Hollywood", que me parece un ensayo pleno de atisbos y de una malicia crítica muy honda.

—Y, claro, que en esta enumeración de escritores cubanos, no puedo prescindir de Raúl Roa, Pablo de la Torriente Brau, Carlos Rafael Rodríguez, Mirta Aguirre... De Montenegro ya hemos hablado. Y en cuanto a Nicolás Guillén debo decir que ha insuflado en los últimos tiempos su gran potencia lírica al poema revolucionario.

—¿Y en la poesía negra qué es lo más notable que se ha realizado?

—Me satisface que hablemos en torno a ella. En una entrevista tuya con Langston Hughes recuerdo que intervino José Antonio Fernández de Castro para mostrar su inconformidad por mi juicio sobre la producción poética negra de Cuba. Para Fernández de Castro, y tal debe desprenderse de sus palabras, la expresión negra en la lírica es buena por sí misma, no importando las vías que emprendan. Y es muy curioso que Carlos Rafael Rodríguez, en ensayo reciente, haya estimado demasiado generosa mi opinión sobre lo lírico afro-criollo. Yo creo que ninguno de los dos está en lo justo.

—¿Y la aclaración de Mirta Aguirre?

—Lo que ha dicho a Dromundo es oportunísimo: "lo negro es entraña, pero algo más que entraña". Que diga el negro su dolor más hondo, el de la opresión ancestral que sufre, pero no agravemos su estado con una discriminación más: proscribiéndole su acento peculiar en cualquier campo lírico. Fernández de Castro parece decir: que cante el negro no importando lo que cante; y Rodríguez viene a decir: que cante el negro su dolor de hombre, sin cuidado de su ritmo. Y yo digo: que cante el negro sus apetencias de hombre negro. Yo creo que las ha cantado en poemas de Pedroso, de Ballagas y de Guillén.

—¿Y José Antonio Ramos? ¿Y don Fernando Ortiz? Veo que José Antonio ya terminó su novela de ambiente colonial, para la que tanto se venía documentando. Recuerdo sus investigaciones sobre la historia y el paisaje de la fiebre amarilla en el Golfo de México.

—Te refieres a "Caniquí", libro publicado recientemente y para cuya lectura no he tenido momento de reposo. La gran venta que esta novela ha logrado y el juicio de los críticos más capaces me indican que es un esfuerzo a la altura de la información y del talento de nuestro querido amigo. Ortiz sigue trabajando con su intensidad de siempre.

—Es un formidable trabajador, un verdadero polígrafo, todo un maestro.

—Y que atiende a la vez cien esfuerzos culturales. Tú sabes que su especialidad está en lo antropológico y que es un conocedor muy a fondo de lo negro cubano. Ultimamente se ha fundado en La Habana, bajo su presidencia, una institución de mucho significado: el Instituto de Estudios Afro-cubanos, en que, con criterio científico y ánimo generoso, empezarán a estudiarse los fenómenos y conflictos que determinan en Cuba la convivencia del negro y del blanco. Y éste es un síntoma magnífico que señala un ansia de entendimiento sobre problema tan vital, un síntoma que hace algún tiempo no se hubiera podido concebir en Cuba.

—¿Y es ya notorio el aporte negro en la cultura cubana de hoy?

—Sí lo es, y el número de valores negros, lo mismo que el de personalidades vigorosas en el campo femenino, tiene para mí un significado trascendente en el porvenir de la Isla. Regino Pedroso y Nicolás Guillén, lo mismo que el gran escultor Ramos Blanco, son negros. Lo es Martín Castellanos, líder político de mucha envergadura, como Eusebia Cosme, declamadora de una gracia y un talento interpretativo verdaderamente grandes.

—¿Y qué otras negras sobresalen?

—Habría que citar muchas. Hemos hablado de Mirta Aguirre y de las hermanas Villar Buceta y no deben quedar olvidadas las que son pedagogas como Dulce María Escalona ni pintoras como Amelia Peláez. Pero incurriríamos en omisiones penosas de seguir la enumeración. Me limito a apuntar el notable fenómeno.

—Nos llama la atención también que la labor cultural cubana se sigue realizando a pesar de la interrupción de la docencia.

—Hay grupos y personalidades que siguen trabajando en el silencio: la “Revista Bimestre” y la “Revista Cubana” dicen bien a las claras que, frente a circunstancias bien adversas, el esfuerzo por superar la cubanidad continúa.

—Y también nos entusiasma saber que se trata de editar las obras completas de Martí.

—Se está vendiendo ya, y mucho, el primer tomo de esas obras completas.

—¿Obra de Gonzalo de Quesada y Miranda?

—El esfuerzo lo realiza la Editorial Trópico que dirigen Santovenia y Lizaso, pero la responsabilidad de ordenar todas las obras de Martí la tiene efectivamente Quesada y Miranda.

—¿Será más importante que lo que hizo su padre?

—Mucho más, porque de aquella primitiva edición hasta acá han aparecido en periódicos y revistas de Hispanoamérica muy interesantes páginas de Martí, verdaderas sorpresas, sin contar que hay en poder de Quesada y Miranda una gran cantidad de originales inéditos de Martí, algunos de tal interés, que nos revelarán un hombre nuevo...

—¿Nuevo, distinto del hombre excepcional que ya conocemos?

—En realidad un enriquecimiento y una confirmación de su grandeza. Se verá ahora, de una vez por todas, que es la de Martí una figura pareja a la de Bolívar, si se atiende, no al escenario, sino a los valores intrínsecos. En algún sentido la grandeza de Martí crecerá más que la del Libertador suramericano.

—Realmente ya nos vamos dando cuenta de que son pares.

—Bolívar habló. Martí sigue hablando, creciendo. La emoción de raíz de su palabra, hija de su encendida pureza, hará que cada día los hombres lo sientan más cercano, más suyo. Pasarán los días y a cada nueva lectura se hará más sensible un tono que está en todos los hombres desvelados por la superación humana. Sólo él supo concentrar ese tono en una palabra de validez permanente.

—El culto mexicano por Martí confirma, en efecto, tus palabras. ¿Sabes que Raúl Cordero Amador tiene en prensa un libro sobre Martí?

—¿Conoces ya el segundo tomo de los artículos de Martí que acaba de salir bajo la dirección de Camilo Carrancá?

—Sí. Sé de los trabajos martienses de nuestro querido Cordero Amador. Hay en el tomo que nos acaba de dar Carrancá, junto al simple comentario periodístico, interpretaciones y adivinaciones de real importancia. Nunca pagaremos los cubanos a Carrancá su devoción ardorosa por nuestro gran hombre.

—Lo martiano indudablemente que viene a afirmar en Cuba un real interés por los problemas de Hispanoamérica, especialmente por lo antillano. He leído en “Repertorio Americano” la adhesión de ustedes a los luchadores portorriqueños. ¿Cómo va lo de Puerto Rico?

—El interés por la lucha portorriqueña ha crecido en Cuba en los últimos años. A medida que se conoce la raíz económica de la cuestión cubana, crece el interés por conocer el problema de las Antillas. De lo que conocemos en Cuba parece desprenderse que el movimiento portorriqueño es muy vigoroso. El Partido Nacionalista parece contar con masas convencidas y con líderes eficaces. Pedro Albizu Campos, a quien he tratado mucho, es, innegablemente, un hombre de calidades extraordinarias. Su talento y su honestidad son indiscutibles. A José Antonio Corretjer, gran valor humano, lo traté mucho, durante el tiempo en que estuvimos presos juntos en el Castillo del Príncipe, de La Habana.

—De mis lecturas últimas sobre cuestiones antillanas, me ha llamado mucho la atención el libro “Influencia de la industria azucarera en la vida antillana y sus consecuencias sociales”, por Francisco M. Zeno, director de “La Correspondencia de Puerto Rico”. Y hace poco estubo aquí explicándonos el caso portorriqueño don Ricardo Pattee, de la Universidad de Puerto Rico, así como lo hizo en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, y ahora ha seguido en su jira, como personero dignísimo, en Panamá, Ecuador y Perú.

—Se está realizando una intensísima campaña de convencimiento y de agitación. Y han logrado, sin duda, que lo más sano y sensible de la Isla se vuelva contra la acción norteamericana, decididamente nefasta para Puerto Rico. Ultimamente han pugnado por una unión de todos los partidos políticos en el intento de redactar una Constitución que signifique la voluntad de la mayoría del pueblo por la total independencia de la Isla. La prisión de Albizu y Corretjer, como otros actos violentos, parecen desviar la cuestión a planos insurreccionales, que nunca, por otra parte, han huído ni temido los actuales libertadores de Puerto Rico. Yo creo que América no está dando a Puerto Rico ni la adhesión ni

el apoyo que merecen su desdicha y su heroísmo. ¿Por qué? De México podría salir una gran acción excitadora y coordinadora de respaldo a los luchadores portorriqueños.

—México siempre ha visto con simpatía aquellas actitudes que, como la de Puerto Rico, exigen simpatizadores y estímulos. Y entre los que aquí piensan seriamente en que los destinos americanos son comunes a todos, por vitales, por categóricos, la causa de Puerto Rico tiene esas simpatías. Ya se ha comenzado a recibir informaciones que permitan una orientación clara respecto a ese problema. Nos interesamos más de lo que reflejan las apariencias. Lo cubano, lo portorriqueño, lo dominicano. Eso de Santo Domingo es algo espantable.

—Es, sin duda, una de las tiranías más duras y grotescas de América. ¡Y pensar que algunos intelectuales están a su servicio!

—Acabo de recibir un estudio que sobre Santo Domingo ha publicado en Nueva York la Foreign Policy Association. Un estudio bien documentado, realmente imparcial.

—Debe ser obra de Carlos Thompson, a quien conozco mucho y de quien tengo la mejor opinión. ¿Qué idea da de aquello?

—Es un trabajo serio, muy estadístico, en el que no oculta nada de la lamentable situación dominicana. La pinta con caracteres sobrios y se ve claramente que Trujillo, el que cambió el nombre a la Ciudad Primada, además de ser un delicioso megalómano es un habilísimo hombre de negocios.

—En Cuba hay buen número de exiliados dominicanos, muy esperanzados en que haya un cambio radical en su país. Ojalá. La verdad es que las tres grandes Antillas—Haití no es excepción—precisan de un combate continuado y decisivo contra sus actuales opresiones.

La conversación ha rozado la superficie de varios problemas de actualidad en América. Ha sido algo así como un intento para abocetar un panorama que conturba, y para cerrarla, no puedo eludir la alusión a la polémica que Marinello ha tenido con Luis Alberto Sánchez.

—No ha replicado a mi contestación—dice Marinello—, quizás convencido de la debilidad de sus dichos. Las polémicas, en verdad, no me interesan. Creo que se pierde en ellas un tiempo precioso y que, entre gente de nuestra raza, se enturbian en seguida, con pruritos personales y alusiones descaminadas. A veces, no hay otra vía que entrar en ellas. Sobre todo, cuando como en este caso se nos acumulan cargos injustos. Eso de atribuirme un Martí imperialista, pasaba de lo imaginable. Yo tengo por Sánchez una alta estimación personal e intelectual. Creo que en los últimos años ha hecho una labor precipitada y ligera, muy por debajo de lo que podía esperarse de él. De allí sus errores y sus contradicciones. Sería muy de lamentar que un hombre de sus condiciones se nos quedara, como tantas veces en América ha sucedido, en una bella promesa.

—Pero su ensayo, el que dió pie a tu réplica, es el intento que más se aproxima a la interpretación de la vida y pasión de la cultura en América. Tiene atisbos que no podemos ignorar cuando se quiera comprender las peripecias de esa cultura, sólo que Sánchez ha olvidado, de propósito, referirse a la América sajona, porque sus convicciones políticas no le permiten considerarla dentro de un cuadro histórico en que hay una realidad paralela.

Esto es, por hoy, lo que Marinello me dijo, en uno de esos convivios inolvidables que me ha depurado su magnífica amistad.

RETABLO DEL ALTAR MAYOR EN EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO DE LA CIUDAD DE PUEBLA (1)

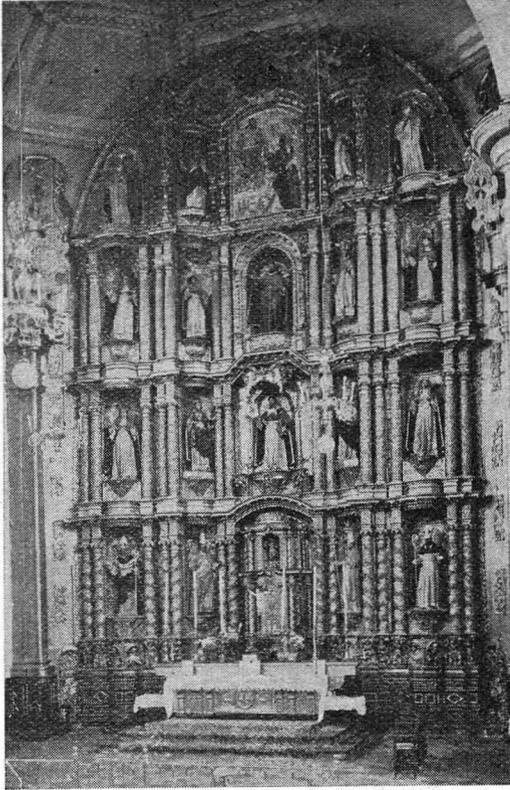
EL retablo que corresponde al Altar Mayor del templo de Santo Domingo, en la ciudad de Puebla, ejemplar majestuoso y con una distribución admirable, es copia, en parte, del que fue de San Francisco Javier, y estuvo colocado en la iglesia del Colegio de San Pedro y San Pablo, y de los de San Francisco y de la Casa Profesa de esta Ca-

Por

ENRIQUE A. CERVANTES

pital, construídos a mediados del siglo XVII, por el renombrado arquitecto y maestro ensamblador, Laureano Ramírez.

(1) Colección fotográfica del autor.



Templo de Santo Domingo, Puebla. Retablo del Altar Mayor. Detalle.

Ejemplar barroco, hecho en madera de ayacahuite, compuesto de tres cuerpos y un remate o copete que cubre todo el paño de la pared a la que está adosado. El ensamblaje fue obra del arquitecto y maestro ensamblador, Pedro Maldonado, ejecutado en la ciudad de México durante los años de 1688 a 1690, con un costo de \$4,800.00, y se trasladó al lugar que actualmente ocupa, en donde artífices poblanos lo doraron y estofaron. Algunas de sus esculturas son de mano de un escultor llamado Lucas, vecino del barrio de Santa Ana, de la ciudad de México, y otras se aprovecharon del antiguo retablo al que iba a substituir.

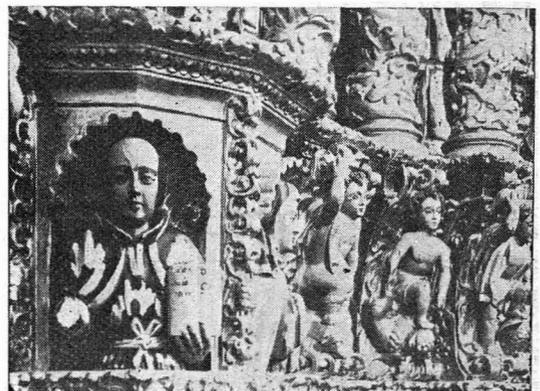
Son muchas y contradictorias las opiniones que respecto a su origen y época de construcción se han publicado, y no falta quien asegure que se le trajo de España, y aun se hacen otras conjeturas erróneas sobre este particular.

A continuación se transcribe el contrato para la construcción de este retablo, pactado en la Sala Prioral del Convento de Santo Domingo, de la ciudad de Puebla, el día 10 de mayo de 1688, entre Fray Juan de Gorozpe, Prior y Vicario, Provincial de la Provincia del Arcángel San Miguel y Santos Angeles de esta Nueva España, y el maestro Pedro Maldonado; documento original que se encuentra en la foja 334, del cuaderno 5, año de

1688, del Archivo de Notarías de la ciudad de Puebla.

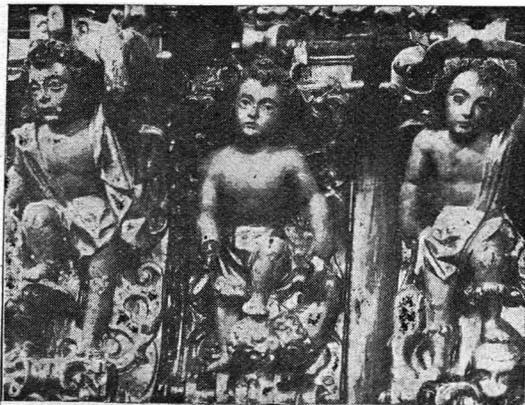
Es de notarse que entre el convenio estipulado y el retablo original hay algunas diferencias; esto se debe a que, tanto las escrituras como las trazas y convenios eran generalmente poco precisas, y muchas veces se cambiaba de opinión y se modificaban los convenios primitivos, a medida que la obra se construía.

“Concierto de colateral. En el nombre de Dios todo Poderoso, amen, y de la Serenísima Reina de los Cielos la Virgen Santísima Madre de Dios del Rosario Señora Nrs., conzevida en gracia y gloria desde el primer instante de su ser Inmaculado y del patriarca el Señor Santo Domingo, en cuyo honor, se dedica lo que ira declarado: Sean notorio a todos los que la presente vieren como en la muy Noble y muy Leal Ciudad de los Angeles de la Nueva España, a dies dias del mes de mayo de mill seiscientos y ochenta y ocho años, estando en el Convento de dicho Patriarcha, Señor Santto Domingo desta dha Ciudad, en la Sala Prioral de dho Convento, ante my, el escrivano y testigos parecieron: de la una parte, el Rdo. Padre Presentado fray Juan de Gorozpe, Prior y Vicario, Provincial de la Provincia del Gloriosso Archangel San Miguel y Santos Angeles desta Nueva España, del Orden de Predicadores y de la otra Pedro Maldonado Mro. del arte de Ensamblador, arquitecto y vezino de la Ciudad de Mexico y ambos ottorgantes a quienes yo el escrivano doy fee que conosco dijeron que estan abenidos y concertados como por la presentte en aquella via y forma que mejor en dro lugar aia, ottorgan que se avienen y consiertan en tal manera que el dho Pedro Maldonado se obliga a hazer y fabricar un corateral para el Altar Mayor de la Iglecia de dho Combento, de madera de ayacaguite seca y buena de toda satisfacción según y como el corateral y retablo de San Francisco Xa-

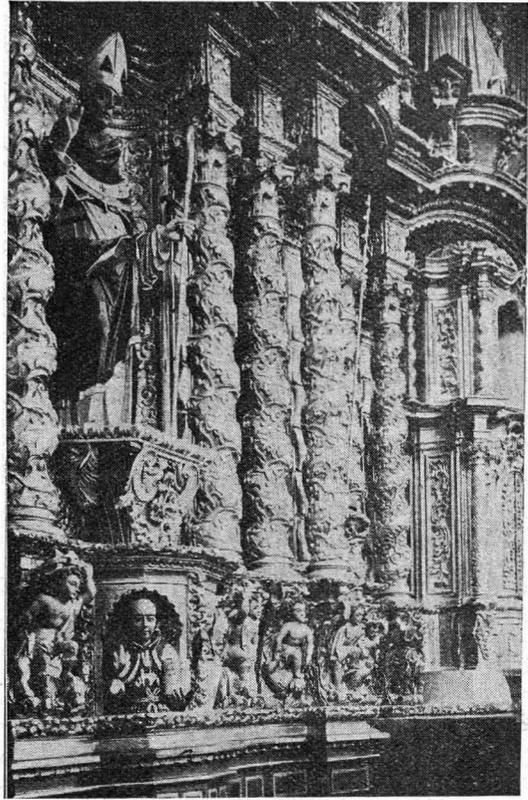


Templo de Santo Domingo, Puebla. Retablo del Altar Mayor. Técnica del ensamblaje y esculpido.

vier que esta en la iglesia del Colegio de San Pedro y San Pablo de dha Ciudad de Mexico cuia fabrica es de mano de Laureano Ramirez Mro. que fue de dicho arte, llebando por principio un soclo que a de ir rebestido de cortessas de relieve de arriba abajo, sobre el cual se hade hazer un banco con ocho macissos para ebangelistas y santos de escultura que hade ser su forma de siete, calles de suerte que todo el dho corateral sea como el queba dicho de San francisco Xavier, resaltando todas las calles de en medio con lucido garbo, llenando todo el testero de alto y ancho llebando los tableros de resguardo para los lienssos de cedro bien dispuestos para que en estos se abran puestos en dho corateral segun y como los de la Cassa Profeza de dha ciudad de México que an de servir de Puerttas para la Limpieza del dicho Corateral—Y en la calle de enmedio, ha de llevar un Sagrario de la Plantta y forma del questa en el Altar Mayor, de la Iglesia de San francisco de dha ciudad de Mexico, cuia dispocion fue del dicho Laureano Ramirez que ade llevar todo el Primer cuerpo el qual se hade componer de cuerpos y tallas y todas las columnas de dicho Primer Cuerpo an de ser salomonicas, rebestidas de salientes, parras, guecas de pámpanos y querdas delicadas, y de esta, ande ser a dos Juntas debajo de cada bolada con lucido orden y dispocion y coronadas de capiteles salientes de su orden, de suerte que este adornado de talla muy hermosa y crespa y cortezas de relieve y en los lados inmediatos a de llevar dos nichos para dos santtos de escultura que ande ir muy desaogados para que lo queden los dhos, santos y en los otros dos lados inmediatos an de ir dos entre calles Relevadas para a fuera para dos lienssos de pinsel y en los extremos de afuera ande ir otros dos nichos diferenciando los unos de los otros para otros dos santtos de escultura todos llenos de cortessas de relieve y dando cumplimiento a este primer cuerpo a de llevar una cornissa



Templo de Santo Domingo, Puebla. Retablo del Altar Mayor. Detalle.

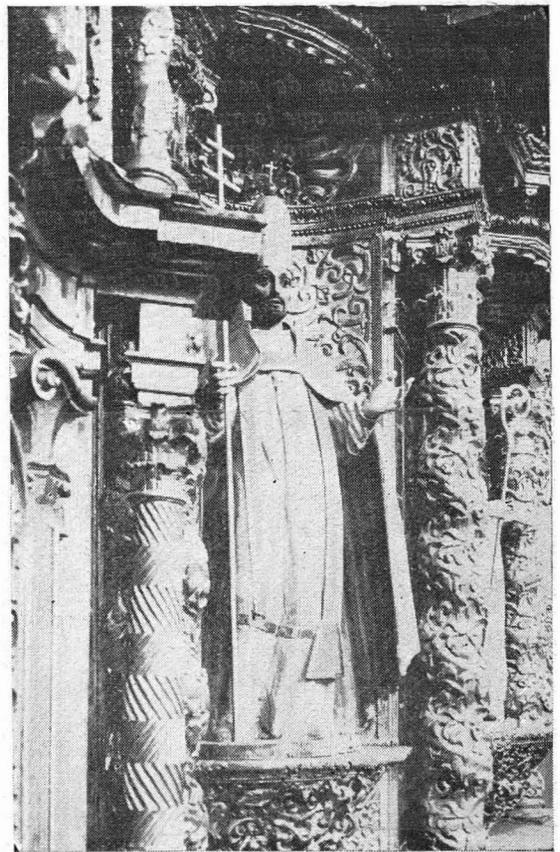


Templo de Santo Domingo, Puebla. Retablo del Altar Mayor. Detalle.

de orden Corintio la qual para su mayor adorno ade llevar toda la talla sobre puesta assi de frissos como de cortessas—En el segundo querpço, a de llebar una sotabanca que lo reziva, adornada con todo garbo, de cortessas de relieve que bajen desde ensima del dosel asta el frisso sobre la quel y en la calle de enmedio ade llebar una caja o nicho en que seponga la imagen de dho Patriarcha Señor Santo Domingo, de bultto, aprovechándose solo la cabessa de la imagen de dho Sancto que oy esta en el corateral que sirve en dha iglesia, cuia caja o nicho ade llevar todo el esmero del Arte en repissas y demas requisittos necesarios a cossa tan principal y en las dos calles inmediatas a dicha calle de enmedio ande ir otros dos nichos bien desaogados para otros dos santos de bultto, adornados de talla y cortezas con todo primor con dos entre calles, relevadas para afuera con molduras gruesas que sobresalgan para otros dos lienssos de pinsel y en los extremos de afuera, a de llevar otros dos nichos para otros dos santos de escultura, guardando en el toda la planta de dhas siete calles, y las columnas deste cuerpo ande ser corintias siguiendo el orden del primero, y para dar cumplimiento a este segundo cuerpo, a de llebar una cornissa con toda su obra sobre-puesta para su mallor hermosura—Y en el tercer cuerpo, a de llebar una sotta-

banca que lo reciba sobre la qual, y en la calle de enmedio a de llebar el tablero de las tres lanssas que oy tiene el corateral que estaba en dha iglecia, adornandolo segun y como los otros mencionados con columnas o con motivos adornados, los quales ande llebar uns niños de escultura parados sobre unos pelicanos o lo que fuere mejor y más hermoso, y el resto de ellos a de ser todo de cortessas caladas y en correspondencia de abajo a de llevar otros nichos para santtos de talla en los lados inmediatos y en los extremos para santos de escultura y sus entre calles en el medio para liensos de pintura y para dar ajuste a este tersero cuerpo, a de llebar una cornissa en correspondencia de las de abajo y se ade rematar el corateral tapando todo el claro de la bobeda sin que le quede plano alguno, cerrando con obra igual todo el dho corateral en los resaltos y demas obra.—Y toda la escultura de santtos y santas a de ser de mano de Lucas, el del Barrio de Santa Ana de dha Ciudad de Mexico, acabadas con toda perfeccion y arte, a vista de personas inteligentes en esta materia, cuias echuras ande ser los que se pidieron y sele a de dar al dho Mro las tallas que oy tiene el corateral que esta en dha iglecia, para que aproveche las maderas que estuvieren buenas, sin que acomode en dha obra las que estuvieren apolilladas y de mala calidad, por que esto sea de reconocer—Y dho Corateral y retablo a de tener de ancho dies y seis varas y tercia con guarda polvo y de alto dies y ocho baras con declaracion que llebando las columnas de madera ande ser macissas y a de llevar dos puertas en el soclo que an de ser entrada para el Sagrario por cuia obra sele ande dar por dho convento a dho Mro quatro mill y ocho sientos pesos de oro común, con calidad, que si las dhas columnas se hicieren de piedra de tecale, se ande revajar de dha cantidad trescientos pesos con que tansolamente a de ser la obligacion deste consiertto quattro mill y quinientos pesos entendiendose que si se ajusta el hacer dhas columnas de dha piedra de tecale no ande ir de dos en dos, sino una, y siendo de madera por no ajustarse an de ir de dos en dos como ba propuestto, y con condicion, que el dho Mro a de remitir la trassa que tiene fha para la formacion de dho corateral para que llegado el casso de assentarlo se reconosca en lo que hibiere exsedido por Mros inteligentes en dho Artte—Y es condicion que para el seguro deste Contratto hade remitir a dho Conventto el dho Mro. excriptura en que le fien Dos Personas que la una hade ser Pedro Romero Maldonado Vezino de dha Ciudad de México, y la otra la que el dho Mro. Eligiere dentro de dos meses desde oy, por cuió defecto se le hade poder compeler a ello por el rigor que combenga en dro, y dha obra hade dar puesta y asentada en dha iglecia en blanco dentro

de dos años que an de correr y contarse desde oy dia de la fha desta escriptura en adelante asta ser cumplidos, corriendo los fletes de traer dha obra desde dha Ciudad de Mexico a esta y todo lo demas que se nesesitare asta estar puesta y asentada por quenta dedho Mro., sin que por parte de dho conventto sele de cossa ninguna mas de la cantidad que ba referida, quedando solo acargo de dho convento el embiar a dha Ciudad de Mexico los Santtos de talla que oy tiene el corateral que esta en dha Iglecia, sin que al dho Mro se le origine ninguna costa, esta lleva por ser pacto expreso por su parte y la de dho combento, lo contenido en dhas condiciones y por defecto de no dar acabada, puesta y asentada dha obra en dho tiempo, con toda perfeccion y antte y a vista de Mros que lo entienden se ade poder consertar con otro Mro. o lo que faltare a dho tiempo y por la cantidad que costare mas de la queba expesificada en este consiertto y por lo que asta entonses hubiere recebido sele ade poder executar por parte de dho convento con solo su Juramento simple en que lo dijere sin otra prueba de que le releva y dha paga hara en Reales en esta Ciudad u en la parte que se le pida con costas de la cobranza y conjezo haver recebido por quentta de dha obra y por mano de dho reverendo Padre Presentado fray Juan de Gorozpe



Templo de Sto. Domingo, Puebla. Retablo del Altar Mayor.

como tal Prior y Vicario Provincial, quinientos pesos en reales de que se dio por entregado, renuncio leies de la entrega y su prueba y esepcion de la Renuncia y denttro de un año desde oy sele ande dar un mill dossientos y sinquenta pesos y la restante cantidad denttro del año siguiente cumplimiento a los dos en que a de dar acabada dha obra—Y dho Padre Presentado por sy y en nombre de dho convento y religiosos que del son y adelantelo fueren por quienes presta Vos y caucion de ratto gratto, obliga a dho combentto a pagar a dho Mro. los dhos un mill dos cienttos y cinquenta ps. y a la persona que representare su dro denttro de dho año y la restante cantidad cumplto. a la deste consiertto denttro del año siguiente conforme la fuere pidiendo en reales y por defecto de no hazerlo tiene por bien que dho Mro proceda a su cobranza por rigor de exon. o como mas combenga y por las costas de su cobranza y assi mesmo obliga a dho Combentto aque a su costa se pondran en dha Ciudad de Mexico y en casa de dho Mro los dhos Santtos de talla que oy tiene el corateral que sirve en dha igelesia y a la firmeza obligaron el dho Rdo. Padre Pressdo.

Prior y Vicario Provincial los Vienes y Rentas de dho convento y el dho Mro. su persona y los suos avidos y por aver dieron poder a las Justicias que de sus causas y de dho Convento conforme a dro. puedan y devan conocer para que a ellos les apremien como por sentencia pasada en coas juzgada, renunciaron leies de su favor y la general del derecho—Y el dho Padre Presentado, Juro in berbo saserdotis en anima de dho convento que entiende bien el efecto desta escriptura que contra su thenor y forma no se opondra por el privilegio de la memoria que le assiste pidiendo beneficio de Restitussion in integrum y deste Juramento no se pedira absolucion ni Relajassion a ninguno Jues ni prelado que se la deva conseder y si de oficio el de otra manera se le consediere no usara de ella aunque sea para ser oida en Juicio pena de no serlo y de caer en casso de menos valer, y lo firmaron, testigoss Miguel de Aviles escrivano Real, Juan de Orrego y Gregorio de Aviles vecinos desta Ciudad, fray Juan de Gorozpe, Presentado, Prior y Vicario General (Rubrica); Pedro Maldonado (Rubrica); ante mi, Pedro Gomez de Prado, Escrivano Real y Publico (Rubrica).

TRAYECTORIA DE LA UNIVERSIDAD

Por SALVADOR TOSCANO

“Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad, y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena promakos, a la ciencia que defiende a la Patria”.

JUSTO SIERRA.

CUANDO en septiembre de 1910 el maestro Justo Sierra pronunciaba el discurso oficial en la inauguración de la Universidad Nacional de México, se planteaba este problema que él mismo habría de resolver con visión incomparable: ¿Sur-gía una nueva Universidad o se restauraba la vieja Universidad?

Decía Justo Sierra: “¿Tenemos una historia? No. La Universidad que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces... Si no tiene anteceso-

res, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene *precursores*: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros un antepasado, es el *pasado*”. Y en estas palabras, mezcla de incomprensión y de justicia, de orgullo y de descastamiento—brotadas en una época todavía incapaz de mirar amorosamente nuestro pasado— resume Justo Sierra la realidad mexicana, fija siempre en el porvenir. La muerte de esa Universidad no habremos de sentirla en un pueblo joven, porque éste, como los árboles, florece siempre en el tiempo propicio. En México, más que en parte alguna, la Universidad vive destruyéndose minuto a minuto, para recrearse en el sentido definitivo: 1929, 1933, 1935.

Pero la Universidad que nació en la época de Justo Sierra, ambiciosa, llena de significación espiritual, inmune a la afrenta, confesaba tener una

raíz, un precursor, un pasado. Y a la inteligencia de esta fórmula del maestro, habrá siempre de aspirar esta Universidad que vive recreándose día a día, que florece y se despoja de sus mejores frutos.

Pero la Universidad Colonial es para nosotros, hoy más que nunca, un precursor, una raíz, un pasado. Murió en definitiva—y sentimos su muerte como necesaria—porque fue el resultado, no por cierto imprevisto de la trayectoria nacional: morían las últimas caudas coloniales y surgía una nueva realidad, orgullosa de su presente, injusta para un pretérito cercano.

La Universidad Real y Pontificia había nacido como la obra cimera del educador de la contrarreforma, y con ella habría de morir. Su neoescolasticismo, que lo era el de Suárez brillantemente entronizado por Fray Alonso de la Veracruz, coronó la obra española durante más de dos siglos. Cuando Carlos, Emperador universal, funda la Universidad en 1553, crea la arista definitiva de la Nueva España. Allí la cultura criolla, escolástico-barroca, se habría de expresar en los nombres ilustres, cuyas almas se han apoderado de nosotros con ímpetu ciego, de Fray Alonso, Cervantes de Salazar, Sigüenza, Kino, Clavijero, Alegre, Gamarra, León y Gama, Veytia, Bartolache, Alzate, espíritus cuya voluntad dispersa es como el numen que alimenta y vive en los recios edificios de San Ildefonso, Minería...

Aquella Universidad vivió más de tres siglos. Inconmovible, sin que siquiera el *siglo de las luces* y el racionalismo rasgaran su superficie. Entonces murió, murió de muerte natural. Años anteriores y decisivos aquella Universidad había transitado brillantemente del escolasticismo de Fray Alonso, al cartesianismo de Gamarra; entonces era un cuerpo vivo. Pero cuando el racionalismo penetra en todos los espíritus, aquel edificio envejecido parece no entender los tiempos nuevos, y no se robustece en la lucha sino sucumbe. De sus apretadas filas salen sus más destacados enemigos; resalta entre ellos el Doctor Mora, el precursor y el cerebro más claro de la Reforma Liberal: éste fue la piqueta demoledora. Hoy día, aprendices de Mora sin talento, creen dar muerte a nuestra Corporación, sin entender previamente que el aniquilamiento de la misma es el supuesto en que descansó la extinción de la Nacional y Pontificia en 1833.

De entonces a 1865, en que muere definitivamente, su suerte está ligada al partido político en el poder. Es su época de pasión y miseria. En 1834 el hombre fuerte de Manga de Clavo la restaura, y Alamán le da vida todavía hasta 1857. En este año el Partido Liberal en el poder, Comonfort a la cabeza, vuelve a terminar con ella.

Y un año más tarde, 1858, nuevamente es restaurada por el Gobierno de Zuluaga y Miramón. Eran los años tumultuarios que precedieron a la Guerra de Tres Años; la Universidad entra en agonía definitiva: en 1861, el Gobierno de Juárez clausura por tercera y última vez la Universidad Nacional y Pontificia. Ya ni siquiera al advenimiento del Imperio se la intenta restaurar, y es el propio Maximiliano quien en 1865 le da muerte definitiva: "lo que en la Edad Media se llamó Universidad ha llegado a ser hoy una palabra sin sentido". Moría, pues, porque fatalmente estaba condenada a morir, porque ya no era la "Casa de Aprendizaje Universal" que quería Newman; no fue asesinada en flor, no fue destruida por la barbarie, murió en la más opaca de las oclusiones, murió porque se aniquiló en una irresoluble contradicción.

La Universidad se pierde para México cuando incapaz de renovarse en el racionalismo, se encontró con las ideas vivas y fecundas de la época; cuando incapaz de acomodarse a ellas o superarlas, enquistó sus fuerzas en el culto romántico del pasado. Sólo años más tarde, al llegar de París Gabino Barreda, el discípulo de las cátedras de Comte, con su bagaje de filosofía positiva a entronizar el método experimental como filosofía oficial, parece renacer la Universidad en sus colegios y facultades dispersos—integrados en Universidad más tarde por Justo Sierra— completando así el tránsito de México: ayer escolástico, más tarde cartesiano, hoy positivista.

* * *

En 1910 los nombres ilustres del humanismo atlántico vuelven remozados a México, eran los días en que Justo Sierra fundaba la Universidad Nacional de México, y en que en las entrañas de nuestro suelo se agitaba ya la Revolución Mexicana. Pero Justo Sierra entendía lo cambiante del momento, y es ejemplo vivo del arquitecto futuro, cuando después de un elogio del método positivo, pronuncia estas palabras en que habla el revolucionario y el humanista: "Una figura implorante vaga hace tiempo en derredor de la *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándolo de nuevo se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma máter* de la humanidad pensante, en los siglos medios;

esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno”.

Si la Universidad Nacional de México, al hacerse ley la Revolución en el año de 1917, no murió, fue justamente por este nuevo humanismo isócrono a las teorías sociales postuladas por los revolucionarios de México; este humanismo que previó con mirada genial el Maestro Justo Sierra, y que habría de completar la generación del Ateño, Caso y Vasconcelos.

Hoy no es una duda para nadie que, en cierto aspecto, la Revolución mexicana fue antiliberal. Lo fue en lo que se refiere a la economía, es decir, en lo único que se puede ser antiliberal: contra el dejar hacer y el dejar pasar en la industria y en la propiedad; pero no lo fue, y esto es timbre de orgullo para nosotros, en materia educativa. El pensamiento, después de la Revolución, siguió siendo libre.

La Universidad, por esta razón, pudo conciliar el humanismo naciente con los ideas sociales de la época. Y por ello su lucha por la libertad, desde que nació, estuvo implícita en ella: esta lucha no es la obra de una generación, es el impulso de la Universidad durante cerca de un cuarto de siglo. La autonomía era un rebeldía, en parte contra la degradación del Estado, en parte para poder satisfacer plenamente su tarea: empezó en 1915 y terminó en 1929.

Pero esta Universidad no podía ser, aún después de la consecución de su autonomía, la feliz y tranquila Universidad al modo europeo, el sitio de aprendizaje universal como Oxford, Leipzig, Heidelberg, Lovaina. Nuestra Universidad tumultuaria es, como aseguraba Alejandro Gómez Arias, *espejo fiel de una patria que vive a caballo*.

* * *

La situación de la Universidad, sin embargo, a la clara luz de la opinión pública, atraviesa por su crisis definitiva los años de fronda de 1933. Para la Universidad se planteaba el problema de una filosofía adaptada a la época y, como punto de partida, se escogía el materialismo histórico. Los grupos que entonces lucharon contra este intento, lucharon en sentido diverso: los liberales y un sector católico, contra la tesis misma; los comunistas, contra la demagogia y subversión del orden, pues “a un Estado marxista habrá de corresponder una Universidad marxistas”, y no precisamente a la inversa.

Se planteó la lucha, pues, en el Congreso de Universidades, no como una lucha contra la Universidad, sino por su renovación. Pero a los ojos vigilantes de los jóvenes se abrían perspectivas

diversas e irresolubles. Todavía vibraban en el ambiente aquellas luminosas palabras del Maestro Justo Sierra, abriendo las puertas a la Filosofía. Dogmatizar, en cualquier sentido, era cerrarla nuevamente para su función, porque ésta lleva implícita la idea de la libertad. No se concibe sin su previa autonomía en el pensamiento y en su administración; su función, ya definida por nuestro Estatuto no se realizaría sin su libertad: transmisión de enseñanza, es decir, eficaz docencia y eficaz capacitación profesional; investigación y creación de valores culturales, por medio de sus Institutos; y extensión universitaria, porque la Universidad no es el recinto frío “patria ideal de hombres sin patria”, el laboratorio inerte, que no tiene “ojos para la humanidad y corazón para el pueblo”, sino la Corporación viva que derrama ese patrimonio minoritario sobre la Nación misma.

En 1933 la Universidad entra en la lucha definitiva; en 1934 hace crisis esta situación, pero si entonces no fue resuelta su ruta y si la Universidad no coronó grandiosamente su lucha, se debió más que todo a la indecisión de sus autoridades. De esta manera sólo se aplaza la crisis definitiva para 1935, época en que el grupo entonces más destacado la abandona a su propia suerte y grupos más jóvenes y decididos arrancan su timón en pleno naufragio. Libertad, humanismo, extensión social: una nueva Universidad ha nacido y nuevamente la sombra majestuosa del Maestro Justo Sierra vuelve a reconocer su tronco universitario.

Limpia bandera esta la del humanismo, bandera que es la de la nueva Universidad, que es la de Justo Sierra: Universidad Escolástica, Cartesiana, Positivista, Humanista. Un justo y ponderado humanismo, fuera de la demagogia materialista, fuera del humanismo confesional de los grupos que precedieron. Porque a la estéril discusión acerca de la separación de la Universidad y el Estado o la Universidad como órgano del Estado, sólo podemos responder que es en la armonía de ambos como las tareas se hacen menos estériles; así como pensamos que no es en la destrucción de una clase, sino en su armonía, como la vida se vuelve profunda y creadora.

Las Universidades que murieron en México, murieron porque fueron incapaces de acomodarse a las ideas sociales de la época, o porque no pudieron superarlas. Pero ésta, que ha nacido por los impulsos generosos de los jóvenes, quiere superar la realidad presente y buscar sus rutas en sentido definitivo: ayer *Escolástica, Cartesiana, Positivista, Humanista*. ¿Y mañana? La respuesta habrá de brotar de las reservas jóvenes y mexicanas de nuestro Suelo.

EL CUENTO PREMIADO

“FRACASADO”

P o r

J O R G E
A D A L B E R T O
V A Z Q U E Z

Entre los numerosos trabajos presentados al Concurso Permanente de Cuentos y Ensayos, convocado por “Universidad”, hízose acreedor al primer lugar, a juicio de la Redacción de la Revista, el intitulado “Fracasado”, cuyo autor resultó ser el señor JORGE ADALBERTO VAZQUEZ, de quien ya, en estas páginas, habíamos publicado un estudio sobre Garcilaso.

AL tornar del cementerio, después de haber dado la última despedida al amigo, muerto trágicamente, en forma accidental y extraña, me sorprendió su carta póstuma, quirografiada con aquellos caracteres menudos y enérgicos que revelaban su personalidad sobresaliente. El sello de la oficina de depósito mostraba en su leyenda: “Suncursal “B” —14 May. 36— 10.30. —México, D. F.”— Justo, la hora en que cayera, para no levantarse más, en el esplendor de sus veinticinco años, una de estas mañanas radiosas, propicias al despertar de los más inciertos optimismos. La abrí apresurado, con la sorpresa natural de recibirla, sin explicarme su retardo ni el por qué de esas líneas insólitas entre quienes nos veíamos día con día. Su texto, íntegro, era el siguiente:

“Amigo mío: Escucha este relato. Podrá servirte en uno de tus cuentos, para los cuales buscas, tenaz y afanoso, el documento humano. Utilízalo como quieras. Refuerza los “oscuros”, pero ¡por Dios!, no vayas a enturbiar los “claros”. Son tan pocos, que corren el peligro de fundirse, anticipando la sensación de la sombra inmanente en que también nosotros habremos de fundirnos. No vayas a hacer trágico lo que es tan sólo inocuo. Pinta una vida vulgar, como son todas las que no corresponden a seres de excepción. Ni siquiera se inicia con las palabras de ritual: “Este era un rey...” Comienza simplemente:

...Sentí mi primer deslumbramiento poético, allá, en mis andanzas cuasi infantiles por los libros clásicos, al tropezarme, inopinadamente, con los endecasílabos inolvidables:

“Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno;
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno...”

Mi edad de entonces no me permitía aún penetrar en las honduras de los pensamientos, pero la música recóndita quedó vibrando largamente en mi sensorio, en el que despertó múltiples e inefables resonancias. Llegaba, poco hacía, del “Romancero”: la contextura férrea del verso octosilábico en los relatos de la epopeya cidiana; la desmañada de las leyendas hagiográficas de María Egipcíaca y Genoveva de Brabante; la artificiosa y bizarra de los episodios moriscos y los idilios pastoriles, habíanme habituado a la forma métrica más popular y accesible de la poesía española. Estaba muy lejos aún de los tratados de retórica, pero mi niñez apocada y endeble, al distanciarme de los juegos tumultuosos de la segunda infancia, me arrojó con avidez prematura sobre los libros, que devoraba sin método y sin guía. Mis diez años supieron de las peregrinaciones y descabros del Caballero Andante; de los malpasares y estrechezas de los pupilos del “Dómine Cabra”; de la vida picarezca y aventurera del escudero Marcos de Obregón, hasta que, aterrado ante la abrumadora pesadez del verso libre, campanudo y solemne, de don José Gómez Hermosilla, traductor de “La Ilíada”, —“Canta, oh Musa, la célera de Aquiles...”—, hubo de desviarse hacia el “Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno” y las “Aventuras Maravillosas del Barón de la Castaña”.

De pronto, en aquel fárrago de lecturas, las líneas luminosas. Un sacudimiento interno que me obligó a ponerme de pie y a declamarlas en voz alta. Y, al desgranarse, cada sílaba dejaba en mi lengua y en mi paladar sabor de miel sabiamente acendrada. Fue, acaso, el choque despertador de la emoción estética. ¡Qué extraños horizontes para el pensamiento! ¡Qué extraordinaria fuente de inesperadas e inagotables sensaciones! La poesía acababa de serme revelada, con

sintiéndome adivinar una lontananza en las perspectivas del espíritu, ansioso de salvar las barreras que le oponían las cosas materiales y tangibles.

A pesar de su objetividad, aquellos versos me permitieron entrever el mundo metafísico. Despertaba ya en mí el adolescente. Pronto terminaría su ciclo mi tercer lustro, que rebasaba apenas su mitad primera en el discurrir de una existencia encandilada y absorta. Pero, sensible a las sollicitaciones de una vida interna, insospechada y latente, en que bullían la sed del ideal y un anhelo no domeñado de gustar del fruto prohibido del arbol de la sabiduría, quise sondar el arcano que limitaba mi horizonte, presintiendo, de modo intuitivo, la dualidad integrante del cosmos; materia y espíritu; la noción directa, precisa, determinada por los sentidos, y esa otra vaga, indecisa, inasible, que nos induce a inquirir la *primer causa* y el *más allá* que no encontramos en las explicaciones físico-químicas de los fenómenos.

Fue, por esos tiempos, cuando se abrieron para mí las puertas del Colegio de mi Estado. Bajo sus arquerías, en un patio solemne y conventual, concluidas las clases, ambulaba en las primeras horas de esas noches tibias y bien olientes comunes en el trópico. Los naranjos, con sus copas recortadas en forma esférica, encuadraban el vasto espacio descubierto, iluminado centralmente por deslumbrante lámpara de arco de luz vívida, que hacía resaltar más la semioscuridad de los corredores, cuya penumbra, rota a trechos por mortecinas lamparillas, ayudaba a evocar un fantástico y alucinado desfile de imaginerías. Era, acaso, el último en abandonar el recinto. Gustábame sentirme solitario para meditar en los temas que venían preocupándome. Cuando, ya atardecido, abandonábamos las aulas, la mayoría, presurosa y atropellada, internos inclusive, desbordaba del portalón para derramarse por las callejuelas del jardín frontero. Y, en aquellos instantes, en que las campanas del templo contiguo goteaban, lentas y melodiosas, el toque de *oración*, la idea obsedante se posesionaba de mi pensamiento.

Poco a poco, el torcedor iba aguzándose. No me bastaba ya la poesía, camino intermedio hacia la metafísica, metafísica substancial y *sui generis* ella misma que, con sus fragmentarias intuiciones, arriba a sitios inabordables para el razonamiento sistematizado y metódico. Caí en los místicos: el Beato Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, los dos Luises, Nierenberg, fueron pasto espiritual del cuarto lustro. Por lo demás, las matemáticas, las ciencias naturales, los otros conocimientos ajenos o extraños a esa actividad men-

tal insaciable, dejaban poca huella en mi memoria. El binomio de Newton, la ley de la gravedad, la hipotenusa y los catetos, todas aquellas nociones conque me atiborraron en los primeros años de la Preparatoria, quedábanse en un rincón perdidas y olvidadas... Continuaba, latente e insoluble, el problema. Las lecturas no me dejaban ninguna certidumbre. La lontananza entrevista hacíase más y más borrosa. ¿Qué solución iba a encontrarse sin trasponer el umbral de lo desconocido, que ojos humanos no contemplaron nunca? Pero, la única puerta para llegar a él, la muerte, sólo franquea la entrada. No ha vuelto nadie del tenebroso viaje para decirnos cuáles son el principio y el fin de cuanto alienta. Acaso, allí, se nos descorra el velo. Y, entre tanto, la angustiada interrogación continúa abierta...

Fatigado de mi actitud ante el enigma, la juventud golpeándome en las venas, cedi a las tentaciones de la carne. Unos ojos verdes —¿será ese el color de los sueños demoníacos, tendrán sus fulguraciones azufrosas algún contacto con el Misterio y con la Kábala?—, me sorbieron el seso, apartándome de la senda tan empeñosamente recorrida. Y entonces, el torcedor fue otro: la Mujer. Poseyóme íntegramente. La llevaba prendida dentro de mi cuerpo, desgarrándome como esas disciplinas y cicilios que el asceta oculta bajo el sayal de jerga; la miraba, provocativa y fascinante, surgir en mi imaginación, como contempla el místico extasiado la Divina Presencia; sentía su aliento cálido envolverme, hasta que un sudor frío daba tempero a mis angustias. Oí la voz de las sirenas, pero no supe, como Ulises, tapar con cera mis oídos, y naufragué en las Sirtes.

Me salvó el desengaño. Agotadas las mieles del deleite, supe del poso acibarado del hastío. Salí del trance desencantado y maltrecho. Una honda lasitud me dominaba, mientras recorría mentalmente los episodios diversos de la existencia ida. Mis ensoñaciones, mis anhelos, mi sed inextinguible de penetrar en el secreto de la Vida, fueron vanos. Ante mis ojos, la lontananza espléndida del ayer inmediato, extendíase como una paramera interminable. Y frente a aquella desolada perspectiva, tuve la sensación de mi fracaso. Miré hacia adentro: una teoría de iconos derribados señalaba la senda hollada por el pensamiento en sus afanes investigadores; el corazón, hecho una llaga viva, decía también la certidumbre de una nueva derrota. Al diluirse el fantasma de Dulcinea entrevisto, quedó tan sólo el desfile de las vacantes que distrajeron el minuto con el amor mentido, en su ronda canallesca y atropellada. Y la inutilidad de una existencia sin aliciente y sin puerto de arribada, como un barco a la deriva, a

merced de los vientos y el oleaje, pesó en lo íntimo de mi ser, confirmando el hecho dolorosamente advertido: ¡Fracasado! ¿Para qué, entonces, el empeño de interpretación que nos de la clave de cuanto nos rodea? ¿Para qué correr tras el señuelo de unos labios que con el beso ocultan la mordedura cruel que nos desgarran?...

No tuve más iniciativa. La abulia señoreó mi destino, y quedé al margen de las cosas, como una cosa más, sujeta al devenir constante del cosmos, creyendo aún ¡ilusol!, en que, por lo menos, hay una ley que rige nuestros destinos, y en que, como

dijo el poeta:

...Tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera..."

La carta, sin concluir, era la explicación más lógica del accidente.

EL TRABAJO Y LA MUJER CAMPESINA

Por el Dr.

A. S P R E N G E L

LA cuestión de las horas de descanso para la mujer que vive en los campos es bastante árdua, toda vez que, de las mujeres que trabajan en los campos, un alto porcentaje tienen tantos quehaceres que apenas si les queda tiempo para holgar. Este asunto entraña un problema vital no solamente en Alemania. En casi todos los países nos encontramos con que la mujer campesina tiene un cúmulo de ocupaciones. Tal problema fue tratado con particular insistencia en los Congresos internacionales de educación doméstica que se han celebrado en el transcurso de la última década en Roma y Berlín, y se despertó siempre gran interés por descubrir los medios que puedan ponerse en práctica para aliviar la situación de tales mujeres.

¿A qué puede deberse el hecho de que la mujer campesina, ya sea que trabaje en sus propios quehaceres domésticos o como labradora en los campos, tenga siempre tanto que hacer? La razón se encuentra, a la vez, en la estructura misma del hogar del campesino y la de las granjas. En Alemania la mayoría de la gente campesina vive en granjas, pues de las 3.040,000 propiedades agrícolas de todos tamaños, 3.000,000 se hallan constituidas por granjas. Estas pequeñas propiedades están siempre administradas familiarmente; el padre, la madre y los hijos tienen que desempeñar todos los trabajos. Sólo las negociaciones agrícolas extensas cuentan con peones; así que en Alemania la mayoría de las granjas son

manejadas totalmente por las familias. Y sucede que los trabajos no se hallan divididos de tal modo que los hombres tomen a su cargo las labores agrícolas y las mujeres exclusivamente las domésticas. Por el contrario, la mujer tiene gran intervención en los trabajos agrícolas. Buena parte de sus horas ha de emplearlas en los campos o en los establos. En éstos, por lo general, en los quehaceres de la ordeña y atención del ganado pequeño. Y véase en esto, justamente, la fundamental diferencia que existe entre el trabajo de la mujer campesina y el de la que habita en los pueblos.

Si nos ponemos a pensar en las diarias ocupaciones de la mujer que vive en la ciudad o en el pueblo (excluyendo el caso particular de la esposa del comerciante o del artesano, que han de ayudar a su marido en el trabajo), encontramos que esta mujer puede perfectamente separar sus quehaceres domésticos diarios de los trabajos de su esposo. El hombre tiene sus horas fijas de labor. De acuerdo con este horario se arregla el de las comidas y, en el tiempo intermedio, la mujer desempeña libremente sus quehaceres domésticos. Quizá no sucede siempre así; pero hemos querido presentar el caso más fácil para mejor deslindar las diferencias.

Por el contrario, en el campo la mujer no puede arreglar el trajín doméstico independientemente de los quehaceres agrícolas, pues aquí unas atenciones dependen directamente de las otras y

la mujer se ve solicitada al mismo tiempo por el trabajo agrícola, o el del establo, y por los quehaceres de la casa. Para la mujer campesina esta situación viene a complicar grandemente su vida, en especial en los meses de los cultivos, y al llegarse las cosechas. Añádase a esto la circunstancia de que, por lo general, las familias de los campesinos son más numerosas; así que la mujer tiene que afanarse constantemente en su casa, con el cuidado de los niños, a cambio, según es bien sabido, de abandonarlos muchas veces para ocuparse en otras tareas. A todo ello hay todavía que añadir la interdependencia de los diferentes quehaceres que exige una granja. Lo explicaré con un ejemplo. Por regla general, en las casas campesinas se acostumbra hacer la matanza en épocas determinadas. Pero a menudo ocurre que alguna cabeza de ganado tiene que ser sacrificada fuera de estos días y, entonces, para evitarse la consiguiente pérdida, es indispensable preparar, preservar la carne de la mejor manera posible. En tales ocasiones la mujer tiene que descuidar todas sus demás tareas, por muy importantes que sean. E igual cosa ocurre tratándose de la conservación de las frutas.

A menudo una tormenta otoñal, despoja anticipadamente a los árboles frutales y hay que proceder entonces con toda urgencia a la conservación de los frutos. Las mujeres campesinas en este caso, tienen que variar el plan de trabajo y prescindir por algunos días de un descanso que quizá hubieran podido tomarse. En resumen, no hay época del año en que la mujer que habita en los campos se vea libre de afanes, por muy necesitada que esté de reposo. Y, sin embargo, es problema importantísimo hacer algo para procurarles a estas mujeres algún tiempo libre.

¿Qué cosa, hasta hoy, ha podido hacerse en Alemania para tal objeto?

Toda la educación relacionada con el manejo de la casa, tiende a facilitar cada vez más las labores domésticas, a fin de que puedan hacerse éstas más rápidamente. La enseñanza se ha ido impartiendo no solamente a las niñas que asisten a las escuelas rurales, sino también, a las mujeres ya formadas que no tuvieron antes la oportunidad de recibir tal instrucción. Las amas de casa van siendo enseñadas a través de conferencias y breves cursos. Se ha comprobado que en los quehaceres domésticos se logra hacer demasiado poco, en relación con el tiempo y la energía que se emplea. Muchas idas y venidas innecesarias, y el consiguiente desgaste de fuerzas, pueden evitarse con el empleo de más apropiados utensilios, con el arreglo más conveniente de las habitaciones, dependencias, etc. Se cuenta ahora en cada poblado con una maestra de economía do-

méstica que cuida de impartir tales enseñanzas y procura además, la correcta aplicación de las mismas.

Pero, a más de esta labor que tiende ya en sí misma al aligeramiento de las faenas, ha venido procurándose impartir una ayuda directa a las amas de casa campesinas. Se ha constituido el Servicio de Ayuda a las Mujeres en varios poblados en que la mujer está sobrecargada de faenas, ya sea por las desfavorables condiciones de la región o por tratarse de familias demasiado numerosas.

Los llamados "kindergartens de las cosechas", cuyo número ha crecido rápidamente en los últimos años, han sido también de gran utilidad, pues en estos establecimientos se atiende a los niños en tal época del año. El "año de la tierra", temporada que las muchachas de las escuelas urbanas pasan en la saludable atmósfera de los campos, ha significado también valiosa ayuda para la mujer campesina, ya que las escolares van también a prestar su ayuda a aquellas familias.

Por todos estos medios se está consiguiendo la importante finalidad de aligerar la carga que pesa sobre la mujer campesina y por consiguiente, de brindarle bien ganados descansos. Creemos que este problema debe ser estudiado con la mejor voluntad y eficacia en todos los países en que, como en Alemania, existe.

Practicando la Educación

El maestro o profesor por más competente e ilustrado que sea, deberá tener siempre presentes los puntos fundamentales del tema que va a tratar, los pasos que va a seguir en su enseñanza, los medios de que se va a valer y, ante todo y sobre todo, el fin que va a llenar.

Para preparar bien una clase, es necesario consultar entonces los siguientes factores:

- a) El grupo de alumnos y su mentalidad.
- b) El tipo de lección.
- c) El fin o propósito del aprendizaje.
- d) La motivación o incentivo del trabajo.
- e) El plan o los procesos didácticos.
- f) El material escolar y la distribución del trabajo.

CONVOCATORIA

EL Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, por medio de su Servicio Editorial, encargado de la publicación de "UNIVERSIDAD", Revista Mensual de Cultura Popular, convoca a literatos y estudiantes a concursar en los certámenes que siguen:

1 CUENTO

"UNIVERSIDAD" publicará el mejor cuento inédito que, a juicio de la Redacción de la Revista, merezca esta distinción. El autor recibirá, como premio, la cantidad de \$30.00. El tema será libre y se fija un máximo de 15 cuartillas escritas a máquina, a renglón abierto, para desarrollarlo.

2 ENSAYO

"UNIVERSIDAD" dará también cabida mensualmente, en sus páginas, al mejor ensayo sobre sociología, economía, historia, literatura o ciencia, que el jurado, nombrado al efecto, e integrado por profesores universitarios, seleccione. El ensayo podrá ser desarrollado en un máximo de 10 cuartillas escritas a máquina, a renglón abierto, y será premiado con la cantidad de \$20.00.

LOS trabajos deberán presentarse amparados por un pseudónimo que figurará también en el exterior del sobre cerrado que contenga el nombre del autor. Los trabajos y toda correspondencia pueden enviarse, desde luego a:

Revista "UNIVERSIDAD". Bolivia 17. México D. F.



LA NUEVA CONSTITUCION SOVIETICA O LOS MODERNOS DERECHOS DEL HOMBRE

P o r JOSEPH BARTHELEMY

Con estas páginas se inicia—para terminar su inserción en nuestro próximo número—el siguiente interesante artículo de BARTHELEMY, catedrático de la Sorbona y reputado como uno de los más ilustres juristas del mundo.

NO es todavía más que un proyecto. Ha sido publicada desde el 12 de junio del año en curso, pero no tendrá carácter definitivo sino mediante una decisión del Congreso de los Soviets, en sesión que ha sido convocada para el 25 de noviembre próximo. En términos generales, se supone que el proyecto sufrirá pocas modificaciones antes de ser puesto en vigor.

Este largo intervalo entre su redacción y aprobación obedece a un propósito preconcebido. Se trata, no sin que haya en ello cierta ostentación, de dar a conocer que va a permitirse una discusión pública. De esta manera Stalin, logra darse, a poca costa, aires liberales, puesto que invita solemnemente a deliberar a un pueblo que hasta hoy no había tenido más derecho que el del silencio. Se hace así resaltar, hábilmente, un nuevo giro de la democracia soviética.

Tropezamos desde luego con una dificultad que aparece en cuanto se trata de estudiar esta cabeza de Jano que es Rusia. Delicadísima cosa es para quien tenga preocupaciones de imparcialidad, de objetividad y científicas, precisar la exacta relación

que exista entre táctica y doctrina. Indudablemente, Stalin pretende “hacerse notar”, pero tal vez desea al mismo tiempo acrecentar la actividad política de las masas y, por consiguiente, trabajar por su educación. También es seguro que busca por este medio aumentar la fuerza de las instituciones nuevas procurándoles una adhesión previa de la opinión pública. Busca la unión del régimen con el pueblo. Para decirlo con la frase de Spuller: Stalin trata de hacer creer en el *nuevo espíritu* del proyecto.

Bajo el pretexto de una discusión popular, ha recibido la nueva constitución un bombo formidable y, si se nos permite este neologismo propio de la edad del cine, diremos que ha gozado de superpublicidad. Quince millones de ejemplares han sido distribuidos. Las ondas hertzianas, este nuevo vehículo de que tanto abusan las extremas izquierdas para imponer uniformidad a todos los cerebros, han lanzado sus voces sin descanso hasta las más remotas campiñas, exaltando la virtud y el mérito de la última obra del dictador rojo. Y, por supuesto, la prensa ha abierto ampliamente sus columnas a todos los panegiristas del proyecto. Los periódicos ilustrados nos ponen frente a los ojos el espectáculo conmovedor de grupos de campesinos, que, sentados en corro en pleno campo o en algún prado, al lado de tractores, cortadoras o engavilladoras, dedican sus ocios a discutir sobre la próxima constitución.

Como era de esperarse, este debate público se ha encerrado estrictamente en una autocrítica unilateral. Las cartas publicadas por “Izvestia” y “Pravda”, que se nos presentan como productos de la iniciativa espontánea de los habitantes de todas las regiones de Rusia obedecen sin embargo a un director de orquesta que, no por hallarse invisible, deja de adivinarse fácilmente, pues todas estas cartas se ciñen exclusivamente a cuatro tendencias: 1ª Ditirambos exaltados en honor del amado, del grande, del genial Stalin. 2ª Cánticos rendidos de agradecimiento, entonados por los representantes de las antiguas clases, a quien el más *grande de los bolcheviques* permite el acceso a la ciudad política. 3ª Afirmación entusiasta de que frente a tal obra maestra del pensamiento, el corazón se siente poseído de un júbilo nuevo con la idea de que se está presto a morir por la patria y por la República. 4ª Reservas sobre el liberalismo, tal vez excesivo de Stalin, y sobre la demasiada confianza que concede a los *señores de la burguesía* y a los ministros de la religión. Y uno no sabe a punto fijo si todas estas reservas tienen por objeto preparar una reacción, o aquilatar extraordinariamente la mansedumbre ilimitada, la indescriptible generosidad, la bondad increíble y el corazón vastísimo del genial jefe.

Creo que se tiene el derecho de no ser bolchevique, y de no simpatizar con ese régimen. Empero, por escrúpulos de lealtad hacia mis lectores me siento obligado a declarar desde luego que tal es mi caso. Comprendo, sin embargo, que hay extremos en que no debe caerse, y que para un francés como yo, sería una falta imperdonable criticar a Rusia por la multiplicidad de sus constituciones. Es ésta la tercera, a partir de las jornadas de octubre. La primera data del 10 de julio de 1918 y

mostraba la huella de la guerra civil y extranjera, en medio de cuya conmovición fue promulgada. Fue aquel un texto de desafío, un credo de lucha de clases, un símbolo de dictadura, un documento de opresión, un instrumento de unidad y de centralismo. La segunda, fechada el 6 de febrero de 1923, aunque aprobada hasta el mes de enero de 1924, sostiene ya el principio del federalismo: es actualmente, la Constitución de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (U. R. S. S.) En un período de dieciocho años, Francia vió desfilar los Estados Generales, la Constituyente, la Legislativa, la Convención, la Constitución Girondina, la Montañesa, la del Directorio, el Consulado de los Tres, el Consulado Vitalicio, el Imperio. . . y aun no se había acabado. Además, los hombres de 1789 pensaban que estatúan para todas las épocas. Por el contrario, una Constitución bolchevique se nos presenta tan sólo como un medio para salvar las dificultades del momento.

El proyecto de ley que vamos a estudiar es largo, pero no en demasía. Comprende 146 artículos. La Constitución francesa de 1875 no llega a treinta. La Constitución del año III pasa de 300.

No tiene esta Constitución bolchevique el aspecto lógico y armonioso de las constituciones de nuestro siglo VIII. Estas se abrían con el peristilo solemne y majestuoso de la declaración de derechos del hombre; en seguida, en capítulos racionalmente distribuídos iban siendo organizados uno a uno, los grandes poderes del Estado. La obra maestra de Stalin no conserva nada del espíritu de Descartes o de Voltaire.

Digamos, como último rasgo de la arquitectura exterior del monumento en construcción, que se ha renunciado en él a toda balandronada de desafío, a los aires de provocación y hasta manifestaciones excesivas de mística revolucionaria. Quien quiera darse cuenta del camino recorrido, al llegar a este punto, debe dirigir su mirada hacia atrás. La Constitución de 1923 afirmaba orgullosamente que a partir de la formación de las Repúblicas soviéticas, el mundo entero había quedado dividido en dos campos. Nos presentaba un cuadro idílico del campo socialista y, en rudo contraste, una descripción espeluznante del campo capitalista. Imperaba aquí entre las naciones el odio y toda clase de desigualdades, la esclavitud colonial y el *chauvinismo*, la opresión de las nacionalidades, las atrocidades imperialistas y las guerras, etc. Por el contrario, en el otro campo reinaba la paz, la libertad entre las naciones, la igualdad, la coexistencia pacífica y una colaboración fraternal entre los pueblos. . .

Evidentemente no era fácil para Rusia procurarse alianzas con los países burgueses y, a la vez, lanzar contra ellos declamaciones difamatorias, pues, con vinagre, no se atrapan moscas. Si un matrimonio de conveniencia no demanda grandes efusiones de amor, por lo menos sí exige que se elimine toda manifestación de antipatía. En lo que concierne a táctica y política exterior, por lo menos, las Rusia de Stalin sigue siendo la misma de Pedro el Grande. Los entusiastas de la grandeza de Francia podrán, a su gusto, ver en este cambio de actitud, ya un signo de los tiempos o bien una enseñanza.

En todo caso, desde el momento en que los autores de la Constitución ponían su mirada en el exterior; había que procurarle a la obra publicidad más allá de las fronteras. Así lo han hecho, y han logrado todo éxito. La "discusión popular" tiene repercusiones aun en Francia.

El derecho constitucional es materia abierta a toda discusión, en cuanto se trata de Rusia.

Para ciertos comentaristas de la derecha, la obra maestra de Stalin es una bufonada, una payasada, "una burda broma de estudiantes pedantes".

En la extrema izquierda, por el contrario, esta Constitución es presentada "como la más democrática del mundo", como un acontecimiento histórico de importancia mundial, como la expresión de "los nuevos derechos del hombre". En Rusia la mayoría de edad se obtendrá a los dieciocho años, y como la democracia rusa data precisamente de dieciocho años, he aquí que se da a su democracia la constitución de su mayoría.

En el centro, ciertos liberales de buena fe saludan tal Constitución como un homenaje a los principios del derecho público occidental, como un paso que Rusia da para acercarse a las viejas naciones democráticas y parlamentarias.

¿En todo esto qué cosa es la verdad? La verdad es muy compleja y tiene numerosos matices: por consiguiente, no es posible desentrañarla sin hacer un atento análisis de cuanto dice el texto y de lo que tras él se oculta.

I

Ilusión de federalismo

El federalismo es una libertad. El Estado federal es el único representante de la soberanía exterior, representante único de la colctividad. Pero, dentro de sus propios límites, cada una de las unidades políticas que componen el Estado, gobiérase libremente, conserva sus costumbres, su religión, sus leyes, su lengua, sus tradiciones. . . Por consiguiente, desde un mero punto de vista liberal, la Constitución elaborada por Stalin resultaría superior a la República Francesa, ya que ésta, siguiendo los lineamientos de la tradición revolucionaria, se proclama Una e Indivisible. Empero, es preciso examinar las cosas con más despierta atención.

Si mi espíritu, imbuído en la claridad francesa trata de orientarse exactamente dentro de estas complejidades, los diversos elementos que integran la Unión se me aparecen distribuídos como cuatro barras de una escala estrictamente jerarquizada, según el correspondiente grado de evolución moral y material.

Yacerán, en la parte más baja, las regiones absolutamente atrasadas, cuyas poblaciones tendrán que ser gobernadas sin que participen en su propio gobierno.

Un poco más arriba quedarán situados los territorios autónomos.

Si un territorio autónomo se hace acreedor a ello, puede avanzar un paso más, y, ya en este caso, viene a ocupar el rango de las Repúblicas autónomas.

Si una República autónoma llega a realizar suficientes progresos, podrá por fin alcanzar el gra-

do superior, que es el de República federada; ahora bien, tomas la molestia de leer el Artículo 14 que enumera los derechos soberanos del poder central, y decides qué podrá quedarles a las Repúblicas federadas. Por mi parte, permítaseme declarar que yo no he sabido encontrar qué libertades puedan quedarles; más exactamente, no he advertido que llegue a restarles sino un elemento libre: el idioma. Los zares querían "rusificar" el conjunto del Imperio; los bolcheviques han renunciado a ello. Aun el emblema del Estado: la hoz, el martillo, el mundo, los rayos y las espigas, ostenta la divisa "Proletarios de todos los países, uníos", en las once lenguas de las Repúblicas federadas. Ningún idioma, ni siquiera el ruso, tiene superioridad oficial sobre los otros. Sin embargo, de hecho, en las asambleas centrales de Moscú, un diputado que no hable ni comprenda el ruso estará desprovisto de medios para desempeñar su función. En estas condiciones, el pretendido federalismo no es apenas sino una descentralización. Las asambleas de Repúblicas federadas no tienen más libertades, ni atribuciones, que nuestros consejos generales.

Existe, sin embargo, una declaración, evidentemente hecha "ad pompam et ostentationem", y que debe retener un instante nuestra atención: se halla contenida en el Artículo XVII, que concede a toda República el derecho de plena secesión: "Se concede a cualquier República de la Unión el derecho de separarse libremente de la U. R. S. S.". Pero ocurre que tal derecho no se encuentra organizado. ¿Cómo, entonces, a través de qué organismos y frente a qué mayoría, podrá una República manifestar su legítima voluntad de separación? Todos estos puntos se han dejado en la obscuridad. Sería por demás supérfluo intentar aclararlos. Los ucranianos y los georgianos han pagado con sus vidas al experimento de lo que puede costar una tendencia centrífuga.

En el Artículo XIV Stalin extrema la nota irónica, ciertamente... Más, por desgracia, las más absurdas afirmaciones suelen encontrar gentes crédulas y, si uno fuese pesimista o misántropo, se sentiría impulsado a agregar que, mientras mayormente se rebasa el límite de lo absurdo, mayor número de gentes crédulas se encuentran. Y así, ¿no hemos leído en un diario francés que Finlandia, los países bálticos y Polonia, pudieron separarse de la Unión haciendo precisamente uso de esta libertad de secesión? Pues, que ¿se habrá olvidado que son esos tres Estados los que hicieron "salir" a los bolcheviques "por todos los medios apropiados", incluidos en ellos el fusil, la bayoneta y el cañón?

Si la propaganda alude al derecho de secesión, en cambio ha suprimido la facultad de adhesión.

Ahora bien, el proyecto de Stalin realiza una verdadera promoción de regiones. Evidentemente, —y no se considere esto como un reproche— tales previsiones respecto a la elección han sido inspiradas por consideraciones de orden político; en tal punto, trátase de procurarle una firme adhesión al bolchevismo por parte de las poblaciones asiáticas; en tal otro, frente a Finlandia, Polonia y Rumania, encuéntrase oportuno crear centros de atracción y de propaganda. Por consiguiente, ha-

brá en adelante once Repúblicas federadas, en lugar de siete. Se da de esta manera a la nueva Constitución, la apariencia de una ascensión generalizada hacia una libertad creciente.

Mas la realidad es diferente. El proyecto de Stalin marca, más bien, un progreso de centralismo en el cuadro federal. El federalismo no viene a gozar de libertades sino en la propia medida en que los atributos de la soberanía quedan sujetos a los elementos constitutivos de la Federación. La Constitución precedente pretendía la universalidad y se había propuesto por objetivo: "La República Mundial de los Soviets". Cualquier país que quisiera adherirse podía hacerlo. El actual proyecto de Stalin suprime estas disposiciones imperialistas. Rusia se contentará, por ahora, con sus veintidós millones de kilómetros cuadrados (21.355,536) y con sus setenta millones de súbditos... ¡Muy agradecidos!

Apariencia de democracia política

Las primeras constituciones ostentaban la huella de las humaredas ideológicas del marxismo, manipuladas por Lenin. En primer lugar, la prioridad de lo económico. "El Gobierno de los individuos queda reemplazado por la administración de las cosas". Esta fórmula de Engels era el primer artículo del credo constitucional. Urgía, además, hacer desaparecer al Estado, la burocracia, etc.

Estas construcciones en las nubes fueron barridas muy pronto por las borrascas de la vida. La nueva Constitución no es una edificación de intransigencia doctrinaria; se adapta a la realidad de acuerdo con los métodos de las democracias liberales de Occidente y, en particular, de la de la Gran Bretaña.

Disponíase hasta hoy contra los bolcheviques franceses de una argumento que les reducía al silencio: Rusia no gozaba del sufragio universal. En adelante, gozará de él. Rusia era un país de clases privilegiadas; en adelante, desaparecerán las clases, y no habrá más que capas sociales. Más todo esto exige algunas explicaciones.

El artículo 1º del proyecto presenta esta notable definición: "La Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas es un Estado de obreros y campesinos". Preguntamos nosotros, ¿cómo semejante complejo puede conciliarse con la institución del sufragio universal? Entonces ¿quién no sea obrero ni campesino dejará de ser elector? El enigma queda resuelto en el artículo 2º: "Los trabajadores han adquirido poder y fuerza, como resultado del derrumbamiento del poder de los terratenientes y los capitalistas". Un poco más adelante insértase el mismo pensamiento diciendo que: "las clases sociales han sido liquidadas". ¿Y por qué medios se ha operado esta liquidación? Se tendrá de ello alguna idea con la siguiente declaración de Rakowski, que desempeñó el puesto de embajador soviético en París: "*Debo declarar que la guerra civil ha costado a Rusia 25 millones de vidas humanas.* Kerenski, que comentó estas palabras (en "El Fígaro del 15 de junio de 1936), hace notar que la Revolución ha exigido diez veces más sacrificios de vidas humanas, que la guerra con

el extranjero. Muchos burgueses cayeron bajo las balas de los alemanes; muchísimos otros sufrieron el destierro; pero 25 millones han sido asesinados por sus compatriotas. No quedan ya burgueses. He aquí un genial recurso para resolver la cuestión de las clases sociales; el lector sabrá sin duda estimarlo en cuanto vale. Como quiera que sea, la revista "Izvestia" da cuenta con gran satisfacción del resultado obtenido. Rusia es hoy un pueblo de trabajadores socialistas, en cuyo ámbito han desaparecido las clases sociales; quedan solamente diversas estratificaciones.

Empero, según parece, quedan todavía (uno se pregunta: ¿en virtud de qué milagro?) algunos supervivientes o descendientes de los antiguos nobles y de los antiguos burgueses, y éstos se hallan actualmente privados de toda clase de derechos políticos, Stalin quiere hoy acogerlos bondadosamente en la ciudadanía. "Soy hijo de un koulak, escribe un ruso a la "Pravda". "Al saber que tendré derecho al voto, mi gratitud para Stalin es, sencillamente, indecible".

Por otra parte, el término "trabajador" posee actualmente una acepción más amplia que la que tuvo en el sistema de la dictadura del proletariado, y en adelante, comprenderá aún a los trabajadores intelectuales. Una mujer, llamada Alexeieva, se extasia en este punto, "sobre el liberalismo excesivo de Stalin" y sugiere que los ministros del culto queden privados de los derechos de ciudadanía, "a menos que se consagren a alguna otra ocupación verdaderamente útil a la sociedad". El Congreso ha de resolver esta cuestión el 25 del próximo noviembre.

En lo futuro, el sufragio no será solamente universal, sino que concederá la igualdad absoluta. A partir de los 18 años, todo hombre o mujer podrá elegir y ser electo. Y aquí, permítansenos llamar la atención del lector sobre una regla, que es constante: mientras más avanzado es un régimen político, menor es la edad que se exige para entrar en la actividad política.

Quienes mayormente se beneficiarán con la igualdad del sufragio, serán los campesinos. Componen ellos la inmensa mayoría de la población (ochenta por ciento), y, sin embargo, todavía en la actualidad, el obrero viene gozando de cinco votos por cada voto del campesino. Se le concede, pues, al campesino ruso la misma igualdad de que el campesino francés ha venido gozando sin interrupción desde el año de 1848. ¡Ya es algo; pero no hay razón para deshacerse en un éxtasis de admiraciones!...

Sufragio universal, en términos de igualdad. Además, sufragio libre, secreto. ¿Se ha llegado, por consiguiente, a la democracia? No lo digamos tan pronto, pues todos los hombres tienen derecho al voto en la patria de Mussolini y hombres y mujeres gozan asimismo de igual derecho en la patria de Hitler.

Fachada de Régimen Representativo

Un observador apresurado o superficial encontraría numerosos puntos de contacto entre la estructura política del proyecto de Stalin y la

organización constitucional que Francia conoció el año III. Más sorprendentes aún—en virtud de la naturaleza federal de ambos—se destacarían las analogías del citado proyecto con la constitución soviética que se halla actualmente en vigor.

Como en Suiza, el proyecto de Stalin habla de un Parlamento llamado Consejo Supremo; cuyos miembros son electos por cuatro años. Como en Suiza, este parlamento se divide en dos Cámaras: el Consejo de la Unión y el Consejo de las Nacionalidades. El Consejo de la Unión representa preferentemente a los individuos. El Consejo de las nacionalidades representa preferentemente a las Repúblicas federadas. Es esto justamente lo que ocurre en la mayor parte de los Estados compuestos en que una segunda Cámara es llamada a encarnar la igualdad y la independencia de las partes integrantes: es el papel del Senado en los Estados Unidos y en el *Commonwealth* australiano; es el papel del Consejo de los Estados en Suiza. Consejo de los Estados, Consejo de las Nacionalidades... todo es uno y lo mismo.

En último término, y para lanzar la temible palabra: Stalin instituirá en Rusia un *Senado*; como en Inglaterra, como en Francia. Es pues Stalin menos audaz que España, ya que en este país se ha lanzado a sostener el principio de la cámara única... y sin encontrar en ello motivos de alarde. Hasta es menos avanzado el proyecto de Stalin que el primer Congreso Constituyente de Polonia, el cual, si bien es verdad que ha instituido un Senado, lo ha colocado en un plano de inferioridad: en Rusia, las dos cámaras serán iguales y tendrán derechos rigurosamente idénticos.

Sin duda, no hallamos aquí muy lejos aun de la Cámara de los Lores y no hay el peligro de que el Consejo de las nacionalidades llegue a degenerar en un "refugio de aristocracias". Mas los teóricos del constitucionalismo burgués (*quorum ego*) nos enseñan que basta dividir de una manera u otra el Parlamento en dos Cámaras, para obtener, por lo menos, el menor beneficio que puede esperarse del bicammarismo: el doble examen, la reflexión, la madurez de las deliberaciones, la resistencia a los impulsos irreflexivos, etc. Todas las libertades encuentran así resistencias, frenos, contrapesos y separaciones.

Ahora bien, Stalin no se limita a establecer tal división simple y primitiva. Ha diferenciado las dos asambleas. El Consejo de la Unión (Cámara de Diputados), es electo por medio del sufragio universal directo; por el contrario, el Consejo de las nacionalidades (Senado) es promovido con el mismo espíritu que en Francia, la Cámara alta; sus miembros son electos por las autoridades supremas de las Repúblicas autónomas y de las regiones. Es, además, regla muy generalizada que las segundas cámaras sean siempre menos numerosas que las cámaras bajas, con el fin de que procedan con más calma. También en este punto, Stalin ha mostrado estricta observancia al precepto del constitucionalismo burgués. Mientras que el Consejo de la Unión contará con 750 (1 por cada 300,000 habitantes) el Consejo de las nacionalidades sólo comprenderá 238.

En Inglaterra, el Parlamento es soberano: Lo puede todo —según frase de Bagehot— menos convertir un hombre en mujer, o recíprocamente. En otros viejos países representativos, en los que se niega al Parlamento la soberanía propiamente dicha, se está de acuerdo sin embargo en reconocerle la prioridad entre los órganos del Estado. Tal es, en el proyecto, la significación del artículo 30: “El órgano supremo del Estado de la U. R. S. S. es el Consejo supremo de la U. R. S. S.— Todo lo cual es de una perfecta corrección.

Como en Suiza, el poder ejecutivo será aquí colegiado. Este colegio gubernamental es numeroso: comprende 37 miembros; nuestra Constitución montañesa se contentó con 24. Las decisiones serán tomadas corporativamente; pues el Consejo no tiene jefe. Podrá, esto sí, designar a uno de sus miembros para el encauzamiento de los debates.

Estrechamente ligado con el Parlamento, puede decirse que será una emanación de él: las dos Cámaras habrán de nombrarlo en sesión común. Notemos, además, que se halla investido del derecho de disolución, un derecho de que carecen, por ejemplo, el Presidente de los Estados Unidos y el Consejo helvético. En caso de desacuerdo entre ambas Cámaras, el Consejo estará autorizado para disolverlas y convocar a los electores para nuevas designaciones. Y añade la Constitución, que el Consejo será “responsable” de todas sus actividades casi ante el Parlamento. Tal responsabilidad, por lo demás, no llega casi a definirse. Los miembros de las Asambleas poseen el derecho de interpellar al *Presidium*.

Esta construcción estatal, a primera vista, quizá recuerde al lector no prevenido la que estuvo vigente en Prusia en los días de Weimar. Más ¿qué papel le corresponde a Stalin? ¿Qué lugar va a dejarsele? No vemos que se le deje lugar alguno. Y esta es, justamente, una de las razones que nos hacen sospechar que algo se oculta del texto del proyecto. (Continuará).

Erasmus de Rotterdam

P o r A Z O R I N

EN la noche del 11 al 12 de julio de 1536, expiró Desiderio Erasmo. El IV centenario de la muerte de Erasmo se cumple, por lo tanto, este año. Invita a meditar sobre la actitud del humanista esa fecha memorable. ¿Cuál fue en la vida la actitud de Erasmo? Erasmo niño no era nada. Su padre fue un clérigo. Tuvó el hijo antes de ser ordenado. Su madre fue una mujer desconocida. Los padres de Erasmo murieron durante la niñez del humanista. El padre se llamaba Gerardo; el hijo se llamó también Gerardo. A uso de nuestra Mancha—y de otros parajes—a este niño se le llamaba Gerardo el de Gerardo. El humanista adoptó un seudónimo: el de Desiderio Erasmo. Era Desiderio inteligente por modo sumo. Su salud adolecía de precaria. Delicadísimo en el cuerpo, vivísimo en la luz mental, Erasmo

se plantea a sí mismo un emocionante problema. Posee caudalosa erudición. Conoce varias lenguas sabias. La pluma la maneja hábil y elegantemente. Su prosa es clara, límpida y precisa. Ante Desiderio se abre el panorama de la vida. Gracias a su inteligencia ha ido poco a poco elevándose en consideración social. Vivió siendo niño en un monasterio. Guarda de su antiguo encerramiento monástico el gusto vivo—como Ernesto Renán—por las cosas espirituales. Le tienta la acción, y su centextura física no le permite intervenir en las agitaciones humanas. Ha viajado por toda Europa. Conoce Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Suiza. En todas partes ha granjeado valiosas amistades. Le estiman reyes, cardenales, grandes señores. Dos o tres pontífices han sido amigos dilectos suyos. El problema de Erasmo consiste en tener un vivo amor a la libertad y en verse rodeado al propio tiempo por un ambiente de coacción social. A su libertad intelectual no puede renunciar Erasmo. La coacción que representan usos, prácticas y sentimientos tradicionales no puede por Erasmo ser destruída.

Y, sin embargo, es preciso pensar. Y pensar con libertad. Para llegar a este resultado, Erasmo se crea una patria ficticia. No reniega de sus compatriotas. A Holanda no la olvida en su cariño. Del pueblo holandés dice Erasmo que “no lo hay más humano, aunque esté rodeado por todas partes de razas incultas”. Pero si Erasmo, inteligente, libre, hubiese permanecido en Holanda, viviendo en un reducido círculo de amigos, sintiéndose solidario con estos compatriotas, sujeto a sus modos peculiares de ser, el humanista no hubiera podido desenvolverse con la bella libertad con que lo hizo. Había, por lo tanto, que romper con los vínculos de la patria originaria. Del pueblo en que naciera, desentendiéndose del ambiente tradicionalista, tenía Erasmo que elevarse a una región universal. En diversos países europeos estaban sus más valiosas amistades. En las más cultas naciones de Europa se le quería y admiraba. Erasmo, fino y sutil, se crea para su provecho, en bien de la inteligencia humana, inderogable en sus derechos, una patria ideal. En esa patria vive. En esa patria puede escribir lo que escribe. Desde lo alto, ajeno a las pasiones de partidos y patria. Erasmo asiste como espectador a las luchas de su tiempo. Se busca su trato en todas las selectas reuniones. Su conversación es delicada e ingenua. Como todos los hombres “europeos”, sabe Erasmo anécdotas, lances y sucedidos atañaderos a reyes y magnates. En alguno de sus “Diálogos” se complace en contarlos. Si Rousseau puso el origen de la sociedad en el contrato, Erasmo lo pone en la conversación. “Nada que tanto concilie, conserve y establezca la amistad entre los hombres como la conversación—escribe el humanista—. La conversación es la que ha congregado en las ciudades los hombres, antes dispersos como fieras, y la conversación ha unido ciudades a ciudades y naciones a naciones”.

No interviene Erasmo en las luchas que desgarran el siglo. Ni se entrega a la Iglesia ni cede a los requerimientos de Lutero. En su coloquio entre un cartujo y un militar. Erasmo habla de la

limitación que se impone el cartujo. "Me imagino—dice el monje—que el mundo está encerrado en estas cuatro paredes". Y después añade: "¿Por qué llamarías tú a esto soledad? La conversación de un solo amigo destierra la soledad. Tengo aquí algunos compañeros que están al corriente de todo". Estos amigos son los libros. El monje se impone la limitación en cuanto al espacio. Erasmo viajero incansable, curioso de todos los pueblos se la impone en cuanto a la acción. La acción le está vedada. La fragilidad de su salud haría que al intervenir, se produjese de pronto en su organismo un doloroso desequilibrio. No podría seguir trabajando. De su posición de espectador atento e inteligente, no le sacará nadie. Y luego Erasmo, fino, sensitivo, experimenta horror invencible por todo lo extremado. La violencia se forma indefectible de la extremosidad. Suma de todas las violencias es la guerra. Suma de todos los desequilibrios mentales es la pedantería. Suma de todas las licencias—en su tiempo, en el tiempo de la Reforma y de la Contrarreforma—es el monacato. Las tres obsesiones de Erasmo son, pues, la guerra, los teólogos y los frailes. Todas estas obsesiones le llevan, como contrapartida, al culto del pristino espíritu. Desdeñando el perifoneo de las exterioridades, Erasmo rinde culto a lo íntimo. En Palencia, en Burgos, en Toledo, en Valladolid, se sigue anhelantemente al maestro. Y el maestro teme que los extremos españoles le comprometan.

En casa de su amigo Tomás Moro, en los alrededores de Londres, en días de grato reposo, Erasmo, por chanza, como jugando, escribe el "Elogio de la locura". Esas páginas, con los "Coloquios", es lo que ha quedado, en el cernido de los siglos, de toda su obra eruditísima. El "Elogio de la Locura", como el "Quijote", semeja un libro de refracción. El espejo—esto es, el libro—es una cosa, y la imagen que el espacio refleja es otra. En el "Quijote", el autor se propone combatir una idea. La idea triunfa. En el "Elogio", Erasmo condena la locura, es decir, la ilusión. La ilusión vence. Las grandes obras fructifican en forma que el autor no sospechaba. Ligeramente, con festivo humor, Erasmo va describiendo diversas formas de ilusiones. Hasta mediado el libro, las consideraciones generales se esparcen delicada e ingeniosamente. Poco a poco la pluma se va enardeciendo. No se lo proponía el autor, y la inspiración le arrastra a su pesar. Comienzan los retratos. Desfilan príncipes, grandes señores, cardenales, el propio sumo pontífice. No acabamos de creer lo que estamos leyendo. ¿Será posible que todo esto—que hoy no se podría repetir en ciertos libros, en ciertos periódicos—se haya dicho en el siglo XVI y por un amigo de cardenales, reyes y pontífices? Los teólogos han aparecido ya. El teólogo es el hombre aparatero en su ciencia, artificiosamente sutil, pagado de su sabiduría, enfático, imperativo y farragoso. Para los teólogos verdaderamente finos e inteligentes tiene Erasmo una salvedad. Lo que más detesta Erasmo es la pedantería. El retrato del teólogo está hecho con trazos duros y acerbos. Hemos pasado varias páginas. Han quedado atrás

los teólogos. De pronto, cuando más descuidados estamos, los teólogos vuelven a aparecer. El autor continúa. Son otras ahora sus preocupaciones. Y cuando ya imaginábamos olvidados definitivamente a los teólogos, los teólogos se nos ponen otra vez delante. Diríase que todo el libro, libro de un hombre sobrio y delicado, ha sido escrito en detestación del saber craso. Al final, Erasmo se detiene dudoso. Había comenzado el libro de un modo—dulce modo—y acaba de otro. No podía el autor sospechar que su pluma fuera tan lejos. El mismo Erasmo reconoce que hace rato está "traspasando los límites que se había impuesto".

¿Acaso, con la pluma en la mano, junto a una ventana desde donde se atalaya un verde y suave paisaje, se ha olvidado Erasmo de la tolerancia? La tolerancia ha sido el tema de Erasmo durante toda su vida. La tolerancia, en siglo violentamente agitado, truculento en sus pasiones, ha inspirado a Erasmo las más bellas páginas que haya producido el pensamiento de Europa. ¡Qué profundamente delicado y conmovedor el coloquio "La mujer que se plañía del matrimonio"! Ese diálogo completa expresiva y bellamente el maravilloso tratado de Erasmo sobre el matrimonio cristiano. ¡Admirables mujeres algunas de las que Erasmo pinta en ese coloquio! Pensamos en la mujer de un amigo de Erasmo, Juan Luis Vives. Pensamos en Margarita de Valdaura y en alguna otra mujer de esa misma familia.

En tiempos de ruda intolerancia, intolerancia que alcanza a todos los partidos, bienhechora es, dulcemente bienhechora, la lectura de Erasmo.

(De "Ahora". Madrid).

Sabemos que suscriptores de esta Revista gratuita, UNIVERSIDAD, han dejado de recibir, por motivos que ignoramos, algunos de los números que van publicados.

Suplicamos a estas personas que se sirvan dar el correspondiente aviso—aclarando desde luego su nombre y dirección—al Servicio Editorial de la Universidad Nacional de México. Calle de Bolivia, número 17, México, D. F., a fin de indagar la causa de la deficiencia y corregirla cuanto antes, si está en nuestra mano.

Por nuestra parte, ya nos hemos dirigido sobre el particular al señor Director General de Correos, y estamos seguros de que contaremos con su colaboración muy eficaz.

I M A G E N E S

JULIO RUELAS

DE rostro anguloso, fino perfil, ancha y despejada frente, nariz aguileña, y un delgado bigote; de mirada grave, absorta, ausente, que acusa ya su espíritu taciturno y meditativo. Era su rostro una mezcla burlona y trágica. Así se nos aparece el genial dibujante que ilustró la *Revista Moderna*, un especial Doré de nuestro fin de siglo.

Julio Ruelas nació en la ciudad de México en 1871, y murió en París, el 16 de diciembre de 1907. Años en que empezaba a darse a conocer, también, como genial grabador.

Julio Ruelas no sintió la pasión arqueológica que Félix Parra, ni el amor a lo popular que Herrán, o el academismo realista que Velasco, pero lo une a ellos un esenciado y amoroso regreso a lo mexicano. Alguna vez nos dejó un óleo sobre el indio mexicano, mucho antes que la Escuela Moderna descubriera este tematismo; pero lo verdaderamente mexicano en Ruelas es su estilo atormentado, su esencia romántica, añorante y trágica, expresa exquisitamente ese momento en que la nacionalidad se siente abatida por los días de la pre-revolución.

Su mundo es un mundo dramático: cruces místicas, caminos erizados de espinas, ciudades góticas, castillos medievales, imágenes implorantes, guerreros y castellanas, ahorcados esbozando muecas terribles, tormentos en potros, cadáveres desencajados, un mundo de martirio a veces salpicado irónicamente de rasgos cómicos.

No es un hecho casual que su origen fuera la Ciudad de México. Esto mismo se lo da el tono de la meseta, crepuscular, triste, añorante. No provenía de la alegría soleada de la costa, ni de la sequedad del Norte, sino precisamente del Altiplano. Le corresponde, pues, por sus raíces más hondas el medio tono de la meseta y, con más exactitud, de la Ciudad. Una ciudad europea, cosmopolita y esencialmente católica. Acaso de este catolicismo deriva, también, el sentimiento trágico de Ruelas. Entre sus dibujos se destaca un Cristo en la Cruz, imagen dolorosa de su personalidad: retrato vigoroso, si lo hay, de su espíritu: con el cuerpo vencido, clava piadosamente la mirada en el cielo.

Julio Ruelas, al morir en París, tenía treinta y seis años. Así cumple el destino trágico del Arte en México: Acuña, Nájera, Cuenca, López Velarde. Sin embargo, no murió en oclusión alguna. Murió cuando su vida rayaba el Cenit; muere confundido en la grandeza y en la curva descendente. Pero murió, sin que preveamos qué direcciones habría de tomar en tiempos futuros, cuando su obra culminaba en el más acabado y personal de los estilos.

Entresacamos dos notas, la primera de José López Portillo y Rojas, la segunda de Arturo R. de Carricarte, en que explican dos contemporáneos los rasgos esenciales de su pintura:

“Dos notas—dice Lopez Portillo y Rojas—dominan en sus obras: la romántica, llena de reminiscencia de los tiempos medievales tan caros a los poetas, y la dantesca, visionaria y casi aterradora... Hay entre la *Revista Moderna* y su dibujante, una consonancia pasmosa. Es la *Revista* como un ramillete de poesía sutil, formas exquisitas, vocablos extraños, sentimentalismos neuróticos, erotismo triste, ensueño vago, confusa melancolía y tenue e inconfesa esperanza; y el arte de Ruelas, impregnado de todos estos matices de pensamientos y afectos, es docto, sensual, refinado, sombrío y delirante”.

“Lúgubre, trágico—agrega Carricarte—, Julio Ruelas hace experimentar aguda sensación de frío en los nervios del que contempla sus dibujos y esclaviza y ata y encadena a su genio portentoso la admiración del que los ve. Hay algo de rebeldía grandiosa, la rebeldía de Satán, en el dantesco carácter de sus creaciones...”

Este estilo de su dibujo, propio del tono crepuscular de nuestro segundo romanticismo, exaltado genialmente en la sensibilidad sombría de Ruelas, produce el más destacado de los pintores de nuestro fin de siglo. Acuarelas, óleos, dibujos, aguafuertes. Todo lo rozó con mano cierta; pero justamente cuando se descubría como aguafortista, acaso lo más destacado de su obra, la muerte interrumpe tempranamente al artista.

CARLOS BRACHO

Nació en Cosautlán, Veracruz, en 1899. Su educación primera la realiza en Teziutlán, y más tarde en el Colegio Preparatorio de Jalapa. Años más tarde, empujado por la Revolución Me-

xicana, milita en las filas del Ejército Constitucionalista, habiendo llegado a Mayor de Ordenes de Jalapa.

En 1918 ingresó a la Escuela Nacional de Bellas Artes en la Ciudad de México, distinguiéndose pronto por su rebeldía al academismo. En 1922, habiendo cursado completamente su carrera en Bellas Artes, marcha a Europa, y regresa hasta 1932. Actualmente está construyendo en Alvarado un monumento a los Héroes de Sotavento.

¿Su estética? La busca en los estilos del aborigen; en el arte mexicano antiguo, azteca especialmente, cuidando de aportar su nota moderna: reflejar la emoción antigua con un sentido actual y vivo.

En Europa se le anexa a la escuela moderna, Joseph Bernard, Marcel Gimond, Francois Pompon, J. de Graeff, Hernández, etc. El crítico André Pascal Levis, dijo de él: "Tiene la potencia de las antiguas obras mexicanas, y la voluntaria sencillez del estilo contemporáneo".

Publicamos dos obras, la primera una cabeza cuyo material, en color verde, es el ónix mexicano (tecalli) que da una gran belleza a las líneas sobras y fuertes del rostro. La segunda es una escultura sobre dos cuerpos enlazados, de los que se podía decir lo que ya había expresado de otro grupo Loera y Chávez: "El agrupamiento de las dos figuras está hecho con admirable maestría; el seno exuberante brota y se desborda sobre el brazo cordial inclinando la adherencia de los dos pechos; el acomodo de los pies tiene la gráfica sencillez de un códice, y la cabeza respira la fatal melancolía de nuestros indios".

S. T.

HERMANOS AVALOS

Para un arte que, como el nuestro, busca expresarse con la palabra más alta, pero también más propia, su mejor paradigma es el arte popular.

En la dócil materia del barro, modelada a través de siglos por los nerviosos dedos mexicanos, reproduciendo incansablemente la fauna de su propio paisaje, está la réplica más cercana, de esa otra fauna nueva que los Hermanos Avalos dan en la materia dúctil y transparente del vidrio.

Revestidos de una morosidad voluptuosa, surcan los peces y las ranas el único mar del aire en que se mueven, sin entrañas; y los detenidos caballos, de suspensa, inmóvil, inclinada crin, sobre su cuello; y las palomas y las aves de gar-

ganta fría, sin canto, llena de la ubicua luz.

Es una ciega fidelidad al impulso de su más íntima y telúrica estructura, la que mueve sabiamente las manos que modelan el ala, los mudos picos, los ventrudos cuerpos recubiertos de escamas y de plumas. Un arte así, alimentado con la sangre de la más oscura y oculta mexicanidad—universalidad—expone su arquetipo de belleza a las miradas limpias y curiosas que han buscado su vital panorama sin hallarlo.

E. P.

NOTAS

Como el mes anterior, nuevamente tenemos que declarar desierto, este mes, el Concurso para Ensayos a que viene convocando la Revista "Universidad".

Esperamos que para la próxima edición, tendrán ya mejor fortuna las páginas ampliamente acogedoras, pero forzosamente exigentes, de nuestro Concurso de Ensayos, el cual, por lo demás, nos deja ya la satisfacción del fuerte estímulo que ha despertado.

Emilio Rabasa, tan conocido por su nombre como por su pseudónimo literario de Sancho Polo; el ilustre chiapaneco que supo dejar claros destellos de su inteligencia de maestro y de su fina sensibilidad de poeta, lo mismo en la cátedra, donde su ciencia jurídica es inolvidable para quienes escucharon sus lecciones, como en sus novelas, que reflejan lípidamente los paisajes y los tipos de México; como, por último, en las leyes del país, en la Constitución de 1917, en la cual fueron recogidas muchas de sus sugerencias y enseñanzas... "Emilio Rabasa" es estudiado nítida y acuciosamente en la breve biografía que acaba de escribir Miguel N. Lira, y que en este mes saldrá de las prensas de la Editorial Universitaria.

Pedro de Gante, el fundador de la pedagogía en América; el fraile bueno y sabio cuya vida se dió toda como un manantial en favor de las razas indígenas de México, "Pedro de Gante" es el título de otra nueva biografía, escrita por la señorita profesora Paula Alegría, y que aparecerá también en el curso de este mes, editada asimismo por la imprenta universitaria.

Ambos folletos, así como los anteriormente anunciados, que ya han visto la luz, están gratuitamente a la disposición de quien los solicite del Departamento de Acción Social de la Universidad de México: Justo Sierra 16 o del Servicio Editorial Universitario, Bolivia Núm. 17. México, D. F.

I M A G E N E S

JULIO RUELAS

El Vampiro: Aguafuerte

Esbozo Trágico: Dibujo

D i b u j o

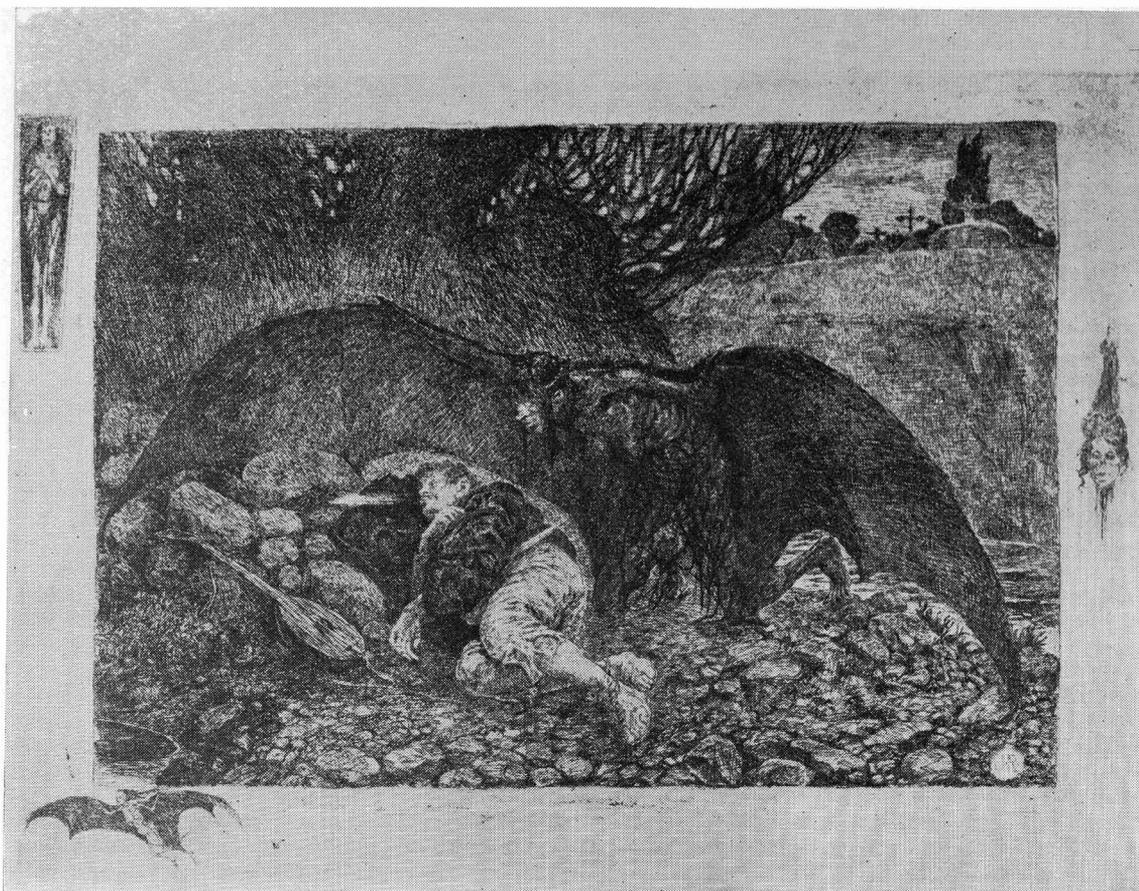
CARLOS BRACHO

E s c u l t u r a s

HERMANOS AVALOS

Arte Popular en Vidrio





“El Vampiro”
Aguafuerte
JULIO RUELAS



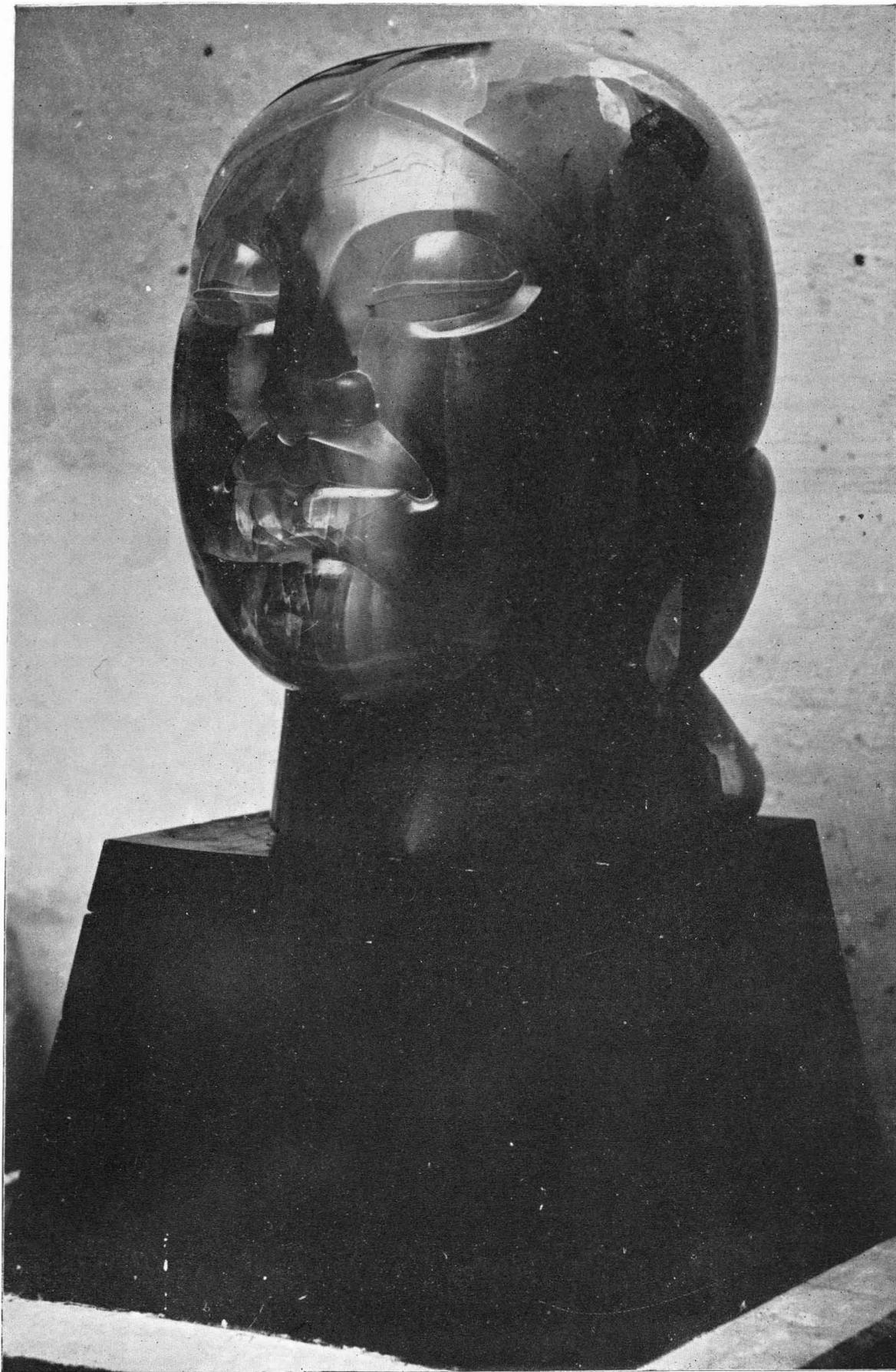
ESBOZO TRÁGICO

Esbozo Trágico
JULIO RUELAS



J. RUELAS 901.

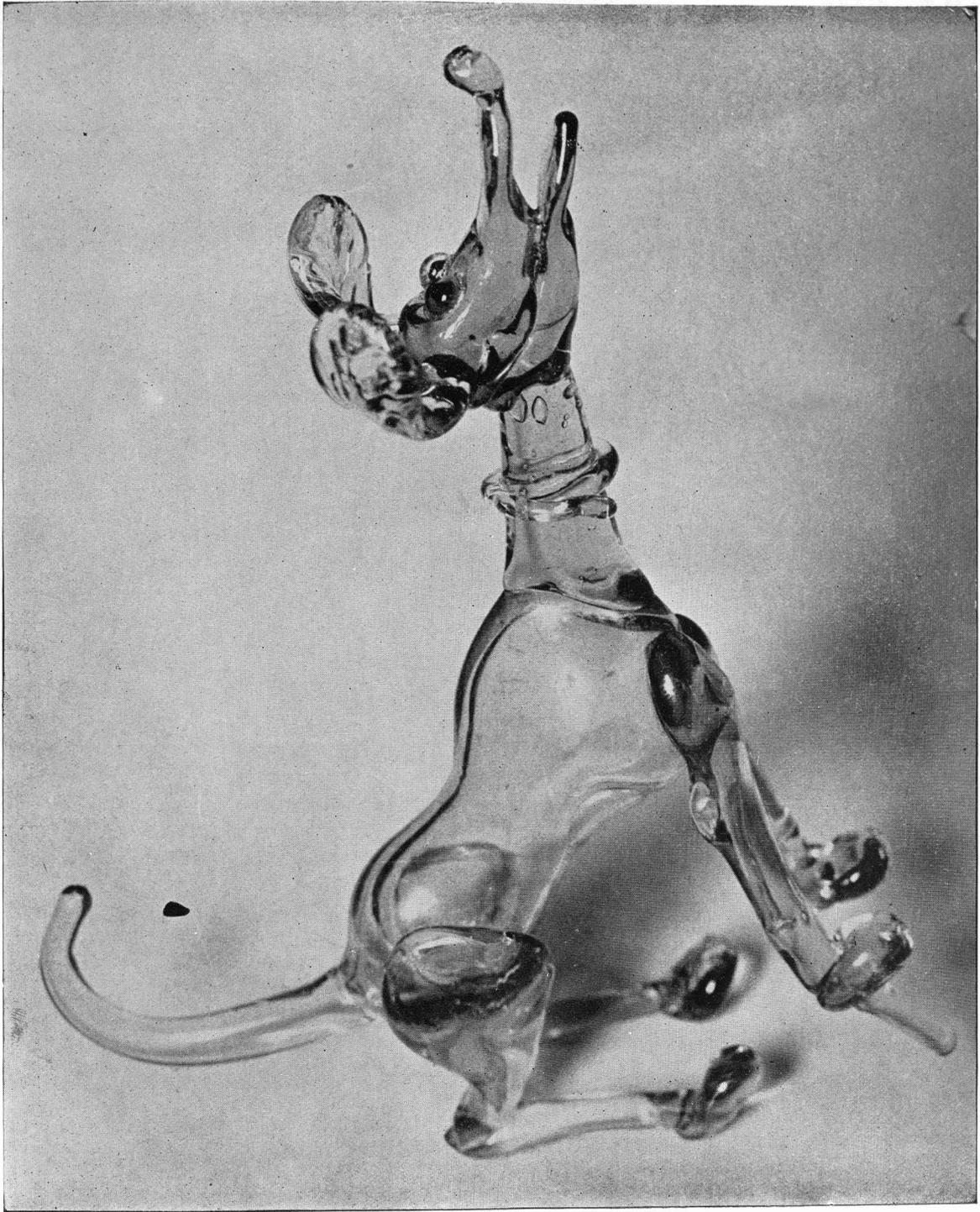
D i b u j o
JULIO RUELAS



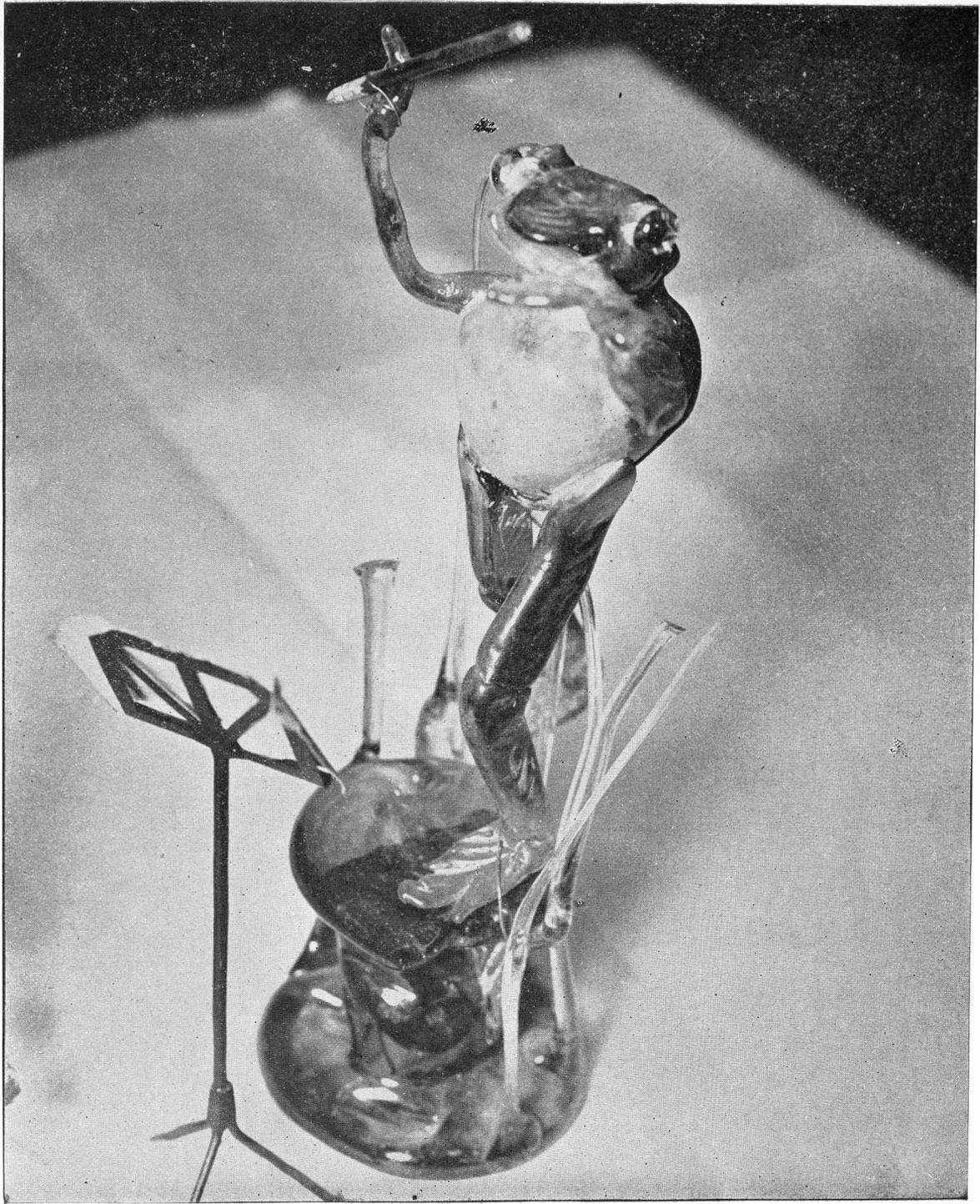
E s c u l t u r a
CARLOS BRACHO



E s c u l t u r a
CARLOS BRACHO

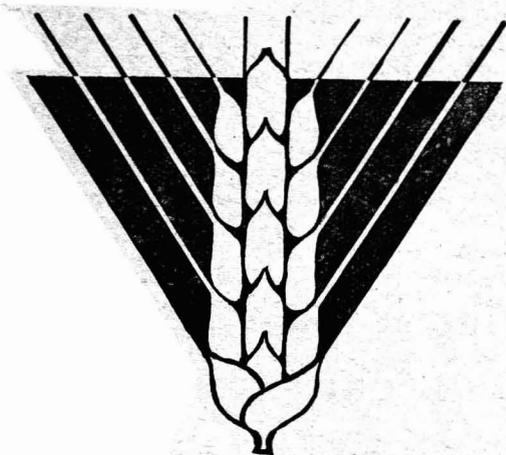


Arte Popular en Vidrio
HERMANOS AVALOS



Arte Popular en Vidrio
HERMANOS AVALOS

EL GRANO



EN LA ESPIGA



CREACION Y BIOGRAFISMO

ES un fenómeno perfectamente comprobado, no sólo por aquellos que al tanto de los acontecimientos de la cultura, procuran estar al día y ocurren —a veces con demasiada frecuencia— a los expendios de libros, lo del auge extraordinario de las biografías de nuestro tiempo. Parece como si el alma nuestra, exhausta ya en la plasmación del diario milagro de la vida y en el ejercicio constante de la anotación de lo fundamental, cuya mejor fuente es lo individual interno, más bien quisiera atenerse a las experiencias de las vidas ajenas, y en una forma puramente exterior (intelectual) dijera saberlo todo por enunciaciones y relatos.

Esta, al menos, es la explicación más frecuente y que se nos viene a la mano, por así decirlo, sin pesar debidamente los profundos motivos en los que se nutre la creación del género biográfico, en cuanto nos acomete una interrogación—la más sencilla—sobre el por qué de su nacimiento y la causa de su enorme difusión. Pues claro que causas más profundas animan su creación, y aunque en verdad entran un poco el cansancio y el vacío actuales, también resulta evidente lo de la formidable eficacia de este género literario, que precisamente en los momentos de la muerte de todas las abstracciones, hace posible el sostenimiento de las fundamentales normas morales, no a base de enunciados, sino justamente dando a mostrar los modelos más altos, en una forma flúida y viviente.

Así, pues, el caso, advertido primeramente bajo signos negativos, recobra a la vista de un se-

Por VICENTE MAGDALENO

gundo reconocimiento una valencia de nobilidad, en el sentido que representa una de las pocas posibilidades creadoras del espíritu contemporáneo, el cual, enterado en su esencia de la total bancarrota de los símbolos, los cuales han pasado a ser letra muerta o casi muerta, advierte igualmente la necesidad de traer al hombre de nueva vez la prédica de la significación del hombre, no con propósitos de narcisismo espiritual, sino con la mira de hacer patente la potencia de la persona interior, la cual no debe, en ningún caso, sufrir menoscabo alguno ante las destrucciones, puesto que si ella creó tales símbolos e ideó todas las doctrinas, hoy como mañana será capaz de semejantes milagros, siempre y cuando permanezca leal en todo a las fuerzas creadoras de la historia.

Este y no otro es el sentido que mueve a la creación de las mejores biografías de la época. Y la frente generosa de Romain Rolland reclama puesto en la contribución positiva de su tiempo, aunque la legión de los imitadores vulgarice, con miras mercantiles, sus fundamentales esfuerzos biografiistas. Y lo propio hay que decir, con cierta medida, de los Ludwig, los Murois y los Swaig, gracias a los cuales vive íntegro en nuestro espíritu el genio de Miguel Angel, de Beethoven, de Nietzsche y Dostoiewski, de Bolívar y de Disraeli.

Y en este sentido, igualmente, y a su ejemplo, es de ver cómo cada nación y cada tiempo, para

fundamentar las bases de su acción y prestar los materiales—humanos y geniales—del hombre, saben hablarle a éste, sin conceptos, de los grandes fines de los antepasados, todo con objeto de hacerle hallar un arraigo firme en el suelo, espiritualizando así, parejamente, los más fuertes anhelos de desplazamiento nacional y económico.

¿Habrà que decir todavía de los propósitos que conducen a la Universidad Nacional, cuando intenta ésta llevarnos al hallazgo del genio de México, por medio de la prédica—individualista y colectivista—del ejemplo de sus personalidades mayores, con la publicación de brevísimas biografías consagrada al pueblo.

La Tristeza Americana

Por JOSE VASCONCELOS

Ofrecemos esta interesante consideración, que forma en uno de los capítulos del libro "Bolivarismo y Monroísmo", de JOSE VASCONCELOS. Cargos, como el más reciente de Keyserling, de la llamada tristeza americana, son vistos y a la vez considerados desde un más amplio ángulo, por la pupila alerta en favor de los intereses de nuestro Continente, del gran ideólogo mexicano.

MAS insistente que el cargo exagerado de la incurable monotonía de la pampa, es el tema de la soledad que se supone endemia de estas regiones australes. Monotonía y soledad, en todo caso, resultan estados de ánimo propios del visitante y del viajero, nunca del nativo. Por lo mismo, caemos en sugestión ingenua cada vez que repetimos que es triste el panorama local y que le falta cordialidad. ¡No nos conformamos con pensar o repensar las ocurrencias del europeo, sino que hemos de imitarle incluso lo inimitable: la sensibilidad! Y porque algún esteta de los bulevares desembarca fatigado y bosteza, sin haberse dado cuenta de que vivió en Río de Janeiro la mejor estampa del Universo, ya también nosotros estiramos el gesto y nos sentimos anegados de spleen. William James se hubiera regocijado de vernos así, confirmando su endeble tesis sobre el origen de las emociones. Pero ya es tiempo de advertir que semejantes posiciones literariosimiescas no son otra cosa que contagio de las pequeñas infecciones espirituales que también suelen acarrear los barcos y no sólo las ratas de la bubónica. Ya es tiempo de que alguien se ocupe del exterminio de los microbios que vienen de fuera, dado que ya tenemos bastante con las propias dolencias. Procuremos tratar al yodoformo la tesis de la soledad de Buenos Aires, Santiago, Lima o México.

Por regla general es el hombre un ser vigoroso que lleva en torno suyo el ambiente y lo impone por donde va, pero no faltan anémicos que se sienten inquietos y solitarios con el menor cambio de la atmósfera usual. Es natural, por lo mismo, que algunos europeos de poca enjundia se sientan solos y tristes, inútiles para la pasión de lo nuevo,

a la media hora de desembarco en Buenos Aires o en Río. El prejuicio de que vienen a enseñar y no a aprender, les impide darse cuenta de que aquella soledad que adivinan tras el caserío europeo cuenta, por lo menos, con la ventaja de limpieza inmensa. Leguas de espacio para cada pulmón. Y más árboles que gentes. Con qué regocijo mirarían sus ojos, respirarían sus pulmones si no trajesen ya en la mente ese estado pretuberculoso de sus grandes aglomeraciones y colmenas de la urbe que se derrama devorando campiñas, ensuciando el planeta de humanidad. En cambio, nosotros, con qué íntimo orgullo pisamos la tierra del desembarco, sintiéndole el ritmo impelente, de signo contrario al ritmo sedante de Europa. Clima de sanatorio aquél, y éste casi un campo de batalla. Región de la conquista que aún no concluye. ¿De dónde, pues, nos ha de resultar a nosotros la tristeza por el retorno?

Al contrario, es en la propia nación donde cada quien se siente dichoso y acompañado, porque sólo en ella desarrollamos con plenitud el acervo de nuestras capacidades. Y no puede haber soledad donde una empresa cualquiera nos liga con algún semejante. El mismo amor sexual, vale más por la compañía en la tarea de la familia que por el placer fugitivo del encuentro. La tarea común es lo que ata a los hombres y les enciende la simpatía. Los que se juntan para divertirse, a la larga se aburren. En cambio, una faena cualquiera, un trabajo productivo o creador, nos junta a todos en la alegría. La soledad y la tristeza, por eso mismo son propios de los sitios en que nos quedamos al margen de la tarea colectiva. El ser nada más que espectador es lo que aburre y fatiga de la permanencia en territorio extranjero. Soledad es estar de inútil, aunque nos acompañen familiares y amigos. Por eso Europa nos cansa y nos amarga el carácter; no hay en ella sitio para nuestra acción. Y por eso acabamos por sentirnos más tristes en París que en el Putumayo o en La Quiaca.

Muy interesante es un país mientras dura el curso del estudiante o la excursión turística, pero apenas la estación se prolonga, nos cae encima la convicción, que se convierte en remordimiento, de que estamos allí de más. Y por lo mismo que admiramos la vida plena del artesano, del profesor o del artista, quisiéramos liquidar la espera para llegar cuanto antes al sitio amado de la patria, amado porque en él podremos ser cabales artesanos, cultivadores o artistas. Nostalgia de América nos acongoja, imaginando las tareas gloriosas que en estas tierras aguardan el fervor de los genios creadores. Ansía de traducir lo que vemos, pero en lo que tiene de esencial, que es su crear. Lo que podrá conducirnos aun a contradecir, pero rara vez, casi nunca, a imitar. Y prisa de un retorno sin nostalgias de viaje, porque estuvimos fuera lo bastante para darnos cuenta de la tragedia del meteco. El meteco ha olvidado su lengua y gesticula en el idioma adquirido. Toda la tristeza de París encarna en esas multitudes de rentistas pequeños o grandes que acuden de cada rincón de la tierra, con su vida liquidada y la bolsa repleta. Y se apresuran droguistas, modistos, médicos y hoteleros, a prolongar la agonía de los

parásitos dorados que lentamente se despojan de los restos de su salud en las boites nocturnas—rostros pintarrajeados para el alquiler y champaña obligatoria—y se desprenden de sus monedas en la necia aventura de las ruletas internacionales. Y no les queda sano ni el oído, que para siempre les destroza el jazz. Tristeza infinita del placer anónimo y mercantilizado. Por lo menos, en el jolgorio de los amigos de la ciudad conocida no se borra del todo la responsabilidad, y por lo mismo nunca se baja tan bajo.

De donde se sigue que apenas se ha hecho el recorrido de los museos de Atenas a Londres, y si no vamos a dedicar una porción de la vida a un trabajo de crítica o de estética, lo más prudente es tomar el barco que nos devuelva al cielo y al aura de nuestra nacionalidad, único sitio donde podrá germinar nuestro grano. Y por lo mismo, la única ocasión de nuestro regocijo.

Se habla también de nuestra tristeza. Cuando cede la tiranía, no hay nada más alegre que un domingo mexicano, con desfile y músicas y sol. Como no sea un domingo de Madrid. Todavía si lo añorado fuese España, puédesse comprender la añoranza. Pues dónde podría superarse la fiesta que es cada mañana en el Retiro; la música de las conversaciones femeninas en la Castellana; el lujo de los trenes bajo el sol; la cercanía de las telas claras de Goya; la horchata bebida en las mesillas al borde de la acera convertida en salón; la inquietud de la próxima lidia de toros; el ruido melodioso del alma latina. Bien se puede echar de menos todo esto, pero los que hablan de soledad y de añoranzas, piensan más bien en panoramas lluviosos y en ambiente donde el alma misma tiene que ceñirse el corsé de la lengua extranjera, que ¡ay de nosotros si llegamos a dominarla, porque es a costa del daño que deforma la sensibilidad!

Se habla mucho de nuestra tristeza americana, pero ¿hay desolación comparable a la de un domingo londinense? ¿Y hay algo más doloroso que la multitud dominical del Boulevard a la altura de los italianos y hacia abajo? Rostros pálidos, cortas las mangas y el pantalón por ahorro de tela, lento el andar que no tiene adonde ir. Ni panorama ni alegría. Y son menos pobres que los pobres de Madrid. Y son menos pobres que la plebe de México, pero han perdido o nunca han tenido esa creación del sol, la risa despreocupada y estrepitosa.

¿Qué sabe de triseza el argentino que no ha pasado un domingo en el Bowery? ¿Y dónde hay soledad como la soledad de los emigrantes sueltos que abogan la cabeza en las bancas del Battery Place?

Muy distintos se les ve por aquí, en los pic-nics—¿por qué han tomado este nombre texano en vez del clásico; romería o merienda o tardeada?—Mucho más felices las multitudes que se derraman por la margen del estuario desde el puerto hasta el Tigre, acompañados de su garrafa de vino y su acordeón. Juegan y bailan; no se embriagan.

Es cierto que existe la profunda tristeza del interior. La patética zona narcotizada de alcohol. Precisamente esa tristeza inmensa, viene de ser paria en el propio territorio. Depende de que no

tienen alto ideal en qué emplearse o tarea absorbente y útil las energías que rebasan del más humilde de los hombres.

Examinar estos casos nos llevaría a la consideración de situaciones sociales, ajenas al propósito de estas reflexiones: la falsedad de la tesis de la tristeza americana. ¿Tristes heimos de ser porque el señor De Keyserling aquí se aburría? También se aburre en Darmstadt; si no, no saldría a recorrer naciones.

Triste es el momento actual del mundo, pero no porque le falte panorama, ni porque de pronto nos hayamos hecho solitarios. En una buena, limpia, perfecta soledad, suele haber más alegría que en el abigarramiento de las distracciones sociales. No disputamos a nadie el derecho distinguido de la tristeza del alma. Lo que no se puede aceptar es que esa tristeza incurable y fecunda se achaque a que nos ha tocado vivir en una o en otra playa del Atlántico.

No es soledad la de la pampa, donde cada rumbo es un camino y donde cada encuentro se resuelve en trato humano. Soledad es la del que pasa entre la multitud por la avenida trazada y ni un solo rostro responde a un saludo. ¡Ya es tiempo de que se sepa la desolación que es cada Babel, para que los hombres retornen dichosos a la sociedad de aquellos a quienes une la faena común, el ideal compartido. Tienen razón los pueblos llenos que execran al meteco. Cuando se queda sin dinero, estorba; cuando llega con dinero, corrompe. Ahora bien; meteco es el que no se suma a la tarea. En América no es meteco el extranjero, porque viene a trabajar y a crear.

Sólo disfrutan del juego los que han bregado reunidos. Sólo está solo el que no tiene parte en la tarea. De allí la agobiadora soledad del americano en Europa, así que concluyó su curso, así que terminó la jira, así que probó la monotonía irreparable de la voluptuosidad.

Si por aquí nos sentimos solos, más solos nos sentiremos lejos; yo escribo estas líneas para los que nunca podrán ir a Europa y les digo que eso no es causa de tristeza. Lo que es dolor, más que tristeza, es no llenar nuestro ambiente con la alegría de corazones fuertes. Si no sabemos jine-tear en la pampa, no sabremos danzar en los palacios. El que no miró la tierra desde su cumbre andina y se alegró, bien puede ahorrarse los viajes dilatados; su mal está en el ánimo. Cúrelo con una ambición generosa y modesta. Es bueno, si se puede, recorrer el mundo; pero no es varonil dolerse de que no es bastante hermoso el panorama nativo. Ni varonil ni estético; porque el esteta descubre donde no hay, crea de la nada. El arte es la caricatura que complace a nuestro instinto de la Divinidad. Y ésta ya se sabe, está en todas partes.

Jóvenes de América: no hay que añorar el viaje que ya se hizo ni preocuparse por el que no se hará. Lo que importa es el empleo dichoso de cada uno de los instantes de nuestra perduración. Unas cuantas gotas del océano de la eternidad. Alegría en el dolor es la divisa de los fuertes. Y el don de los buenos.

Y siempre está acompañada el alma, se despierta al milagro de su convivencia con la Divinidad.

Los Problemas Trascendentales de México

P o r L U I S C A B R E R A

Del libro "Los Problemas Trascendentales de México", del escritor y político mexicano don LUIS CABRERA, entresacamos los siguientes desarrollos, en los que continúa el autor una interesante polémica sobre las cuestiones de la propiedad, el derecho de contratación y el sufragio. Nuestro propósito de ofrecer al público de esta Sección material adecuado para el logro del esclarecimiento—sin ningún dogmatismo—de muchos de los puntos de nuestra realidad, encuentra pertinente la publicación de estos renglones.

Propiedad territorial

EL régimen legal de un país debe determinar, ante todo, la relación de derecho existente entre el factor humano y el factor territorial, es decir, entre la población y el territorio ocupado por ésta. Esto es, el derecho de propiedad territorial.

Prácticamente el México precortesiano y después el México indígena nómada y patriarcal no han conocido otro régimen legal que el de la mera posesión y apenas pudieron llegar a un asomo de propiedad comunal.

Por otra parte, la propiedad de los conquistadores, como derivada de la propiedad del rey, tuvo los caracteres de una propiedad absoluta de derecho romano. Ambas propiedades han coexistido durante mucho tiempo.

La Ley Agraria de 6 de enero de 1915 restableció el principio de que la propiedad individual típica, la hacienda, debería estar subordinada a la propiedad comunal de los pueblos. La Constitución de 1917 estableció ese principio como modalidad de la propiedad privada, declarando, además, que el Estado ha tenido siempre el dominio directo de la tierra y que la propiedad privada no es más que una merced del soberano.

La dotación ejidal en sus principios tuvo por objeto tomar de la propiedad privada las tierras necesarias para satisfacer las necesidades de los pueblos, pensándose en el usufructo comunal de la tierra.

Recientemente, sin embargo, al transformarse el ejido comunal en una dotación de parcelas individuales, se abrió una corriente de propiedad parcelaria, que por el carácter retardatario de nuestras masas campesinas e indígenas tenderá naturalmente a convertirse en un sistema de propiedad individual que entrará en conflicto con las modernas tendencias en materia de propiedad raíz.

El problema de la propiedad raíz en México consiste en determinar la verdadera naturaleza que debe tener la propiedad territorial y si ésta puede ser ejercitada por el individuo o por la familia, o por la comunidad, o por el Estado.

Derecho de contratación

La libertad de contratación en materia de bienes no es tan importante como la libre contratación en materia de trabajo.

La contratación del trabajo es un problema que tiene íntima relación con las cuestiones de libertad individual.

En México no ha existido nunca libertad de contratación, ni para el trabajo de campo, ni para la mano de obra industrial, ni para el servicio urbano. Pero antes de que pudiéramos lograr la aplicación de las leyes teóricas en materia de libre contratación del trabajo, la Constitución de 1917 puso las bases de un nuevo derecho contractual y luego el Código del Trabajo ha venido a desarrollar los principios del artículo 123.

En apariencia el trabajador ha quedado protegido contra el patrón y puede decirse que, en la actualidad, el obrero no se encuentra ya en las condiciones de supeditación económica absoluta respecto del patrón, sino que ahora goza de verdaderos privilegios. No puede decirse todavía lo mismo del peón campesino con respecto al hacendado.

La agrupación de obreros y trabajadores en forma de sindicatos y el sistema de contrato colectivo con las empresas y patronos ha producido una nueva situación para el obrero con respecto a la agrupación sindical de que forma parte. En la actualidad el trabajador, como individuo, carece en absoluto de protección legal contra la arbitrariedad de los directores o líderes de los sindicatos. El trabajador sindicalizado no contrata individualmente con el patrón; es el sindicato o más bien los líderes del sindicato los que dan o quitan el trabajo al individuo, sin responsabilidad de ninguna especie. Queda, por lo tanto, un inmenso hueco en la legislación obrera para que pueda llegar a considerarse que el obrero está realmente protegido en su derecho individual.

Algo semejante pasa con los campesinos sindicalizados, que si se han librado de la esclavitud de la hacienda, han caído en la subordinación a los líderes agraristas.

Sufragio

El primer problema político de toda nación que no quiere vivir en un régimen de absolutismo es el del sufragio, o sea la intervención que "el pueblo" deba tomar en la designación de sus gobernantes y de sus legisladores o en general aprobando o reprobando los actos de sus gobernantes.

En México el mero pudor de no querer confesar que no estamos aptos para la democracia nos obliga a continuar la hipocresía del sufragio individual.

En México nunca ha existido el sufragio efectivo, y lo que es peor, el sistema adoptado teóricamente para consultar a los ciudadanos sobre la formación del gobierno siempre ha sido inadecuado a las verdaderas condiciones de nuestra población. Todo el mundo está ya convencido de que el sufragio teórico individual para elegir a los gobernantes es ineficaz y ha sido descartado por completo en todo el mundo, pero no se ha estudiado

la sustitución de nuestro sistema de sufragio universal imposible por otro más adecuado y más practicable.

Para la efectividad del sufragio en México, más que todo es necesario tener en cuenta las diversas etapas de civilización en que se encuentran los componentes del pueblo mexicano.

Es imposible, en efecto, que funcione un sistema de sufragio que requiere el más alto grado de cultura y conciencia nacional, cuando nuestro "pueblo" no es un conjunto homogéneo de ciudadanos, sino una superposición de grupos sociales en diferente estado de civilización.

El sufragio individual sólo puede aplicarse para consultar a los ciudadanos sobre cuestiones fundamentalmente sencillas, de sí o no. Pero para las demás cuestiones democráticas y especialmente para la designación de los gobernantes o de los legisladores o jueces o para el referéndum, el sufragio individual es inaplicable en México.

Habría, pues, que comenzar por determinar quiénes pueden considerarse como ciudadanos mexicanos (ciudadanía efectiva, ciudadanía femenina, etc.), luego determinar qué participación pueden tener los ciudadanos en la cosa pública, es decir, cuál puede ser su intervención aunque sea mínima, pero efectiva, en la designación de sus gobernantes, y después resolver la forma de expresar esa opinión según el grado de cultura de los componentes disímiles del pueblo mexicano. Voto individual, voto colectivo, voto gremial, etc., etc.

Muchos pensarán que soy partidario de la limitación del sufragio, de la desigualdad de derechos, del sistema absoluto de gobierno, etc., etc. Nada de eso. Yo propugno un sistema democrático modesto pero efectivo y de acuerdo con la realidad de nuestro medio, y denuncio como antipatriótico todo lo que tienda a mantener un sistema falso e hipócrita de democracia teórica.

Cómo se Formó la Tierra

DEBEMOS hacernos la siguiente pregunta: ¿De dónde proceden el sol y la tierra, y cómo eran al principio?

Durante largo tiempo se creyó que el sistema solar, incluyendo el sol y la tierra, había sido al principio lo que es actualmente; pero ahora nadie cree esto. Nosotros opinamos que ambos se han desarrollado gradualmente hasta llegar a ser lo que son, y tenemos noción clara y razonada del modo como se han desarrollado. Ahora, para cerciorarnos de lo que era el sistema solar en un principio, no tenemos más que tomar un telescopio y mirar hacia el cielo, y entonces veremos millares de cuerpos maravillosos que se encuentran actualmente en el mismo estado en que el sistema solar estuvo en edades remotas. Estos cuerpos se llaman nebulosas, de la palabra latina *nébula*, que significa nube, y presentan el aspecto de pequeñísimas nubecillas lanosas y brillantes. Algunas de ellas se diferencian completamente de las mismas.

Se comprende que, si un gran número de estrellas, muy distantes de la tierra, formaran un núcleo apiñado, nos parecerían pequeñas nubecillas brillantes, o nebulosas; y entonces, si tomáramos un potente telescopio, encontraríamos que son realmente enjambres de estrellas.

Sin embargo, sabemos, por el examen de la luz que emiten, que en el cielo existen, por lo menos, 120,000 nebulosas.

No son racimos de estrellas, sino nubecillas luminosas. Quizá nos formemos mejor idea de lo que semeja una nebulosa, si le damos el nombre con que algunos poetas le han denominado, o sea *niebla ignea*. Una nebulosa parece, en efecto, una gran niebla de fuego.

Las que vemos en el firmamento son de diferentes magnitudes y formas. Algunas de ellas son ciento o miles de veces mayores que todo el espacio ocupado por el sistema solar. Gran cantidad de ellas, probablemente la mitad, tienen una forma muy parecida a una rueda de fuegos artificiales, aplanadas y enroscadas en espiral.

Si observamos estas nebulosas en espiral, vemos en ellas puntos brillantes aquí y allá, lo que indica que esas nubecillas luminosas son más espesas en unos sitios que en otros. A menudo estos puntos luminosos son tan grandes y brillantes que parecen estrellas, y acaso lo sean. Es probable que todas las estrellas nazcan de nebulosas.

Si pudiéramos contemplar el sistema solar desde una gran distancia, notaríamos en él cosas muy interesantes. Veríamos, en primer lugar, que todos los movimientos se verifican en una misma dirección; después, que este sistema es plano. Todos los planetas giran alrededor del sol en el mismo plano. Si tomamos dos aros, podemos colocarlos uno dentro del otro, de modo que, mientras el uno esté perpendicular el otro se halle en posición horizontal; en esta disposición, una cosa que girase a lo largo del borde de uno de los aros, giraría horizontalmente, y otra que girase sobre el aro vertical, giraría verticalmente. Ahora bien, esto no es lo que ocurre en el sistema solar. Este plano es parecido a una serie de aros de diferentes tamaños, colocados uno dentro del otro, del propio modo que son planas las nebulosas en espiral.

Además, la materia que constituye el sol es igual a la materia de que están hechos los planetas. Parece, por tanto, que nuestra pequeña tierra y los demás planetas, han formado en un mismo tiempo parte del sol.

El sol está compuesto de la misma materia que la tierra

Así, pues, los hombres supusieron que, quizá los planetas se desprendieron del sol en forma de fragmentos de éste, y a medida que fueron enfriándose, se solidificaron y comenzaron a girar alrededor de él. Sin embargo, estamos seguros de que no fue exactamente esto lo que aconteció; pero tal vez es verdad que el fundamento de esa opinión es exacto. El sol, y todos los planetas, debieron ser en otro tiempo una sola cosa.

Nosotros creemos que en un principio el sistema solar no era más que una nebulosa, igual

a una de las más pequeñas de los millares de nebulosas que vemos en el firmamento. Nadie que haya estudiado seriamente este asunto duda de ello; sin embargo, no conocemos con certeza el modo cómo tal nebulosa se fue convirtiendo gradualmente en el sistema solar que conocemos. Lo que parece indudable es que toda nebulosa tiene propensión a tornarse palana y adoptar también la forma de la rueda de fuegos artificiales. Muchas de las nebulosas adoptan dicha forma, lo cual nos induce a creer que habrá una razón poderosa para que esto sea así. Si pudiéramos vivir el tiempo suficiente para observar las nebulosas, las veríamos a todas transformarse poco a poco en nebulosas en espiral.

Hay una ley que debe cumplirse siempre en esta clase de nebulosas. Es una ley que se verifica en todas partes.

Es indudable que en el transcurso del tiempo, esta ley produce grandes cambios en toda nebulosa, idéntico a los que creemos se efectuaron en la nebulosa de que se formó el sistema solar.

Lo que aconteció cuando Newton vió caer una manzana de un árbol

Esta ley se llama gravitación, y quiere decir sencillamente que todas las pequeñísimas partes de materia del universo, tienen una tendencia natural a atraerse mutuamente. La gravitación es quizá la más común de todas las leyes físicas. Si tiramos al aire una pelota, cae forzosamente al suelo, lo cual sucede sencillamente porque la tierra y la pelota se han atraído con atracción mutua. La pelota es tan pequeña, que sólo atrae a la tierra una distancia muy corta, y lo único que nosotros notamos es que la pelota cae al suelo. Uno de los hombres más grandes que han existido, el inglés Isaac Newton, estaba una vez tumbado de espaldas, a la sombra de un manzano, en el jardín de su padre. No perdía el tiempo soñando, sino que al contrario, meditaba, y vió lo que miles de personas habían visto antes que él, sin haberse tomado la molestia de pensar en ello: una manzana que caía del árbol. Como resultado de sus reflexiones sobre este hecho, descubrió la ley de atracción que se cumple en todo el orbe, no solamente entre la tierra y una pelota, y la tierra y una manzana, sino también entre la tierra y la luna, la tierra y el sol, y también entre todas las partículas de materia de toda nebulosa.

Cómo la gran nube empezó a ponerse compacta y formó la tierra

Desde el primer momento en que se formó una nebulosa—probablemente por un choque entre dos o más estrellas—empezó a accionar sobre todas sus partes la misma fuerza de gravitación que actúa sobre nosotros si resbalamos y caemos rodando escaleras abajo. Dicha fuerza es infatigable y actúa constantemente. Algunos años después del gran descubrimiento de Newton, varios sabios empezaron a aplicarlo a las nebulosas y se preguntaron qué sucedería en el transcurso del tiempo al actuar dicha fuerza de atracción sobre tal o cuál nebulosa.

Herschel, el sabio que catalogó las grandes estrellas

Uno de los más famosos discípulos de Newton fue Herschel, quien construyó los telescopios más perfectos usados hasta entonces y pasó su vida estudiando las estrellas y las nebulosas. Él fue el primero que hizo una lista o catálogo de las nebulosas, y vió que podían ser divididas en clases, empezando por aquellas que semejan pequeñas nubecillas lácteas, y terminando por las que son verdaderas estrellas, con una substancia nebulosa a su alrededor.

Así, pues, le pareció que una fuerza de atracción debía obrar para convertir estas nebulosas lácteas esparcidas en objetos brillantes y más pequeños, los cuales algún día se convertirían en estrellas o soles y en sistemas solares. Herschel comparaba el firmamento a un rico jardín lleno de plantas en todos los grados de cultivo. Esto tiene la ventaja, decía él, de que al mismo tiempo, al primer golpe de vista podemos apreciar todos los diferentes períodos de la vida de las plantas, desde su nacimiento hasta su muerte; así también, en el firmamento podemos ver todos los diferentes grados de formación de los cuerpos celestes, desde la nebulosa hasta la estrella. Vivió más tarde un francés insigne quien notó que la fuerza de atracción no era sino la gravitación, y determinó exactamente lo que acontece en tal caso, puesto que nos es perfectamente conocida la fuerza con que actúa la gravitación.

Lo que probablemente aconteció al enfriarse la tierra

Ahora bien, al narrar la historia del sistema solar, tenemos que contar con dos hechos. El sol y su familia no están fijos en el espacio, sino que giran en éste. En efecto, no podemos creer que nada se encuentre quieto, sino que todo se mueve. Durante largo tiempo este movimiento de la nebulosa, de la cual se formó el sistema solar, pareció no ser muy importante; de todas maneras, parecía no existir ninguna explicación lógica de la formación del sistema solar. Creyóse que el espacio estaba vacío, hasta la más cercana de las estrellas fijas. Pero ahora sabemos que ese espacio dista mucho de estar vacío, sino que, por el contrario, se halla plagado de pequeños cuerpos como granos de arena o guijarros y aún mayores, los cuales han sido encontrados dentro del sistema solar, como ya hemos dicho anteriormente. Es razonable suponer, pues, que, al correr la nebulosa por el espacio, reduciendo gradualmente su tamaño y haciéndose más densa, obediendo a la ley de gravitación, se cruzaría con millones y millones de estos granos y guijarros, los cuales también se mueven rápidamente.

Se deducen de ello algunas consecuencias interesantes. Si la nebulosa cruzara por entre una gran cantidad de meteoritos, iguales a aquellos cuya trayectoria cruza la tierra en noviembre, ello podría ser el comienzo de un planeta. Pero con todo, y aparte de tal enjambre, se notaría los resultados de los millones de pequeños choques que se producirían constantemente. La nebulosa se

calentaría, obedeciendo a la ley de que, cuando algún objeto en movimiento choca con otro, o roza con él, el choque o rozamiento engendra calor. Nosotros mismos comprobamos este hecho cada vez que encendemos una cerilla. Ponemos la cerilla en movimiento frotándola contra otro objeto, lo cual produce suficiente calor para que aquella se encienda.

*La tierra tuvo, quizá en otro tiempo,
la forma de una pera*

Lo referido es todo lo que por ahora podemos decir sobre el origen del sol y su familia. Los que estudian estas cosas están dando constantemente nuevos detalles, explicando las ligeras dificultades que se presentan y ayudándonos a formarnos de todo ello un concepto claro y cabal. Pero todos convienen en que, lo que realmente aconteció acerca de la formación de nuestro sistema, fue algo parecido a lo que hemos descrito.

Ahora tratemos de indagar la forma que adoptó nuestra propia tierra en un principio. Podemos estar seguros de los hechos más importantes, aunque no tengamos completa certeza de cada uno de los grados por los cuales pasó la tierra al separarse del resto de la familia, a la cual pertenece. No podemos estar seguros de la forma de la tierra en su origen; sin embargo, algunos hombres de ciencia creen que su forma primitiva pudo haber sido la de una pera, en lugar de la de una naranja algo aplastada, que es su forma actual. Pero de todos modos, cualquiera que fuera su forma, debió ser tan completamente distinta de la que hoy conocemos, que casi no nos la podemos imaginar. En realidad, la tierra de tiempos anteriores debe haber sido más parecida a lo que es actualmente el sol, aunque, como es natural, muchísimo más pequeña que éste.

*El aire forma parte de la tierra y se mueve
junto con ella*

Solemos representarnos la tierra como algo que termina en la superficie, al nivel del suelo; esto, sin embargo, no es exacto. No debemos imaginarnos que nuestro planeta termina al nivel del suelo o al nivel del agua, y que nosotros nos movemos completamente en el exterior de la tierra. Nada de eso. Encima del suelo y del agua hay algo que forma parte de la tierra y que no podemos ver. Gira con nuestro globo alrededor del sol. La materia de que está formado se cambia constantemente en ambas direcciones con el agua del mar y la materia de que está formado el terreno seco. En resumen, el aire forma parte de la tierra, y si viviéramos en otro planeta, y mirásemos hacia el nuestro, no lo pondríamos en duda ni un momento. En la actualidad, el aire se extiende probablemente, desde la superficie de la parte sólida de la tierra hasta una altura de algo más de 150 kilómetros. Si ascendemos en globo, notaremos que el aire poco a poco se va enrareciendo y, aunque no se ha podido subir mucho más allá de diez kilómetros, tenemos la completa seguridad de que el enrarecimiento del aire va en aumento constante, hasta desaparecer la atmósfera completamente.

*La tierra era en otro tiempo un gran globo
de gas ígneo*

Así, pues, vemos que la tierra no termina de repente en ningún sitio, sino que su materia se extiende en capas, las cuales se van enrareciendo hasta desaparecer del todo.

Ahora bien, esto era así desde hace mucho tiempo; y quien la hubiese visto entonces no hubiera puesto en duda que el aire formaba parte de la tierra; porque debemos saber que nuestro globo, entonces, no consistía en lo que llamamos hoy *tierra*, sino que era un conjunto de gases como los que forman actualmente el aire. Si se toma un objeto cualquiera y se calienta lo necesario se convertirá en gas; y la tierra, en sus principios, estaba tan caliente, que toda la materia de que se componía estaba en forma gaseosa, tanto la materia que forma las gotas de agua, como la que forma las rocas más duras.

Lo que ahora llamamos tierra no era en un principio más que un globo de gases ígneos. En este globo ígneo, se hallaban contenidas las pequeñísimas porciones de materia, o átomos, como se les llama, que forman actualmente el agua del mar, la tierra, las rocas, los cuerpos de todos los seres vivientes y también, por supuesto, el aire o mezcla de gases que actualmente envuelven todo el planeta.

Vivimos en el fondo de un océano de aire

Tan lejos estamos de hallarnos en la superficie del globo, que todo él, mar y tierra juntos, se encuentran en realidad, cubiertos por un inmenso océano de aire. Nosotros vivimos en el fondo de este océano, y así como los pájaros desde el primer momento han encontrado el medio de nadar en este océano en todas direcciones, nosotros nos hemos roto inútilmente la cabeza pensando cómo podríamos hacer lo propio.

Sabemos que en el transcurso de las edades se operaron grandes transformaciones en el globo de gas ígneo a que nos hemos referido. Es indudable que entonces daba luz y calor, como un sol pequeño; pero, al hacerlo, debió irse enfriando. Si calentamos un hierro hasta enrojecerlo, y lo sacamos entonces del fuego, produciría luz y calor por algunos minutos, y después dará solamente calor, pero no luz; es decir, aunque esté caliente, habrá dejado de ser luminoso; y por último, se enfriará. Ya no podrá producir luz ni calor, por estar frío del todo. El caso fue el mismo por lo que se refiere a la tierra, y en el transcurso del tiempo ha ido enfriándose gradualmente. Por último, al enfriarse parte de la materia que la compone, y que antes era gas, se ha ido convirtiendo en líquido, que ahora es agua. Este es un hecho por demás sencillo que hemos visto cientos de veces al mirar hacia fuera cuando vamos en un coche de ferrocarril, por ejemplo: al respirar arrojamos cierta cantidad de agua por la boca y la nariz. Esta agua procede del interior del cuerpo, que está caliente, y lo está tanto, que el agua sale en forma gaseosa; pero al ponerse en contacto este gas caliente con el cristal frío de la ventanilla, se enfría de tal manera que se convierte en líquido y resbala en forma

de gotas. Si enfriamos suficientemente cualquier gas, éste tiene forzosamente que transformarse en líquido.

Ahora bien, la parte de la tierra que se enfrió más rápidamente, no debió ser la parte caliente interior—la que se supone que actualmente consiste en gases—sino que sería la más próxima a la superficie. Toda materia apta para convertirse en líquido, sufriría esta transformación y por razón de su propio peso, sería atraída hacia el centro del globo; mientras que la clase de materia semejante al aire de hoy día, el cual no es tan apto para licuarse, quedaría donde estaba.

Las mareas ígneas que rodaban por la tierra en otros tiempos

Podemos, por tanto, imaginarnos la tierra como un núcleo de gas caliente, una capa de líquido encima del mismo, y sobre éste, una capa de gas frío o aire. Pero las partes de materia que se habían licuado se convirtieron pronto en sólidas, o, más bien, pasaron a un estado parecido al de un aceite muy espeso.

Ahora bien, debe recordarse que, durante todo este tiempo, la tierra giraba alrededor de su eje, como un trompo, tal como lo ha hecho siempre, y como lo hace actualmente. También debe tenerse presente que el sol atraía a la tierra con toda la fuerza de que es capaz, por efecto de la gravitación, y que la materia líquida más próxima al sol, era susceptible de ser atraída por éste, o acumulada en la superficie de la tierra. Pero, puesto que un mismo punto de la tierra nunca se halla frente al sol por largo tiempo, esta acumulación de líquido sobre la superficie, semejaría más bien una ola recorriendo la tierra. Esta gran ola movediza sería muy parecida a las actuales mareas, cuyos movimientos y efectos todos conocemos. Únicamente, que esas primeras mareas producidas por el sol sobre la tierra, no eran mareas de agua fría, ya que es un hecho probado que entonces no había agua líquida sobre la tierra.

La tierra estaba demasiado caliente, y toda el agua que contenía flotaba en la atmósfera, en forma de gas, igual que el agua que despiden nuestro cuerpo al respirar. Las primeras mareas que rodaron sobre la tierra deben haber sido terribles, formadas por materia ígnea, como la lava que sale del cráter de un volcán y que al extenderse se enfría y se solidifica.

Cómo se desprendió la luna de la tierra en rotación

Es más probable que algo muy notable aconteció durante este tiempo. Los que han estudiado este asunto creen que un día, mientras esas mareas de lava rodaban alrededor de la tierra, parte de dicha materia se desprendió, como se desprenden las gotas de agua de un paraguas mojado cuando le imprime un movimiento de rotación. Es posible que saltaran al mismo tiempo dos grandes masas de materia, una de un lado del planeta, y otra del otro. Quizás ya por esa época, la superficie de la tierra se había enfriado lo suficiente para permitir la permanencia de los dos grandes agujeros ocasionados por tal pérdida, y algunos

suponen que tales agujeros son los que existen en la superficie de la tierra, y que fueron llenados por los mares. En aquel tiempo no se llenarían con agua porque la tierra estaba sin duda tan caliente, que toda el agua se hallaba en la atmósfera en forma de gas.

¿Pero, a dónde fue a parar la materia que se desprendió de la superficie de la tierra? Fácil es adivinarlo. Su forma al principio, como es natural, sería irregular; pero a medida que iba moviéndose y enfriándose, y como que sus partes se atraían mutuamente, obedeciendo a la ley de gravitación, se convertiría en redonda.

La distancia de la tierra a la luna, nuestra vecina más cercana

Seguramente con todas estas indicaciones, no es necesario decir ya que fue la luna lo que los sabios creen que se formó de la tierra de esa manera tan prodigiosa. Al principio debió estar nuestro satélite muy cerca de la tierra, y durante largo tiempo después, iría alejándose gradualmente. Pero, sin embargo, todavía está la luna bastante cerca de nosotros; aproximadamente a una distancia diez veces mayor que la circunferencia del planeta.

Cultura y Vida

Por NICOLAS BERDIAEFF

El filósofo y místico NICOLAS BERDIAEFF es uno de los grandes valores contemporáneos. A través de las páginas de sus numerosos libros, de fuerte y noble contenido, Berdiaeff dice de la urgencia de la integración de la persona interior por medio del retorno a credos y doctrinas que signifiquen, más que llamadas al odio y la lucha de clases, propósitos de unificación de éstas, presas hoy por hoy en las redes mecánicas de la civilización, forma exterior de una cultura que, al igual, necesita profundizar su vida y ponerla en contacto con las realidades absolutas. Los párrafos que siguen están tomados del libro "El Sentido de la Historia".

LA civilización es "burguesa" por esencia, en el profundo significado espiritual de esta palabra. La "burguesía", es, precisamente, el reino de la civilización. En ella se concentran todos los deseos de una dominación organizada para "disfrutar de la vida". El espíritu de la civilización es un espíritu burgués que parece agarrarse a todo lo percedero. El espíritu burgués detesta la Eternidad. La burguesía significa esclavitud y un odio a lo eterno.

La civilización europeo-americana, la más perfecta del mundo, ha creado el sistema industrial capitalista. Este sistema significó, no solamente un gran desarrollo económico, sino que también debe considerarse como una manifestación espiritual en el sentido de un exterminio de la espiritualidad. El capitalismo industrial de la civilización fue el

gran exterminador del espíritu de lo eterno y de lo sagrado. La civilización capitalista de los tiempos modernos mataba a Dios, fue una civilización por excelencia. Ella es la responsable del deicidio cometido y no el socialismo revolucionario, que tan sólo se adaptó al espíritu de la civilización burguesa, heredando sus cualidades negativas. Ciertamente es que la civilización industrial-capitalista no renegó definitivamente de la religión: se mostró indignada a aceptar la utilidad pragmática de la religión. La religión es simbólica en la cultura y pragmática en la civilización. La religión también puede resultar activa y eficiente en la organización de la vida, comunicándole nuevas energías. Pero la civilización es siempre pragmática, y esto nos explica por qué el pragmatismo goza de tanta popularidad en el país clásico de la civilización, es decir, en América. El socialismo negó el pragmatismo de la religión y defiende pragmáticamente el ateísmo, considerándolo más útil para el incremento de las energías vitales, para que el mayor número de seres humanos pudiera alcanzar el máximo grado de satisfacción y bienestar. Pero este pragmatismo utilitarista del mundo capitalista, al estar dirigido contra la religión llevó al hombre a la franca negación de toda divinidad en general, es decir, hacia la desolación espiritual. Un Dios útil y necesario, un Dios cuya misión sería contribuir a los éxitos de la civilización y al desarrollo de un régimen capitalista industrializado, no es posible que sea realmente una Divinidad verdadera. Un Dios así no resiste la crítica más que elemental. El socialismo está en lo cierto desde este punto de vista negativo. Dios religioso, Dios de la cultura simbólica se separó hace tiempo de la civilización capitalista.

La civilización industrial-capitalista se ha alejado de todo lo ontológico. Esta civilización es mecánica, antionológica, y sólo puede crear el reino de la ficción. La mecanización, el tecnicismo y el maquinismo de esta civilización son profundamente contrarios al organicismo, al cosmismo y al espiritualismo. No son los mecanismos ni la economía los que son ficticios, puesto que la economía y la economía política tienen sus fundamentos bien reales, y en el hombre existe realmente el imperativo del desarrollo económico. Lo que transforma la economía en algo ficticio y mecánico es la desespiritualización de los principios económicos y la creación de estos principios en fundamentos primordiales de la existencia.

El sistema industrial-capitalista de la civilización, destruye los fundamentos espirituales de la economía, y él mismo se prepara su ruina. El trabajo deja de ser espiritualmente consecuente y espiritualmente justificado, y se alza contra todo el sistema. La civilización capitalista halla un merecido castigo en el socialismo. Pero éste continúa la labor de la civilización. El socialismo no es más que otro aspecto de aquella misma civilización "burguesa", puesto que no hace más que desarrollar la civilización sin aportar ningún principio espiritual. El industrialismo de la civilización, de esa civilización ficticia y fantasmal, ineludiblemente conduce a la destrucción de la disciplina espiritual y aleja toda justificación espiritual del trabajo, preparando así su propio fracaso. La civili-

zación no es capaz de realizar su sueño de una dominación infinitamente incrementada.

Esa torre de Babel jamás podrá ser terminada. La Gran Guerra mundial nos ofrece el espectáculo del fracaso de la civilización europea. Fue el derrumbamiento del sistema industrial, de todas esas ficciones que alimentaron a la sociedad "burguesa". Esta es la trágica dialéctica del destino histórico. Esta dialéctica domina tanto en la cultura como en la civilización. Nada en el mundo puede concebirse estáticamente; todo ha de ser comprendido dinámicamente. Es así como llegamos al convencimiento de que en el destino histórico todo tiende a transformarse en su "opuesto", ya que todo contiene contradicciones íntimas y lleva en sus entrañas la simiente de lo perecedero.

El imperialismo es otro producto técnico de la civilización. Es un mudo deseo de dominación mediante una organización secular de la vida. El imperialismo está estrechamente unido al sistema capitalista industrial y es tecnicista por esencia. Este es el imperialismo "burgués" de los siglos XIX y XX, representado por los imperialismos inglés y alemán, que debe distinguirse del imperialismo religioso de los tiempos antiguos del Imperio Romano y del Imperio religioso bizantino, que tenían un fondo simbólico, perteneciendo a la cultura y no a la civilización.

En el imperialismo se advierte claramente la ineludible dialéctica del destino histórico. En el afán imperialista de un poderío mundial se descomponen y pulverizan los cuerpos históricos de los Estados nacionalistas pertenecientes a las épocas de cultura. El Imperio británico significa la muerte de Inglaterra como Estado nacionalista. En la voluntad imperialista anida un principio de muerte. En su desenfrenado desarrollo el imperialismo destruye sus propios fundamentos y prepara él mismo su transformación en socialismo, el cual está penetrado igualmente por el espíritu de dominación mundana y de una organización social de la vida, que sólo significa un paso más por la escala de la civilización. Tanto el imperialismo como el socialismo, gemelos ideológicamente, significan una crisis profundísima de la cultura.

En esta época nuestra de capitalismo e industrialización, en que domina un imperialismo en vías de autodescomposición y nace el socialismo, se afianza cada vez más la civilización, mientras la cultura avanza hacia el ocaso. Mas esto no significa que muera definitivamente la cultura.

La cultura es eterna, en el significado profundo de la palabra. La cultura antigua clásica ha caído, muerta aparentemente. Y, sin embargo, continúa subsistiendo en nosotros, como una capa profundísima de nuestra existencia. La cultura sigue viviendo a través de nuestra época de civilización, pero subsistiendo no cuantitativa sino cualitativamente. La cultura se aleja, permaneciendo en unas capas históricas cada vez más profundas.

Con la civilización aparecen los síntomas de un proceso de barbarización y de embrutecimiento en que las formas pierden la perfección antaño lograda en las épocas de cultura. Y esta barbarización puede adoptar diversos aspectos. Después de la cultura clásica de Grecia hubo la civilización romana, que preparó la época de barbarie de los

primeros tiempos de la Edad Media. Aquella fue una barbarie derivada de la naturaleza elemental. Fue originada por la afluencia de nuevas grandes masas humanas llenas de sangre joven y que traían consigo el espíritu remoto de las selvas nortefías. Pero no es ésta la barbarie la que quizá corone la civilización europea.

La barbarie que nos espera será un producto de la civilización, una barbarie que olerá a máquina y no a selva. Será el triunfo de la barbarie contenida en la técnica misma de la civilización. En la civilización se agotan las energías espirituales y se apaga el espíritu, esta fuente verdadera de cultura. Y, entonces, el espíritu humano, en vez de estar dominado por las fronteras naturales y bárbaras, en el sentido noble de este término, cae en poder de la máquina, y de la mecánica, que transforman a su manera toda la existencia real y verdadera.

La civilización fue engendrada por el afán del hombre de una "vida real" de una "dominación real del mundo", de una "felicidad real", en franca oposición con los principios simbólicos y contemplativos de la cultura. Éste es uno de los caminos, que, partiendo de la cultura, nos conduce a la "vida" técnica y realista. Y el hombre ha tenido que avanzar ineludiblemente por este camino, llegando al pleno desarrollo de sus energías "técnicas". Pero en el término de esta ruta no hallará una existencia verdadera. Siguiéndola sólo avanza a la destrucción de toda semblanza humana.

Por otro lado, quiero admitir que en el interior mismo de la cultura quizá puede aparecer un deseo de "vivir" muy distinto. La civilización con sus trágicas contradicciones no es el único camino que se presenta ante la cultura, que también puede llevarnos a una existencia realmente elevada. Pueden establecerse cuatro estados diferentes en el destino histórico de la Humanidad: la barbarie, la cultura, la civilización y la regeneración religiosa. Pero estos estados no deben admitirse únicamente siguiendo un orden estrictamente cronológico. Estos estados de conciencia pueden coexistir perfectamente. Ninguno de ellos ha predominado en las distintas épocas históricas. En los tiempos de clasicismo griego, así como durante el período de la civilización romana, ya se iban formando los principios que debían conducir al hombre a su regeneración religiosa. Y fue entonces cuando apareció el cristianismo.

Esta doctrina se manifestó primeramente como una regeneración de la vida, que fue elevándose espiritualmente. Y esta regeneración era realmente milagrosa, estaba rodeada de milagros y efectivamente los realizaba. El deseo de milagro siempre va unido al deseo de una regeneración.

Mas también vemos cómo el cristianismo, en su destino histórico, fue pasando sucesivamente a través de la barbarie, de la cultura y de la civilización. El cristianismo en su destino histórico tuvo significados muy distintos. Durante las épocas de cultura, el cristianismo había sido marcadamente simbólico y se exteriorizaba simbólicamente; en la civilización el cristianismo fue especialmente pragmático y se transformó en un medio para incrementar los procesos vitales, constituyó la

técnica de la disciplina espiritual. Pero al llegar a la cumbre de la civilización comenzó a extinguirse el deseo del milagro. El cristianismo de la civilización aún profesa la tibia fe en los milagros de antaño, pero sin esperarlos ya, sin fe alguna en un milagro del presente. Pero esta fe ha de llegar. Hemos de recobrar la fe en un milagro regenerador. Hemos de creer firmemente en la regeneración orgánica religiosamente espiritual y no en una regeneración técnica y mecánica.

Esta fe ha de llegar necesariamente señalándonos una nueva ruta, que partiendo de esta cultura agonizante nos llevaría hacia la verdadera "vida". Y este nuevo camino será muy distinto del que nos ha impuesto la civilización. La religión no puede relegarse al término último de la existencia. La religión ha de alcanzar esa regeneración leal y ontológica de la vida, que la cultura sólo nos indica simbólicamente y que boceta técnicamente la civilización. Pero es posible que para ello tengamos que atravesar aún un período de civilización etérea.

Rusia fue un país extraño, misterioso, incomprendido aun en su destino histórico. En el pueblo ruso dominó siempre la esperanza de una regeneración religiosa de la vida. Nuestro deseo de cultura fue dominado siempre por nuestro deseo de "vivir". Pero esta voluntad del pueblo ruso se manifestaba en dos direcciones muy distintas, aunque generalmente confundidas: por una parte se deseaba ardentemente una regeneración social mediante la civilización y, por otra, era un afán de regeneración religiosa de la vida, donde las esperanzas se cifraban en un milagro, capaz de cambiar el destino histórico de la Humanidad y particularmente el del pueblo ruso.

Hemos sufrido la crisis de la cultura sin haberla apurado. Puchkin y la época alejandrina, he aquí la cumbre de la cultura rusa. La gran literatura rusa y la filosofía rusa del siglo XIX ya no pueden considerarse como manifestaciones de cultura. Van dirigidas hacia la "vida", hacia una regeneración religiosa. Tal es el contenido de Cogol, de Tolstoi, de Dostoievsky, y también de V. Soloviev, de K. Leontiev, de N. Fedorov y de los demás pensadores filosóficos religiosos. Nuestras tradiciones culturales siempre fueron insuficientes y débiles. Y, por eso, creamos una civilización deforme.

En nuestro espíritu se manifestaron con demarcada violencia los elementos de barbarie. Todos nuestros anhelos de regeneración religiosa eran enfermizos.

En cambio, nuestra conciencia siente la crisis de la cultura y la tragedia del destino histórico. Y esta sensación espiritual es mucho más aguda y profunda en el pueblo ruso que entre los europeos occidentales.

El alma del pueblo ruso quizá haya conservado aún la propiedad de exteriorizar su deseo de una regeneración milagrosa. Necesitamos la cultura como todos los demás pueblos del mundo y habremos de atravesar necesariamente un período de civilización. Pero jamás estaremos tan encadenados, como los pueblos occidentales, por el simbolismo de la cultura, ni por el pragmatismo de la civilización.

La voluntad del pueblo ruso exige una limpieza espiritual y una estabilización. Mas antes hemos de sufrir una magna expiación.

Solamente entonces su voluntad, aplicada a la regeneración de la vida, le otorgará el derecho de determinar su destino histórico en este mundo nuestro.

Izquierdas y Derechas

Por E. GIMENEZ CABALLERO

E. GIMENEZ CABALLERO produjo, no hace mucho, un libro exaltado y místico en el que tras de avalorar las tesis de la bastardía, dice de la necesidad de España de marchar al encuentro de su genio. De sus fuertes páginas tomamos las siguientes consideraciones, precisamente porque ellas hablan de la urgencia del triunfo de programas totalistas.

PUES bien: si de esos espejos o índices espirituales—los Cervantes, Feijóes, Larras, Ganivetes, Costas, Unamunos y Ortegas—pasamos a la realidad política y nacional que les circundaba, encontraremos esa misma bastardía, esa misma equivoqueza, ese mismo desequilibramiento, con caracteres típicamente catastróficos.

Cada 98 de España, cada fracaso político de España, es una muestra palmaria de ellos, como ya hemos indicado, como no nos cansaríamos de reiterar, con una insistencia pragmática e implacable.

Pero hay un fenómeno en la política nacional de España (ya veremos que, también, en otras políticas erradas del mundo) el más revelador de esa bastardía, de esa bipartición, y es el fenómeno de haber escindido las fuerzas del cuerpo nacional en dos secciones hostiles y contrarias: en dos manos enemigas: la derecha y la izquierda.

¿Qué endiablada división es esa de derechas e izquierdas en la estructura corporal e integérrima de un país?

¿Quién habla de izquierdas ni de derechas, en el siglo maximalista de España, en pleno siglo XVI? ¿No sirven—pleno siglo XVI—las dos manos de España a una misma corporeidad en perfecta colaboración?

Este angustioso certamen de las manos en la política española de tres siglos suicidas, me hizo escribir un día reciente una especie de profecía que yo llamé: "Mi Oráculo Manual". Permitidme que transcriba este oráculo:

"Las manos de un Robinsón representan casi todo. Ya que hasta las ideas tienen un Robinsón que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vivir. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límites, tras la fatiga de la

jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinsón las palmas propias de sus manos, ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cuál la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterálica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilateralizadas.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, de servir a un todo; a un sistema cerrado, a una vida en marcha totalitaria: la del Robinsón frente al Cosmos.

El Robinsón recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—, en discordia con las manos de otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Todopoderoso, la diestra, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, zurda, torpe, mano del diablo: mano siniestra.

A veces era la izquierda quien todo quería asumir en el sistema manual del cuerpo robinsónico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio integérrimo, la incompletéz de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

Pero este método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda los sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la izquierda se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidadas las manos de sus particulares destinos, colaborasen fielmente conmigo en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, dí en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas, ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas, de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto integral.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximos hospitio dextras*. Y Tácito: *Dextras concordia insignia*. Es lo que quiso realizar luego el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que

luego reconocía Goethe: "Eine Hand wäscht die andere". Y lo que—tras de la guerra—tras de los sistemas mancos, de política liberal o conservadora, izquierda o derecha, trabajadora o capitalista—quisieron realizar comunismo y fascismo, sistemas integrales, de manos a la obra, de "many hands make quick work", de "multae manus onus levant".

También España supo algo de esto—como ahora el Robinsón lo sabe—cuando ante la necesidad de vencer o morir tuvo que poner sus manos en sistema de cuerpo, o corporativo.

Cuando frente al peligro luterano hubo de hacerse, no reformista, sino reformadora. Cuando frente al peligro moro hubo de hacerse no liberal, sino liberadora. Cuando frente al nuevo mundo, recién descubierto, tuvo que acoplar—¡gran Robinsón, el de la España frente a la naturaleza virgen!—sus manos: la secular y la espiritual, el soldado y el misionero, el pueblo y la prez, para, entre las dos manos, mantener un mismo cuerpo, el imperio ineludible de una voluntad total.

¡Quién dijo de separar las manos! ¡De escindir la lateralidad del cuerpo y desdoblarse en guerra manual—civil—los servicios de ambos miembros!

El Robinsón, conmovido, contempla sus palmas fieles, adormecidas de trabajo, como doblegadas criaturas suyas que son, mientras cae la noche sobre la isla. Adormecidas de paz sobre el regazo corpóreo.

¿Cuál, la derecha? ¿Cuál, la izquierda? El Robinsón ha olvidado sus nombres. Y las acaricia con los ojos, en lírico silencio, como acaricia un padre lo filial: lo indivisible.

La Universidad y el Maestro Sierra

Por FRANCISCO JAVIER HERNANDEZ

Estos fragmentos del artículo "La Universidad y el Maestro Sierra", publicado en "El Universal", de fecha 22 de septiembre de 1936, los reproducimos en estas páginas, por el vivo interés que encierran.

QUE la Universidad sea realmente un factor de renovación en la vida de México, de los hombres que no saben todavía de la voz de sus hermanos, porque ocultos permanecen en la sierra con el miedo que ha dejado en ellos la opresión, la humillación, la indolencia.

El maestro Justo Sierra debe guiar todavía los pasos de la Universidad, porque ella, sin embargo, no ha podido ver cumplida cabalmente su noble misión. Pero el maestro Sierra se levanta de su sitio y ahora nos vuelve a decir: "...La verdad se va definiendo, buscadla. Sois un grupo en perpetua selección dentro de la substancia popular y

tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

La Universidad de hoy no habrá de ser para los egoístas ni tampoco para sembrar despotismos en beneficio de minorías autodidactas o aristocráticas, como aquellos "científicos" que desposeídos de un criterio humanamente popular, eran indiferentes a la solicitud de las mayorías yacentes en el más completo abandono que mantenía su condición ignorante y gregaria. La Universidad es un Instituto de cooperación necesario para formar la nueva personalidad de México, está impuesta de que su labor debe ser en todo tiempo fecunda en bien de la patria. No es, no debe ser la Universidad un lugar de privilegio. Ya lo hacía notar el maestro: no es misión obligatoria del Estado el de "proporcionar carreras gratuitas a individuos que han podido alcanzar ese tercer o cuarto grados de la selección, sino porque juzga necesario que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social, la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia". Y subrayaba la obra a seguir de aquellos que iniciados en las aulas deberían servir al pueblo: "el nuevo hombre que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el "sursum corda" que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido". No habremos de adorar una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo—dice el maestro—más bien rendiremos culto a Atena "promakos" a la ciencia que defiende a la Patria.

Maestro Sierra: he ahí la Universidad de México reconciliada con la conciencia de su misión, recurriendo a las fuentes de cultura para "adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber" en beneficio del pueblo de México, de nuestro pueblo.

A p e n a s . . .

Por ALFONSO REYES

A veces, hecho de nada,
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira de aroma el cedro.

Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Qué pobre cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me baja de tu recuerdo!

(De "Otra Voz").

CEMENTO TOLTECA

PORTLAND UNIFORME

LA CASA

HOFFMANN - PINTHER & BOSWORTH, S. A.

NADIE JAMAS HA TENIDO UN SURTIDO SUPERIOR AL NUESTRO EN
REACTIVOS, COLORANTES Y ESPECIALIDADES.
APARATOS, MEDIOS DE CULTIVO Y ENSERES
PARA LABORATORIOS DE PRIMER ORDEN

Visítenos en nuestro amplísimo local: 8a. calle del Artículo 123, Núm. 128
Teléfonos: Mex. L-03-73. Eric. 2-00-05 Apartado Postal, 684. México, D. F.

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que
le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. ¡Hechos, no Razones!

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.

+ - ÷ X
NUNCA FÁLLA

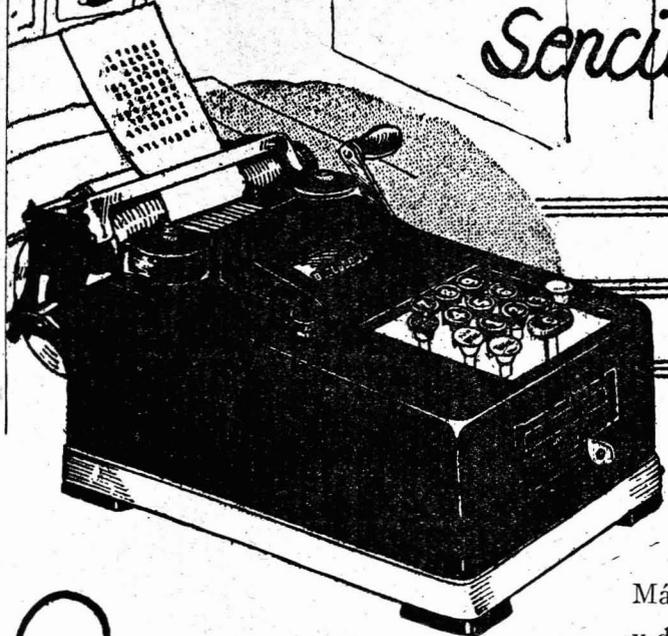
N



Exacta

Sencilla

Rápida



**DISMINUYE COSTOS...
 AHORRA DINERO...**

**SUMADORAS
 REMINGTON**

Máquinas especialmente construídas para facilitar el trabajo y disminuir los costos de producción. Su compra prácticamente constituye un ahorro, que es garantizado por su larga vida y fina calidad.

Haga usted números

Cada minuto, cada hora, cada día que un empleado pierde en rectificar errores, es dinero que tira a la calle. Ese tiempo usted lo paga como si hubiera sido aprovechado íntegramente. Gracias a la calculadora Remington, el trabajo es desarrollado en menor tiempo y con mayor eficacia.

**SE EVITAN ERRORES.
 SE DISMINUYEN COSTOS.**

MANUAL.—Teclado moderno de 10 teclas, que asegura sencillez y velocidad—cuadrante visible—papel de ancho standard—tecla de correcciones—suma hasta 9.999,999.99—pesa 5 kilos—mide 23x17 cms.—multiplica con la misma facilidad que suma—teclas de tamaño standard—palanca rápida y ligera.

ELECTRICA.—Total automático—teclas eléctricas para sub-total y no-suma—compacta 37x19 cms—suma hasta 99.999,999.99—pesa 8 kilos—cuadrante visible—espaciador sencillo y doble—tipografía clara, legible—mecanismo para no imprimir y para no espaciar—carro visible de 13 centímetros.

REMINGTON RAND *Internacional S.A.*

AV. MADERO 55. MEXICO, D.F.

EL EBANO

FABRICA DE SILLAS Y MUEBLES
PARA OFICINAS Y ESCOLARES

PROVEEDORES DE LOS F. F. C. C.
NACIONALES

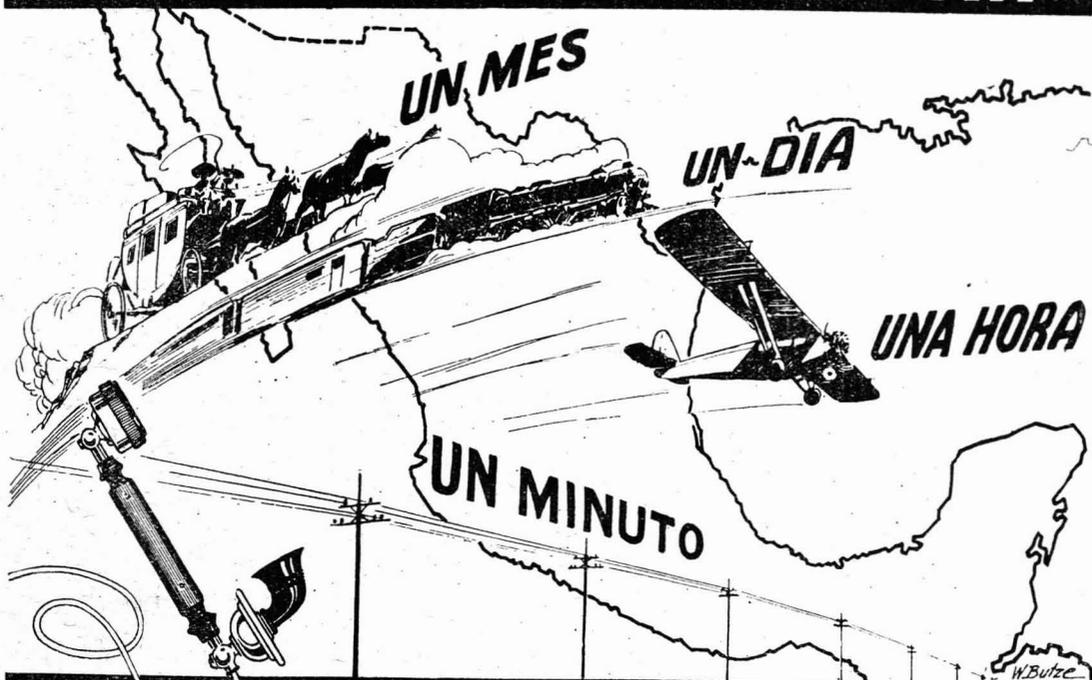
CASA FUNDADA EN 1880

TELEFONO
MEXICANA
J-21-34

Calzada de la Viga números 4 y 6

TELEFONO
ERICSSON
2-03-97

ACORTANDO la DISTANCIA



Telefonos Ericsson



Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **MEDIO SIGLO** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRAVENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compraventa de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES** en toda la República para el servicio de **COBRANZAS**

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHEQUES PARA VIAJEROS** pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Bankers Association pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando interés.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

Artículos para Enfermos
Sillones para Inválidos
Fajas y Braçueros
Medias Elásticas
Etc. Etc.

Casa Maria Padilla
Motolinia 16. México, D. F.



PONGALO EN SU TECHO

y protegerá su construcción.

Una capa de Techado Asfaltado "CENTINELA" prolongará notablemente la vida de sus construcciones, poniéndolas a salvo de los ultrajes del tiempo. Antes de que se inicien las lluvias, instálelo en su casa para evitarse más tarde mayores gastos.

Techados Asfaltados

"CENTINELA"

Producto nacional de fabricación perfecta. inalterable al calor y la humedad, evitará a usted mayores gastos y contratiempos.

PARA DETALLES, MUESTRAS Y PRECIOS DIRIJASE A NUESTRA AGENCIA MAS CERCA. — DE VENTA TAMBIEN EN FERRETERIAS, TALLERIAS, PALERIAS, MADERERIAS, ETC, ETC.

Cia. Mexicana de Petroleos
EL AGUILA, S.A

TRES MAQUINAS EN UNA
LA NUEVA

TORPEDO

MODELO 6

- 1ª Máquina STANDARD.
- 2ª Unica de cuatro *carros intercambiables*.
- 3ª Máquina de *contabilidad* (adaptada para el nuevo sistema de tarjetas, aprobado por la Secretaría de Hacienda).



ADEMAS:

12 ventajas exclusivas y fíjese bien:...
Economía de 44% en precio y 75% en tiempo.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO ACABA DE ADQUIRIR UN BUEN NUMERO DE MAQUINAS TORPEDO Y ESTA COMPLETAMENTE SATISFECHA CON SU FUNCIONAMIENTO.

W A L T E R I S E

Representante exclusivo para la República desde hace 12 años.

Alumnos Núm. 48.

Eric. 5-10-51.

Taller y servicio: Mex. P-40-50.

GRATIS

solamente por el mes
de octubre le
REVELAREMOS sus ROLLOS DE PELICULAS

Contamos con el más moderno equipo en la República.

Pruebe usted nuestro trabajo

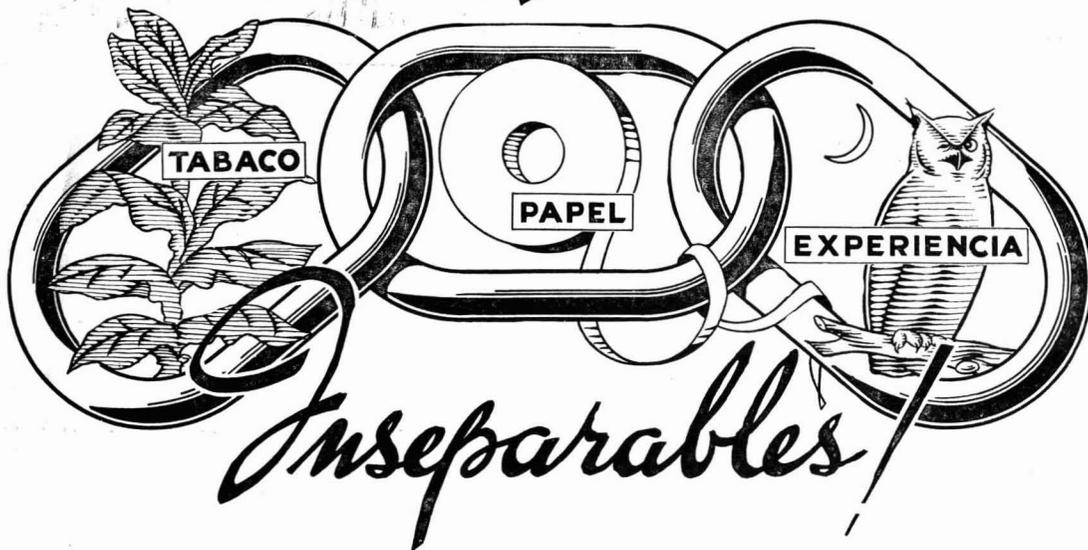
Revelado - Impresiones - Amplificaciones

Copias "FOTOSTAT"

LA ANSCO

16 de Septiembre 23 - Tels.: Mex. L-73-88 - Eric. 2-46-87

LA IMALTERABLE PUREZA
DE NUESTROS PRODUCTOS
HA CIMENTADO NUESTRO
SÓLIDO PRESTIGIO



Si no fueran suficientes esos dos factores que intervienen intrínsecamente en la elaboración del MONTE CARLO - TABACO y PAPEL, los mejores que una amplísima fuente de recursos pone a nuestro alcance - ya sería bastante con la EXPERIENCIA, vasta y sólida, que imprimimos a cada uno de los detalles de nuestra producción:

El almacenamiento de tabaco en rama, por espacio de tres años para obtener su completa maduración; la separación de las venas y otras partes de la hoja para obtener absoluta uniformidad en el producto; el calentamiento, la vaporización y la esterilización del tabaco para eliminar

todo género de impurezas; el acondicionamiento de aire; la extracción meticulosa del polvo, QUE DEMANDA TODA FABRICACION MODERNA DE CIGARROS, y muchos otros detalles que sería prolijo enumerar.

TABACO, PAPEL y EXPERIENCIA - los cimientos que sostienen y elevan el prestigio del cigarro MONTE CARLO!



Monte Carlo

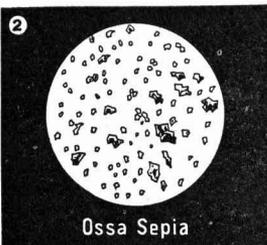


¿ CÓMO SE CONSERVAN SANOS LOS DIENTES Y LA BOCA?

1 Diariamente—de mañana y de noche— deben limpiarse los dientes con cepillo y pasta dentífrica y enjuagarse con agua templada. Hay que limpiar tanto los dientes superiores como los inferiores de ambos lados.



El dentífrico no debe atacar el esmalte



Ossa Sepia

Los cuerpos con aristas desgastan el esmalte



Conchas de ostras



Blanco de Meudon corriente

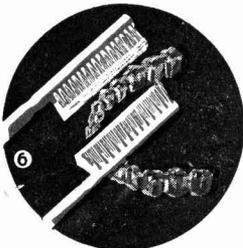
Demasiado grueso aún



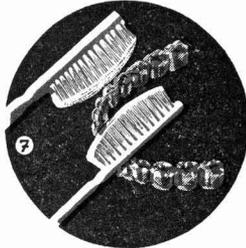
PASTA DENTÍFRICA ODOL

La substancia empleada para limpiar los dientes debe ser tan fina como esta Pasta

El cepillo de los dientes debe adaptarse a los arcos dentarios



Ineficaz para el interior y el exterior



Ineficaz para el exterior



Ineficaz para el interior



EL CEPILLO ODOL es el mejor para limpiar los dientes porque se adapta perfectamente a las curvas de los arcos dentarios



Reg. No. 2656 T. D. S. P.

LA PASTA DENTÍFRICA ODOL y EL CEPILLO PARA DIENTES ODOL permiten un perfecto cuidado de los dientes

No hay que olvidar el enjuague de la boca después de haberse limpiado los dientes



Los detritos alimenticios deben ser eliminados de la boca.



Las bacterias de la boca se desarrollan rápidamente en la cavidad bucal siempre caliente.

De 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2½ horas	4 horas
150	200	3200	25000

EL ELIXIR DENTÍFRICO ODOL impide el desarrollo de bacterias nocivas.

Agregando un 2% de ODOL de 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2½ horas	4 horas
32	40	177	188



Reg. No. 2580 T. D. S. P.